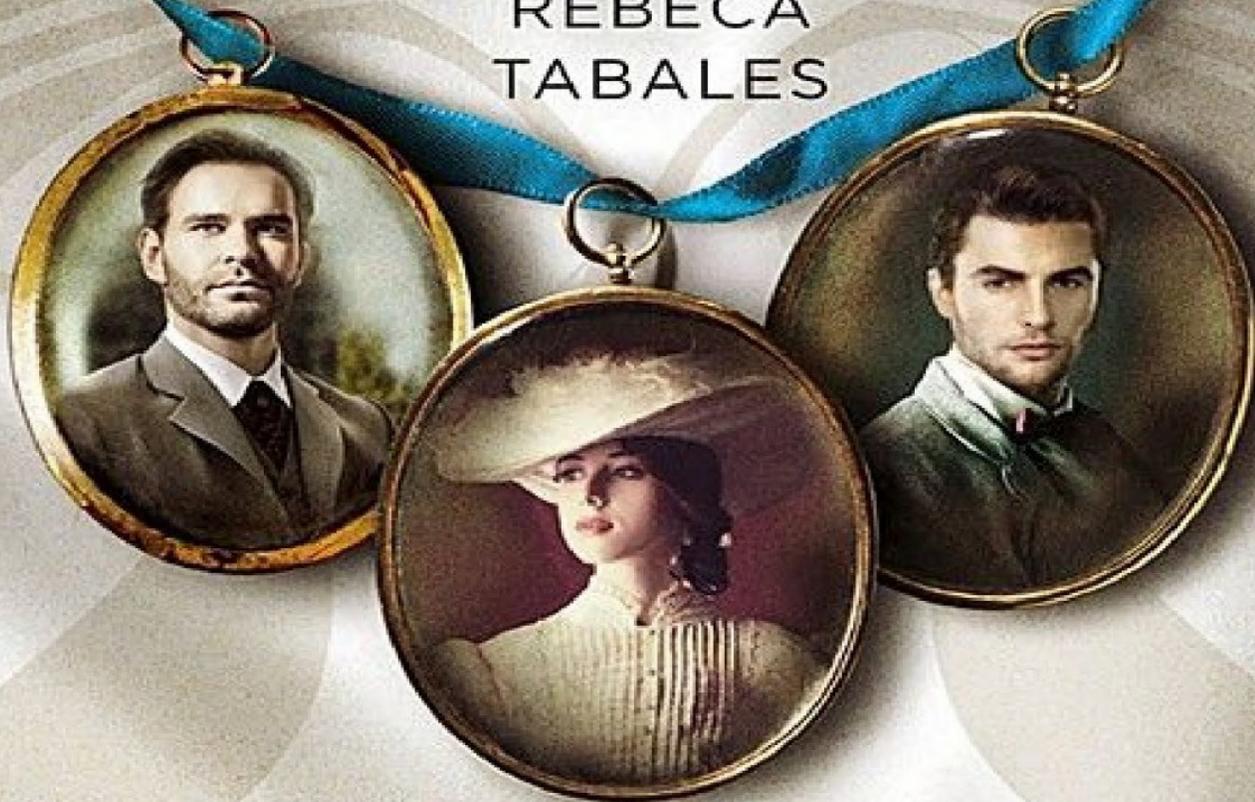


REBECA
TABALES



SEIS HERMANAS

Los años de la inocencia

BASADA EN UNA IDEA DE RAMÓN CAMPOS Y GEMA R. NEIRA



 Planeta

ÍNDICE

PORTADA

1. EL NOMBRE

2. LA LIBERTAD

3. EL CARÁCTER

4. LA PRUDENCIA

5. LA CIUDAD

6. EL MUNDO

CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

1

EL NOMBRE

DIARIO DE ELISA

6 de mayo de 1880

Nuestro carruaje ha entrado en Madrid traqueteando. Hemos ido por malos caminos al salir de Toledo y a una de las ruedas traseras se le han desajustado los clavos, así que ha habido un par de paradas inútiles en posadas de rotonda que olían a chorizo, y donde los parroquianos nos miraban mucho porque somos muy jóvenes y viajamos solas. Adolfinina se ha quejado del calor y del dolor de espalda, y ha estado la segunda mitad del viaje pegada a la ventanilla, recostada hacia atrás con la cabeza sobre el brazo, los ojos cerrados y boqueando como un pececito. Es una exagerada. A mí me ha parecido todo muy emocionante y divertido.

Cuando hemos parado para descansar, el cochero ha cogido un periódico y se ha sentado a fumar una pipa en un poyete (no una pipa elegante como la que usaba nuestro padre, pobrecito, sino una de esas de campesinos hecha de madera, con mucha habilidad); me he puesto a mirar lo que leía. Decía que había elecciones en Madrid y no sé qué de Cánovas..., que se ha comprado dos titíes. Adolfinina me ha dado un codazo y me ha dicho que soy una cotilla.

«Tú y los papeles. Qué manía tienes con los periódicos».

Entonces el cochero nos ha mirado, supongo que indignado porque dos señoritas bien vestidas estuviesen cotilleando, pero creo que ha pensado que estábamos oliendo el tabaco y no mirando sus papeles. Ha cruzado una pierna sobre la otra, se ha cambiado de mano la pipa, y ha corregido la postura de su sombrero de fieltro de manera que no lo viésemos fumar. Nos hemos ido

corriendo al coche, Adolfina estaba riendo de la vergüenza y me ha pegado la risa. Le he susurrado:

«¿Te has dado cuenta? Pensaba que queríamos oler su tabaco. Ni se le ha ocurrido que dos jovencitas quisieran saber lo que pasa en el mundo».

«Es que yo no quiero saberlo».

Ha dicho Adolfina. Me ha hecho gracia.

Hemos llegado a casa de los tíos a las cinco, cansadas y despeinadas. Es una casa enorme en la calle de Villanueva, y no tiene el blasón en la puerta o en la reja, como las casas solariegas de Toledo. Debe de ser que aquí no se estila. Nos han enviado a tomar un baño y cambiarnos enseguida, antes incluso de que pudiéramos curiosear la que va a ser nuestra futura casa. La entrada es muy lujosa, con cortinas verdes de terciopelo, como de embajada, y enormes plantas dentro de unos maceteros dorados con asas, como vasijas antiguas, que me llegaban por el cuello. Me he acercado a las hojas. Olían a leche. Seguramente mi tía habrá ordenado a las criadas limpiarlas con leche para que brillen, eso lo hacía mi madre. Recuerdo que contaba cómo se lo enseñó el ama de llaves, que había sido su aya. He recordado al ama Felisa, a la doncella Mariana y a Luis, el jardinero, que siempre nos regalaba a Adolfina y a mí la primera rosa blanca y la primera rosa roja del año. He recordado que, precisamente por esto, cuando Felisa nos leía para dormir el cuento de Blancanieves y Rosafior, nos imaginaba a Adolfina y a mí como protagonistas; he recordado sobre todo el beso de buenas noches de mi padre, en el despacho, y el de mi madre, en la cama, antes de que Felisa nos arrojara y se pusiera a tejer junto a la vela, y cómo me dormía arrullada por el chocar de las agujas, y me he puesto a llorar. Adolfina me ha dicho:

«¿Qué te pasa, Elisa? ¿Te ponen triste las plantas?».

Sé que me lo ha dicho para hacerme reír, porque ella es así, pero yo no he podido reírme, me he tapado la cara con las manos y así es como me ha visto mi tía Pilar, por primera vez en tanto tiempo, con los labios hinchados y la nariz colorada. Aun así, me ha cogido la cara entre las manos, ha mirado a mi hermana y nos ha dicho, de un modo un poco ñoño:

«Pero qué preciosas, y qué mayores. Pobrecitas mías».

La mansión que ocupaba el número 1 de Modesto Lafuente, haciendo esquina y dándose casi de bruces con los primeros jardines de entrada a la plaza de Olvide, se imponía por altura y se distinguía por aspecto (los tejados picudos de pizarra, los muros de un controvertido vainilla y las enredaderas tenaces de la verja la hacían parecer una villa burguesa de cuadro flamenco) y, sobre todo, por el nombre: Casa Silva. Esta última prueba y característica de su dignidad se debía a los habitantes que la ocupaban; el señor don Genaro Silva, dueño de Tejidos Silva, su esposa doña Pilar y sus dos hijos Fernando y Ricardo.

Don Genaro Silva era un hombre convencional, bigotudo, de pelo canoso desde los treinta y pocos años. Era uno de esos hombres sedentarios a quienes disgusta la prisa y que no tienen otra afición que la charla. Era siempre ese personaje que, al final de las fiestas, cuando ya todo el mundo está agotado —porque comenzó el día con ejercicio o porque pasó el sábado en las carreras o porque estuvo de caza en la dehesa de un cuñado el fin de semana anterior, o porque se está reservando las fuerzas para visitar el burdel o a una querida en un hotelito de las afueras— a él le sobran fuerzas todavía en todos los músculos, pues el único que no ha tenido inactivo ha sido la lengua, y pone a prueba la resistencia y el orgullo de todos con sus palabras.

—Vamos, señores, ánimo, que no se diga, una copita más.

—¿Una más? ¡Y cuántas! En algún momento hay que parar, don Genaro.

—Pero si no son ni las cuatro, no amanece todavía.

Uno pone un brazo en jarras y se pasa la mano por la cabeza calva y arrugada de cansancio, como si se peinase, y mira a otro buscando apoyo.

—¿Usted le oye?

—Yo ya no sé si lo oigo. Por no saber, no sé si hablo. Puede que sueñe.

—No pueden ser ustedes tan viejos y tan pobres de espíritu —insistía don Genaro.

—¿Pobre de espíritu, me ha llamado? Le retaría a duelo si pudiera levantar el brazo.

—Vamos, hombre... —dice con tono pícaro—. La señorita artística esa que tiene usted tanta prisa por visitar esperará una horita más, si no, es que no vale la pena.

Y así.

Efectivamente, conocía los vicios de los demás, pero él, aparte de la verborrea, no tenía otro, y la única pega que le ponía la sociedad y que daba para criticarlo era ser acusado por las malas lenguas de nuevo rico, a causa de que la procedencia de su fortuna no fuesen antiguos títulos y rentas, sino la prosperidad de un negocio insólito en Madrid (la suya era la única fábrica textil floreciente que no se encontraba en Levante).

Mas don Genaro, hombre de buen comer y fumar y, por tanto, de humor excelente, se reía de tales lenguas y de muchas otras atribuyéndoles a ellas mismas una fortuna que procedía de las Américas, la usura o la compra y venta de títulos, es decir, de negocios tanto o más vulgares y esforzados que los de su familia y que tampoco se remontaban muchas generaciones más allá. Estaba orgulloso del ascenso de su rama paterna, mucho más que si hubiera sido de noble cuna, aunque reconocía que por algún motivo (tal vez justicia divina, o tal vez el hecho de que solo las dificultades forjan el carácter, y solo el carácter forja la suerte, como le habían enseñado al pequeño Genaro) era más difícil para un rico mantener su fortuna heredada que para un pobre inteligente hacer una nueva.

El primer esfuerzo, y nada baladí, fue el de su bisabuelo, mayordomo de vida casi monacal que había ahorrado lo suficiente para comprar una pequeña ferretería. De sus muchos hijos, el primogénito llegó a estudiar ingeniería y reconvirtió el negocio familiar en fábrica siderúrgica, y el segundón, el padre de don Genaro, compró y amplió a mediados de siglo una inmensa fábrica de telas en el paseo del Rey, que poco a poco se había llenado de imponentes

chimeneas y lenguas espesas de agua teñida que bajaban por sus canalones hasta el río. Estos habían llegado a ser los dominios absolutos de don Genaro. En su primera juventud se asoció con los Hinojosa, amigos de la infancia y compañeros de estudios, pero llegó un momento en que tuvo el beneficio suficiente para comprarles su parte, y lo que no pudo comprar lo emitió en obligaciones. Los Hinojosa eran inversores nerviosos y aventureros y habían visto ya posibilidades en el ferrocarril y otros negocios, así que para ellos fue casi una liberación dejar Tejidos Silva en manos de Silva, como debía ser, y marcharse a recorrer mundo, a tierras americanas y británicas.

—Los Silva siempre habéis sido muy de aquí. Gatos, gatos. Si salís de Madrid os da frío.

Habían comentado alguna vez a don Genaro, y don Genaro se había ofendido un poco, porque el comentario le parecía injusto y hecho con mala intención, como para dárselas de internacionales y presentarlo a él como un provinciano. Al fin y al cabo, a ellos mismos los había escuchado decir alguna vez, le parecía recordar que hablando de un artículo de Clarín, que Madrid no era más que un poblacho, que en España no había otra cosa que provincias. Pero eso lo decían dos culos de mal asiento y además, sospechaba don Genaro, envidiosos vocacionales. Lo cierto es que él era un hombre feliz, bien casado y con hijos que lo heredarían, ¿cuánto más florida podía estar una rama familiar que dos generaciones arriba estaba sirviendo a los ricos?

La señora doña Pilar Santos de Silva era, por emplear un adjetivo atribuido a mujeres excelsas de la edad de oro de nuestra literatura, una dama discretísima. Esto es, era bella, pero no exuberante, elegante, pero no llamativa, inteligente, pero no profunda. Poseía las condiciones que debe tener la mujer hermosa de raza ibérica según la condesa de Montijo: tres cosas finas, los labios, los dedos y el pelo; y tres cosas negras, las cejas, los ojos y los párpados. En cuanto a comportamiento, era una obra maestra de la educación anticuada que le habían dado sus padres, solo se le podían poner dos pegajos: uno, que de tan correcta era un poco sosa, y en su vida no había ocurrido nada que diese para un cotilleo; otro, que cuando en un encuentro relajado entre amigos o en un banquete de bodas la sentaban junto a su marido y este hacía un comentario un tanto atrevido, o que se salía

mínimamente de tono, y no era raro porque entre tanta palabrería alguno había de escapársele, le pegaba con el abanico cerrado una y hasta dos veces. Lo raro era la reacción de don Genaro, que decía mucho de la frescura de su carácter y la inocencia que se había conseguido mantener en el trato del matrimonio a pesar de llevar juntos desde que eran dos nenes con la leche en los labios; por muchas veces que su mujer hubiera hecho este gesto, a él siempre le sobresaltaba y le hacía echarse encima el café, o soltar un «¡oh!» redondo de niño que hacía sonreír a doña Pilar cuando volvía a abanicarse, una sonrisa casi imperceptible, hay que decir.

CARTA DE FERNANDO SILVA A CATALINA HINOJOSA, FECHADA EN SEMANA SANTA DE 1880

Querida Catalina:

Espero que te encuentres bien de salud y viviendo con alegría el reencuentro con tus familiares de Inglaterra. Yo he tenido que abandonar de momento mis estudios de ciencias para dedicarme a cuestiones prácticas de la fábrica que a mi padre le importa mucho que aprenda. Echo de menos mis libros y sobre todo la química, que me relaja. No estoy hecho para ser un hombre de negocios, me parece, pero mi padre opina lo contrario y no hace más que halagarme. Esto me ha enemistado un poco con Ricardo, que últimamente está más crápula y perezoso que nunca y sin embargo parece que siente envidia cuando hablo de alguno de mis primeros éxitos en Tejidos Silva. Lo quiero, pero no le entiendo. No entiendo a esas personas que envidian algo que sin embargo no quieren ni intentan conseguir. Aunque sus celos y su desprecio son muy dolorosos para mí, me reprocha que soy de piedra porque no me enfado con él. En fin, queridísima mía, no quiero agobiarte con estos temas dolorosos de familia, pero siento que se abre un abismo entre mi hermano y yo y tú eres mi consuelo, mi amiga más querida en este momento. He decidido hablar más de nuestro compromiso, de nuestro amor, para que no me digas, como mi hermano, que tengo frío el corazón porque nunca expreso sentimientos. Si no hablo de ellos, amor mío, es porque los tengo a buen recaudo, donde no puedan cambiar ni ser heridos.

He hablado con mi sabia madre de este tema y hemos convenido en que, si estás de acuerdo, celebremos nuestra fiesta de compromiso en mayo.

Recibe mis cariñosos saludos.

Tuyo,

Fernando Silva

Los dos retoños del matrimonio Silva que contaban, a la sazón, con treinta y veintisiete años, se habían criado sanos y libres como potros. Eran dos mozos de romántico pelo rizado, casi rubio en su infancia, lo que les había valido el humillante apodo de las Francesitas hasta que un par de ojos morados (uno de cada hijo) y el diente roto del primogénito de los Ridruejo solucionó la cuestión.

Este asunto se había dirimido también entre los padres de los tres niños, en una reunión más formal, la tarde del 10 de octubre de 1864 a las cinco en el salón de los Silva.

Ridruejo padre se había presentado con un chaleco blanco de verano que doña Pilar había descrito al oído de su marido como «insolente». Don Genaro no le había hecho mucho caso. Estaba preocupado por la expresión del padre del insultador de sus hijos, y por su oposición a tomar asiento, porque tal cosa es gesto de chulo y querellante, y porque esto le obligó a él a ponerse de pie. Pero la conversación se zanjó cuando Genaro Silva mentó la ley del talión.

—Ojo por ojo, diente por diente. Qué más da entonces ojo por diente y diente por ojo. Es más, usted sale ganando porque mis Francesitas tienen un ojo morado cada una y la suya solo un diente roto.

Ridruejo quedó en una posición políticamente incómoda, porque se veía obligado a aceptar el encanto y la sensatez con que estaba formulada la frase, pero si asentía estaba dando por hecho implícitamente que su propio hijo también cabía bajo el insulto que este mismo había emitido. Es decir, ahora los tres eran Francesitas. Don Genaro lo había puesto en un aprieto. Como Ridruejo, además de vestir «insolentemente», no era muy amigo de enigmas

mentales ni enredos semánticos, se dejó vencer, sonrió, se tomó el café, y quedó amigo de la familia y devoto de la señora doña Pilar, a quien besó la mano posando los labios en la rosa de Francia de su anillo como un caballero antiguo.

Más tarde en la cama, aún en bata, con las luces encendidas y pensando cada uno en sus cosas, don Genaro resopló:

—Qué burra eres, a veces. ¿Cómo va a ser un chaleco *insolente*?

Y doña Pilar contestó, o más bien dijo para sí:

—Ese es capaz de ponerle a su hijo un diente de oro.

Otro episodio de la juventud de los hermanos Silva que es necesario recordar aquí, y que ocurrió quince años y siete meses después del anterior, es el que narra cómo se ideó el compromiso de Fernando Silva con Catalina Hinojosa, ambos primogénitos de importantes familias de nuevos ricos industriales. Posiblemente el lector que no habitara el Madrid de aquellos años no podrá apreciar lo rara que resultó esta aleación, vista desde fuera del núcleo familiar, pero desde dentro de la sociedad madrileña.

Para empezar era raro que se unieran dinastías burguesas. Lo normal en cuanto uno prosperaba un poco era picar más alto, a lo caciquil o militar. Herederos de títulos nobiliarios más o menos atribulados, políticos de casta o encantadoras hijas de brigadieres, capitanes, etcétera, eran las presas deseadas. Para continuar, Fernando Silva era un joven poco corriente, era tan raro verlo quedarse en un compromiso social más allá de lo necesario como lo era verlo en los círculos de ocio masculino habituales, y ambas cosas ocurrían con tanta frecuencia como la aparición en tales sitios de un oso panda. En cambio, Catalina estaba siempre donde tenía que estar, siempre con una sonrisa, era encantadora y atrevida. Pero de ese atrevimiento que se hace perdonar por su blancura, que se centra en detalles superficiales. Ingeniosa y brillante como un personaje de Oscar Wilde, pero quitándole la decadencia y el cinismo, con esa clase de libertad que consistía en la ignorancia de su falta de libertad; creía con todo su corazón que el hecho de que un hombre la viera, la eligiese y la inmovilizase para siempre en sus

deberes femeninos, como una mariposa atravesada por un alfiler, era un destino que ella había elegido y deseado de entre todos los posibles. Como además se había criado en Inglaterra hasta los ocho años (seis en Manchester y dos en Londres), sus encantos alcanzaban también a cazadores anglosajones, lo que ampliaba su campo de acción y las expectativas de su padre. Hablando de su padre, ¿cómo ese hombre prudente y tacaño se había dejado seducir por los Silva con el único objetivo de encasquetarle a su hijo mayor, buen partido, pero de posibilidades aún por revelar?, ¿cuándo había levantado Fernando sus ojos de entre los libros y los microscopios para encontrarse con la sonrisa luminosa de Catalina?, ¿cómo se la veía desde detrás de sus anteojos de tímido empedernido?... Todo era un misterio para los corrillos ociosos de Madrid, y lo será también para nosotros, que solo sabemos cómo y dónde arrancó la idea de tal unión.

Habrá que empezar diciendo que a los veintitantos, Fernando y Ricardo Silva eran conservadores en intención política y en influencias heredadas, liberales en espíritu y conducta ajena a sus padres, millonarios en potencia y, entre las pollitas casaderas, deseados pero indolentes; Fernando por exceso de timidez, Ricardo por exceso de lo contrario. O sea, que un hermano porque no elegía mujer, el otro porque las elegía a todas, no habían forjado sus fantasías de propiedad matrimonial en torno a ninguna. Hasta llegados los treinta, ni la lentitud del uno ni la negligencia del otro preocupaban demasiado a sus padres, que habían tenido una vida convencionalmente feliz y que por tanto no se metían demasiado en la de los demás. Fernando estudiaba ciencias, Ricardo vagueaba, y los dos acabarían heredando la fábrica y toda su fortuna. No había de qué preocuparse. Sin embargo, por alguna razón, los números que acaban en cero dan idea de límites tanto en la aritmética de los negocios como en la edad.

El 12 de septiembre de 1879, día en que Fernando cumplió treinta años, a doña Pilar le entró una angustia insensata y repentina por el futuro amoroso de su hijo, y habló con su marido de la hija de su antiguo socio, don Víctor Hinojosa.

—¿No se instaló hace poco en Madrid el mayor de los Hinojosa, el viudo?

—Sí. Abrió la casa de la plaza del Rey, junto a la iglesia.

—¿Y la hija mayor, cómo se llamaba...?

—Catalina.

—Catalina. ¿Vino con él?

—Catalina ya estaba aquí estudiando en el Sagrado Corazón.

—¿Un convento?

—No, un colegio. ¿Qué estás rumiando?

Doña Pilar pensaba en la jovencita de padre próspero, antiguo amigo de la familia, criada y educada entre monjas, y le gustaba tanto la idea que tenía que parecía masticarla.

—¿Por qué no se la presentamos al niño?

Don Genaro soltó una risita.

—¿Al niño de treinta años que se pasa el día mirando por un microscopio y que parece que le dan miedo las mujeres?

—Ese, ese. El nuestro.

—Por qué no.

Se concertó una cita entre unos cuantos amigos para hacer más sutiles las intenciones de la anfitriona. Además de los Silva (excepto Ricardo, que dijo que para lo que pintaba en aquella reunión mejor se iba a pescar —y *pescar* era un eufemismo—) y de Víctor Hinojosa con su hija, estaba otra vieja amiga de doña Pilar, doña María Dolores del Amo, que hacía menos de un año, triunfalmente, había casado a su hija Dolores con el heredero de la Banca Loygorri.

Se merendó, se charló de cosas banales. Al final, los convidados a la pequeña reunión salieron a admirar el jardín manchado de colores por las hojas caídas de los plátanos de sombra, y dejaron un rato a solas a Fernando y Catalina.

Doña María Dolores se consideraba en el fondo superior a doña Pilar, porque esta última no dejaba de ser, variando los términos cuantitativos, la mujer de un comerciante. Así que, como siempre hacía, sin disimular su prepotencia, instruyó a doña Pilar sobre el tono y los modales de los

asistentes.

—Ese vestido azul de seda lavada y puntillas de Catalina Hinojosa me suena, creo que es de temporada.

—Oh.

Murmuró doña Pilar, arrugando la frente, avergonzada por el hecho de que su invitada no se hubiese presentado con un traje nuevo. No es que a ella le importara, pero María Dolores parecía estar a punto de criticarlo.

—Sí, se lo vi en la misa de San Lorenzo, hace algo más de un mes. Después de misa se marchó. Es una muchacha educada en las monjas, como debe ser. Las hay que no se quitan el mantón de los hombros, de feria en feria, pero ella celebró el oficio religioso, que es lo suyo, y los fuegos artificiales y las horchatas para las que quieran refrescarse.

—Ah.

—Qué detalle ese sombrero que lleva.

—Ese sí que es nuevo, ¿verdad?

—Sí.

Doña Pilar estiró la columna y siguió caminando por el jardín con una sonrisa de satisfacción. Catalina había complementado su atuendo con un sombrero moderno, amplio, de bordes plegados, con redecilla alzada y prendida en dos camelias blancas que parecían naturales adornando la cinta y haciendo resaltar, por contraste, su negro terciopelo. Doña Pilar consideró este un detalle de coquetería con que la joven había intentado mitigar o equilibrar la sobriedad del resto de su atuendo, en atención al estatus de la casa que la había convidado. Esto le hizo sentirse como una dama, como en sus viejos tiempos cuando aspiraba a casarse con un rico de más alta clase, más inactivo, como María Dolores, su amiga del colegio. Ella, en cambio, se había enamorado. «Así es cómo se forman las clases —había explicado una vez en una cena un amigo de su marido, erudito y catedrático de ética, después de justificar su discurso con argumentos platónicos—: Hay quienes eligen y deciden con el cerebro, hay quienes lo hacen con el corazón y quienes lo hacen con las tripas, “con el bajo vientre”, decía Platón. Los primeros son los líderes de una sociedad, sus clases altas; los segundos, sus militares y hombres de acción; los últimos, pertenezcan a la clase que

pertenezcan, descienden». Doña Pilar ignoraba por qué aquel discurso, que en el momento de la cena, entre mujeres jóvenes impresionables, esposas incultas y perdices en salsa de cereza, le pareció tan poco apropiado, se le había quedado, sin embargo, grabado a fuego en la memoria.

«Yo elegí a mi marido con las tripas —se había dicho muchas veces—. Con el bajo vientre...». Y esta idea la sonrojaba.

—En estos tiempos no hay muchachas casaderas que sepan responder a la invitación de un negociante con esa delicadeza.

Doña Dolores interrumpió, con esta frase, el curso absorto de su recuerdo. Un *negociante*... Obviamente, a María Dolores aquel detalle del sombrero le parecía matar moscas a cañonazos, total, para casarse con un Silva... Pero Pilar siguió sonriendo y asintió.

«Envidia nuestro dinero. Sé que ha tenido que vender joyas y obras de arte de su familia, yo hago como que no lo sé, y ella hace como que no lo sabe, pero lo sabemos las dos. Ella también ha tomado decisiones con el bajo vientre».

Esta clase de pensamientos eran como un bálsamo.

Cuando entraron al salón encontraron a los dos jóvenes en el mismo sillón, en la misma postura que cuando los dejaron, mirando al suelo. Catalina se despidió, formal y encantadora, como siempre, y a partir de entonces Fernando visitó la casa Hinojosa una vez por semana. Aunque Fernando apenas hablaba de su relación con Catalina, doña Pilar decidió que era obvio que su hijo estaba enamorado. En caso de que la joven no le hubiese gustado, era tan fácil decir que no como le resultaba a Ricardo inventarse excusas para no asistir a los compromisos familiares.

NOTA QUE RICARDO SILVA METIÓ POR DEBAJO DE LA PUERTA DE LA CRIADITA ROSALÍA LA MADRUGADA DEL 23 DE ABRIL

Rosalía, qué ojazos. La otra noche en la verbena estabas elegantísima, y qué estilo al andar y bailar, te confundí con una de las Madrazo. Tus orejitas asomando bajo los rizos del pelo suelto, sin la cofia, y ese perfil de estatua. Ya sé que me vas a decir esas cosas tuyas de que al diablo no hay que andarlo tentando, y que cómo me atrevo a remover algo que salió tan mal, pero ya sabes que yo siempre me he ocupado de ti. Ninguno de los dos está casado y somos jóvenes. Me encanta tu nariz. ¿No vas a volver a dejarme abierta la puerta de tu cuarto?

El 10 de mayo de 1880, doña Pilar se reía sola recordando aquellos dos hitos de su maternidad, la pelea con Ridruejo y el compromiso con Hinojosa, esperando ver aparecer en el salón a los muchachotes que se iban a pasar su primer día en la Dirección de Tejidos Silva, con su padre, a aprender el negocio en serio.

Los dos hermanos se personaron en el salón vestidos de calle. Fernando llevaba un elegante sombrero hongo color beis, y del bolsillo de Ricardo asomaba un bonito pañuelo rojo de seda. Doña Pilar salió de su recuerdo de la pelea con el mayor de los Ridruejo y de sus planes de boda como se sale de un sueño, y contempló a sus hijos. Salían de su memoria con diez años y entraban en su salón con treinta. Como si hubiesen pasado, en un juego infantil, por debajo de sus faldas y hubieran salido por el otro lado veinte años después. La impresión del contraste entre el recuerdo somnoliento y la realidad le dio ganas de llorar. Cuando Ricardo vio el puchero en la cara de su madre y notó que iba a ir hacia ellos, puso los ojos en blanco.

—Mamá... Ya estamos.

Ella lo golpeó en la solapa de la chaqueta como le hacía a su padre, pero sin el abanico, con la mano vuelta, y peinó con las palmas, casi sin rozarlos, los cabellos castaños de Fernando.

—Parecéis dos señores.

—Qué cosas tienes, es que lo son —dijo don Genaro, que llevaba su sombrero en una mano y el bastón en la otra—. Vamos, vamos.

En la puerta los esperaba el simón. Salieron animosos, pero Ricardo dejó que su padre y Fernando se adelantaran un poco, y cuando tomaron el pasillo

para ir hacia el vestíbulo, se coló de un saltito en el cuarto de la plancha donde trabajaba Rosalía. Entró con pasos silenciosos, como un gato, se acercó a la muchacha por detrás y le sopló en los ricitos de la nuca.

—¡Ay, madre!

La muchacha se volvió, y miró con los ojos muy abiertos al señorito, que se reía sin ruido. Él le puso el dedo delante de los labios, mandando callar, y le dijo en voz baja:

—¿Recibiste mi nota?

Rosalía se volvió y siguió planchando.

—De sobra, señor.

—¿Qué quiere decir *de sobra*?

Rosalía resopló.

—Eso de que siempre se ha ocupado de mí, el señor... Es muy amable, pero yo trabajo para don Genaro y doña Pilar.

—Claro, mujer, una cosa es el servicio y otra la diversión.

—Buena diversión. Ya he tenido bastante.

Al fondo del pasillo se escuchó a don Genaro que llamaba a su hijo.

—¿Sabes algo de la niña? ¿Qué tal está?

—Por lo que sé está bien, señorito, gracias por preguntar.

—Entonces, ¿no tendré abierta la puerta de tu cuarto luego?

—No, ni luego ni nunca.

Ricardo se encogió de hombros y salió tan sigilosamente y con tanta agilidad como había entrado. Rosalía lo escuchó decir:

—Ya voy, padre. Había olvidado mi sombrero.

—¿Y dónde diantre lo habías olvidado, si lo llevabas en la mano cuando saliste del cuarto?

Rosalía siguió planchando sin ver, con los ojos llenos de lágrimas, pero tenía costumbre.

DIARIO DE ELISA

12 de mayo de 1880

Es lunes y llueve. Qué aburrimiento.

Ayer estuvimos en misa, luego fuimos a pasear. Hacía un sol espléndido, un día luminoso. Contratamos profesor de canto y piano en Recoletos, conocimos muchas personas encantadoras y los Del Amo nos invitaron a tomar café y pasteles en su casa por la tarde. Estrenamos sombrillas hechas a mano de Camerún, que un comerciante de marfil le ha vendido al tío, junto con muchas otras cosas, por ejemplo, una figurilla de mujer con pechos caídos que nos hizo reír a Adolfina y a mí. La tía nos regañó como una madre superiora, nos dijo que ya somos mujeres y que no debemos andar riéndonos por los rincones como colegialas. Yo le dije que somos así, que Adolfina siempre me hace reír y que me gusta reírme; no supo qué contestar y se quedó callada. Seguro que está deseando que me case y la deje en paz. Pues con Adolfina lo lleva claro, que dice que, si no se casa con un cantante de ópera o con un detective policial o con un explorador de la selva, no se casa. Estoy deseando que un día lo suelte en una cena de gala cuando le pregunten si está prometida. Siempre está de guasa. Cuando éramos pequeñas nos llevábamos mal, porque yo creía que todo lo decía en serio, pero ahora nos queremos mucho. Además, ahora estamos solas. En el funeral de nuestros padres, después de un ataque de llanto de quince minutos, de pronto se calmó, me tomó la mano fuertemente y me dijo al oído: «Ahora somos como dos náufragos a la deriva». Me dio un ataque de risa muy tonta que hasta me

hizo temblar. A la tía, que estaba allí, le pareció muy inoportuno y reprochable. Tonta.

Ahora empieza a caer granizo y el cielo está de ese azul-gris de uniforme de soldado que da mucha lástima. Con lo lloronas que estamos Adolfinina y yo desde que somos huérfanas, lo único que nos faltaba era un día como este. He decidido contar en mi diario todas las cosas divertidas que hicimos ayer, la gente que conocimos, para no hundirme en el aburrimiento y la tristeza.

Ayer, las campanillas de la mula de la leche me despertaron antes del amanecer. Estoy nerviosa, últimamente, además de llorona, no duermo bien, y ni hablar de despertar a Adolfinina para hablar con ella, que es un tronco. Tampoco puedo encender la luz para leer porque la tía tiene un balcón que da al nuestro (los tíos no duermen juntos en el mismo cuarto, sino que tienen cada uno su dormitorio en un ala de la casa, como los reyes), y si me ve levantada antes de las ocho, me obliga a volver a acostarme. Aunque ya esté vestida, me obliga a desvestirme y volver a la cama. No lo entiendo; después, a partir de las ocho y media, siempre está metiendo prisa. Para ser como ella quiere hay que estar muerta entre las ocho de la noche y las ocho de la mañana siguiente, pero a partir de las ocho ser una máquina que todo lo hace en cinco minutos. En fin, no tenía otra cosa que hacer hasta las ocho más que sentarme a mirar por la ventana en camisón. Eso fue lo que hice, mirar subir la luz como los candiles de un teatro, y ver pasar de vez en cuando algún coche de punto. Debían de ser las seis y media cuando vi llegar a uno de los Silva y entrar en casa tambaleándose. Desde esta ventana se ve su puerta principal. «Qué suerte ser un hombre, pasar la noche en la calle y volver borracho a la hora que te dé la gana, en vez de estar aquí, en camisón, espiando desde detrás de las cortinas», pensé. Entonces pasó algo raro. El muchacho Silva, no sé si era el pequeño o el mayor, pareció mirar hacia mi ventana, y antes de entrar en casa, se quitó el sombrero y me saludó con una pequeña reverencia. No sé si vi mal, porque estaba lejos, pero por si acaso corrí de golpe las cortinas.

Así que a primera hora de la mañana estaba soñolienta y de mal humor, además rompí unos guantes que tienen ya dos años, pero son mis preferidos, porque me los regaló mi madre en mi puesta de largo. Están hechos de una

redecilla blanca y suave que te hace sentir al ponértelos que estás metiendo la mano en agua. Ya al ponerme el izquierdo me había dado cuenta de que se me había quedado pequeño, la cinta de la muñeca estaba estrecha y me hacía un poco de daño cuando doblaba la mano. Pero yo, empeñada, me puse el derecho, y nada más calzármelo se rajó de lado a lado. Me eché a llorar, otra vez... Adolfina se acercó y tocó mi hombro. Me dijo:

«Ahora tendrás que ponerte los guantes lila de solterona de la tía».

«¿Por qué soy tan llorona, Adolfina?».

«No eres llorona, Elisa, lo que pasa es que ahora eres una huérfana y tienes que llorar, es lo que hacen los huérfanos, llorar y pedir pan».

«Eso son los pobres».

«Bueno».

«Pero la llorona siempre has sido tú».

«Eso era cuando éramos niñas, pero al hacernos de largo, nos hemos intercambiado los papeles. Ahora la señorita guapa y llorosa eres tú, y yo soy la jamona sanota y alegre».

Desde la puerta, la tía nos gritó:

«Vamos, vamos, dejaos de risas y de tonteos. A misa, que es tarde».

Cómo le molesta a esta señora oír risas.

Había mucha gente en la iglesia. Yo no paraba de bostezar y trataba de esconder los horribles guantes de mi tía, pero no podía. Si metía una mano en el bolso, con la otra tenía que sujetarlo, y si las escondía en la espalda, los ocultaba de la vista de los de delante, pero se los mostraba a los de atrás. Al final de misa, la tía nos obligó a esperar para confesar. En ese momento ocurrió lo único bueno de la mañana. Conocí a Catalina Hinojosa, y enseguida nos hicimos amigas. Se dio cuenta de que intentaba esconder mis guantes y me dijo con mucha dulzura:

«¿Sabes por qué a nuestras madres y abuelas les gusta tanto que nos pongamos su ropa? Les gusta pensar que todavía tienen cosas que están de moda, creen que eso las rejuvenece... Pero están equivocadas».

«Es verdad, ¡seguro que es eso! Ja, ja».

Había una vieja con una cofia anticuada con chorreras que levantó la vista y nos chistó. Catalina me habló en voz baja. Me preguntó cuánto tiempo

hacía que estábamos en Madrid, porque no le sonaba mi nombre, me dijo que ella estaba aquí desde los diez años, pero que su padre había llegado de Inglaterra hacía un año y que ahora vivía en la calle del Oso, y me invitó a visitarla cuando quisiera. Me dio permiso para llamarla Cati, como hacen en su casa. Me hizo mucha ilusión hacer una amiga, es la primera que tengo en Madrid.

Luego, en la calle, Cati se acercó a mi tía y nos invitó a todos a su fiesta de compromiso con Fernando Silva, que será el próximo 17 de mayo. Se disculpó con mi tía por haber avisado con tan poco tiempo, y añadió que su padre era poco competente en esos asuntos de sociedad y que, al no tener una madre que la ayudase, tenía que encargarse ella misma de todo. Mi tía pareció enteramente complacida con la invitación y con las explicaciones, y al subir al coche me dijo:

«Fíjate en la discreción y la cortesía de esa muchacha y aprende de ella».

Ese comentario podría haberme hecho odiar a Cati, pero estaba decidida a que fuese una amiga íntima.

En el coche me he quedado pensativa, preguntándome si el Silva que me saludó desde la calle cuando estaba en la ventana será el que va a casarse con ella.

«LA JOVEN SOLTERA. LO QUE HACE Y LO QUE EVITA».

EXTRACTO DEL CAPÍTULO 3 DEL LIBRO *LA ELEGANCIA EN EL TRATO SOCIAL*,
PUBLICADO EN EL SIGLO XIX POR LA VIZCONDESA BESTARD DE LA TORRE

—*Y dime, mamá, si Gloria tiene un pretendiente, ¿cómo deberá conducirse?*

—*De la manera más sencilla, sabiendo que una joven no acepta jamás de un caballero regalos de valor mientras no llega a la categoría de novio, y aun así, hasta el día del contrato no admite de él más que libros, flores, dulces, etcétera. Llegado el momento de que un hombre le declare su amor, si cree poder corresponderlo lo pondrá inmediatamente en conocimiento de su madre; de otra suerte le contestará en el acto o en una segunda entrevista con franqueza y lisura, expresándole el sentimiento de no poder aceptar petición de mano que tanto la enaltece, pero ofreciéndole su buena amistad. Si acepta su amor, no confiará su secreto ni a sus más íntimas amigas, aun cuando con el silencio sufra su vanidad; bástele con el goce de que su madre conozca sus amores y los apruebe.*

—*¿Y si el novio le pide el retrato, mamá?*

—*Gloria, para entregárselo, si llega este caso, procederá con mucha circunspección; del mismo modo en que se ha cuidado de prodigar su efigie aun entre los individuos de su familia, y exceptúa sobre todo a sus primos jóvenes, por el uso, perjudicial para ella, que del retrato puedan hacer.*

A la una entró el joven Ricardo Silva en La Peña, despejado y radiante como si acabase de asearse, y con algún triunfo que lo elevaba unos centímetros del suelo, pues ojeó los periódicos con nerviosismo, como ejecutando un pequeño ritual que nada le importaba, esperando en realidad el momento en que pudiera ser visto y preguntado por su buen humor. Miraba a los lados y silbaba, buscando la atención de José Luis Arahal —que leía con el cigarro en la boca y las piernas estiradas con un pie cruzado sobre el otro, una postura muy suya— o de Manuel Lanzafuerte, en el sillón contiguo, que no se había levantado esa noche del asiento y todavía conservaba el clavel blanco en el ojal. Unos hielos marchitos se derretían en su copa de coñac.

—¡Esto está muerto! —exclamó por fin Ricardito Silva, harto del silencio y la flema de sus amigos—. ¡Manolo! ¡Pepito, hombre!

Manolo se inclinó hacia Pepito y susurró en su oído:

—Este viene de la timba en la calle Jardines..., y ha ganado.

Pepito se volvió en dirección a la oreja de Manolo.

—La timba de la calle Jardines ya la deshicieron los guardias, le hacía la competencia a la que tenían montada en el burdel de Los Artistas...

—Ah, bueno, donde sea, pero ha ganado.

Pepito Lanzafuerte chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Esto son amoríos.

—Dejad de murmurar como dos viejas —rio Ricardo, arrebatándole el periódico a Pepito de las manos—, traigo noticias.

—Cómo no.

El mozo, con su chaqueta roja aterciopelada y su pelo repeinado, se

acercó a Ricardo Silva para preguntarle qué quería tomar. Estaba ojeroso y, cuando no lo veían los clientes, bostezaba. Estaba tan cansado que se le olvidaba comprobar si tampoco el encargado —un muchacho de dieciséis años, cruel, casi sádico, por jefe y por adolescente— lo veía hacerlo. Así que cada uno de sus largos bostezos de morsa terminaba con un pescozón y tenía el cogote rojo. Al escuchar su voz de pito detrás de él, Ricardo Silva dio un brinco.

—Por Dios santo, Luisito, ¿cuándo vas a cambiar la voz?

Luis bajó la mirada y casi pudo oír detrás del bar las risitas de mofa del encargado, mezcladas con el golpeteo de las botellas que estaba ordenando.

—¿Y a qué hueles? —Ricardo acercó su nariz al pelo del muchacho—. ¿Qué te has puesto en la cabeza?

Luis levantó la barbilla:

—Loción de afeitar Gal.

—Ja, ja. Loción de afeitar... Gal —quiso resaltar la marca y le sonó un poco como un balido—. ¿Eres un condenado y te van a pelar la cabeza con navaja? ¿Ya no te peina tu madre con colonia?

—De ningún modo, señor.

—Me parece muy bien. Estás hecho un hombre. —Los tres amigos se carcajearon—. Tráeme whisky, anda, de Malta.

El muchacho se fue apresuradamente. Manuel Arahál se levantó del asiento.

—Y bien, tenías noticias.

—¿No interrumpo ninguna conversación? —preguntó Ricardo con retintín.

—Sabes que no.

—¿No hay ninguna daifa, ninguna perdida por Madrid, que os esté perturbando el sueño?

Pepito le dio un codazo a Manolo:

—Te lo dije, este viene con ganas de hablar de mujerío.

—A mí déjame de perdidas que ya no puedo con el rabo..., y además, no hay guita.

—¿Y qué hay de esas coquetas de la *high life* que se escapan con el

profesor de francés y, desheredadas a medias, se montan con lujo en Madrid?

Pepito negó con la cabeza.

—Anda, ¿a quién has conocido?

—Eres más simple que un pájaro frito, yo no he conocido a nadie. Si la hubiera conocido yo, estaríais hartos de conocerla también vosotros; esta es nueva. Lo que sí he tenido es la oportunidad de espiar su intimidad.

—¡Madre mía! —resopló Pepito saltando del sillón—. Dice que no la conoce pero que ha visto su intimidad. Ja, ja, qué fantasmón.

Ricardo miró a sus amigos con misteriosa satisfacción. Lo que traía no era mucho, pero había conseguido justo el efecto que buscaba. El encargado también lo escuchaba. Había estado trabajando oculto en la oscuridad de la barra interior, la que daba al salón grande, que estaba ya cerrada. Al escuchar de qué iba la conversación de los caballeros había abandonado dos botellas de champán mal alineadas en su estante, otra en la barra esperando su turno y otras muchas en una caja abierta en el suelo, y había volado al panel contiguo a la salita de fumar, cubierto con un biombo de seda y las pesadas cortinas, sin sospechar que el dibujo de su sombra, proyectada por un candil con el que se había estado dando luz para hacer su trabajo, se perfilaba claramente en el borde del biombo que sobresalía de la cortina, y Ricardo contó su historia teniendo en cuenta también a aquella parte del público.

—Calma, calma —dijo alzando las manos—. No he dicho que haya visto una intimidad al completo, he atisbado un camisón traslúcido detrás de una elegante cortina en el piso superior de una casa, bastante alejada, en un momento en que los contornos eran borrosos porque apenas había luz, y porque mi cabeza estaba embotada por el alcohol.

—Acabáramos. O sea que paseabas por la calle, borracho, y viste la sombra de una señora en camisón en la cortina de una ventana. Vaya historia.

—Y vaya señora, que se pasea en camisón de noche y sin echar las cortinas —añadió con chufla Manolo.

—Madrid está lleno de esas —repuso Pepito.

Rieron los dos.

—He dicho que calma. No conocéis los detalles. La linda señorita a quien vi no era una sombra anónima que se paseaba a la luz de una lámpara de

aceite ni un fantasma romántico. Es mi vecina, la vi espiando por su ventana mi llegada a casa al amanecer. Ella me miró y yo la miré, e incluso la saludé quitándome el sombrero.

—Qué caballero.

—Ya no los fabrican con ese primor.

Ricardo ignoró el tono de sus amigos y continuó.

—Tiene ese cuerpo serpentino, esa mirada ojerosa y flechadora.

—¿Pero la has visto de día, o ese cuerpo y esos ojos están en tu imaginación?

—Me he enterado de que ella y una hermana gordota vinieron de Toledo hace unos días. Se han quedado huérfanas y mis vecinos son sus parientes más cercanos. Fui a la puerta de San Manuel y San Benito para espiarlas a la salida de misa.

—¿Qué vecinos? ¿Los Torrealba? —preguntó Pepito.

—Sí

—¡Oh! —exclamó Manolo con expresión de repugnancia—. El viejo coronel y la vieja cuerva que lleva siempre en su hombro.

—Pobres criaturas, encerradas en esa tumba...

—Ahí es donde intervengo yo.

—Tú las vas a liberar de su sufrimiento.

—A la gorda no.

—¿Y cómo es la que no es gorda?

—Pues a mí me gustan bien rellenas —interrumpió Manolo.

—Como pavas.

—Con hoyuelos en los codos. Eso me vuelve loco.

—Pues tú pretende a la de los hoyuelos, pero, oye, Ricardo, a mí cuéntame cómo es la otra.

—Tengo un retrato.

—¿Que tienes qué?

Pepito dio un pisotón que hizo tintinear las botellas de champán solitarias en su estante. El encargado echó una mirada sobre su hombro, y vio al pobre Luis sentado en el suelo de la barra interior, bostezando. Esta vez no fue a darle un pescozón, pero le hizo un gesto con la cabeza para que recogiera las

botellas que él había dejado. Luis se levantó con diligencia, le tenía miedo a la entrada del nudillo del encargado en su cogote. Cuando quiso mirar de nuevo, vio que Ricardo ya había sacado la fotografía de Elisa Torrealba y se la mostraba a sus amigos. Estos lanzaban exclamaciones.

—Maravillosa.

—Una divinidad.

El encargado pensó que si hubiese mirado unos segundos antes, cuando el señor Silva sacaba el retrato de su bolsillo, hubiese podido ver algo.

—Demonio de crío —farfulló, culpando de su desgracia a Luisito.

—Pero bueno, Ricardo, ¿cómo has conseguido este retrato? ¿No te lo habrá dado ella?

—¡No, por Dios, es una dama!

—¿Entonces?

—Pagué a una sirvienta de la casa para que se lo quitara de su habitación.

—¿Conoces al servicio de la casa Torrealba?

—Sí, de cuando lo de Rosalía. La pinche de cocina es amiga íntima de ella.

—¿Y qué le regalaste, alma de Dios?

—Una pulsera de brillantes.

—¡Pero qué dices! ¿Estás loco?

—Lo tuyo es demasiado.

Ricardo se guardó el retrato en el bolsillo del chaleco y apostilló:

—El tesoro valía la aventura.

—Oh, oh. El señor se nos ha puesto fino. ¿Te vas a casar?

—Tal vez.

Pepito y Manolo se miraron estupefactos.

En ese momento entró un nuevo cliente al bar. La moqueta ablandó el sonido de sus pasos y los tres amigos no se dieron cuenta de su presencia hasta que habló. Era don Fernando, el hermano de Ricardo.

—Buenas noches, caballeros.

—Buenas noches, Fernando. ¿Cómo va todo?

—Muy bien. Hermano, mi madre me ha encargado venir a buscarte, y no tengo permitido volver a casa sin ti.

Esbozó una sonrisita, sabía que su hermano odiaba esas palabras que parecían denotar sumisión a las órdenes de sus padres, y las utilizaba a propósito para fastidiarlo. Lo había hecho desde niño. Pero nada, aquella noche, podía perturbar el buen humor de Ricardo.

—¿Y cómo es que nuestra señora madre, en persona, te ha enviado a por mí?

—Porque mañana es mi fiesta de compromiso y quiere verte sin ojeras, descansado, y atento a las presentaciones.

Ambos hermanos soltaron un resoplido de sorna. Fernando se adaptaba a la vida social, pero la odiaba tanto, en ciertos casos, como su hermano. Ricardo salió detrás de su hermano mayor, pero justo cuando cruzaban el arco que llevaba al salón, volvió sobre sus pasos y penetró en la barra. Dio un silbido.

—Eh, chico.

Luis se le acercó.

—¿Qué se le ofrece al señor?

—Abre la mano.

Luis extendió la palma de su mano y Ricardo depositó en ella un duro. El chiquillo estaba boquiabierto.

—Esto es para ti. ¡Es para él, eh! —dijo en voz más alta, dirigiéndose al bulto tras el biombo—. Que no me entere yo de que te la quedas, que ya has tenido bastante con la conversación.

Luis subió los hombros y soltó una risita, Ricardo le guiñó un ojo. Entró Fernando.

—Vamos, hermano. Siempre cuando llego a la puerta compruebo que te has perdido por algún sitio.

—No tengo remedio —comentó negando con la cabeza, y salió silbando y con las manos en los bolsillos.

NOTA, HECHA LLEGAR POR MENSAJERO, DE DOÑA PILAR DE SILVA A CAROLINA, COPROPIETARIA DEL COLMADO ULTRAMAR Y PROMETIDA DE DON GERMÁN, DUEÑO DE LA TIENDA DE TELAS VILLA DE PARÍS, Y SU RESPUESTA

Estimada Carolina:

Le remito el menú que van a disfrutar los invitados de la fiesta de compromiso de mi hijo Fernando Silva con Catalina Hinojosa. Le ruego que se ocupe personalmente de proveer al mayordomo del casino, el señor Velasco, de todos los productos necesarios y que lo asesore respecto a todo lo que tenga que ver con alimentación, incluidas las viandas fuera del menú y los refrescos que están últimamente a la moda, por ejemplo, el ponche romano que se servirá en el cóctel. Ya le he indicado al señor Velasco, en base a la reputación de su comercio y a lo que yo misma he podido colegir, que no aceptaré que se use en la fiesta ningún género que no proceda de su comercio y que no haya aprobado su supervisión. El número de asistentes estará entre 285 y 300. El menú es el siguiente:

Entremeses

Consomé Royal

Pepitoria de ave a la extremeña

Langosta y langostinos

Judías salteadas

Rosbif asado

Ensalada

Mantecado

POSTRES

Frutas

Quesos

Café

VINOS

Tinto de mesa

Champanilla Fortuny

Atentamente,

Pilar Santos de Silva

Estimada señora doña Pilar Santos de Silva:

Agradecemos sinceramente su confianza en nuestro colmado y nuestra eficacia. Todo el género será fresco y de primera calidad. Puedo aconsejarle, para las flores, la misma casa de la calle Príncipe que colaboró con nosotros la última vez, adornando las cestas de Navidad de la fiesta benéfica. Traen los azahares de Valencia y tienen distribución propia. En el momento en que tenga ocasión puede acercarse al establecimiento y revisar lo que llevamos encargado, estará usted en su casa.

Asimismo le acompaño el agradecimiento de mi futuro marido don Germán. Ha recibido sus encargos para vestir el salón principal, y está ocupado en ello y encantadísimo de servirles.

Un cordial saludo,

Carolina Pérez

Como don Genaro Silva era un hombre relajado en sus costumbres y en las que exigía a los demás, y doña Pilar no era en absoluto, por mucho que pegase a su marido con el abanico, una de esas mujeres que en cuestiones que considera «femeninas» hace valer su criterio con ardor guerrero, la fiesta de compromiso de Fernando y Catalina prometía asistentes variados y un puntito de despilfarro.

Los primeros en llegar, con puntualidad germánica, fueron los Del Amo y los Loygorri, unidos ya para siempre como una sola tribu por el casamiento de sus primogénitos. La señora María Dolores, que encabezaba el grupo, aunque para guardar las formas y no parecer adelantarse a su marido lo hacía solo por una nariz de distancia, hizo que las cerecitas que adornaban su sombrero cruzaran el punto central del arco de entrada en el momento exacto en que comenzaban las campanadas de las siete. Estaba muy predispuesta a hacer comentarios sarcásticos sobre los excesos de adorno de los Silva, siempre al borde del mal gusto aunque librándose por los pelos, como solía ocurrir en las fortunas jóvenes pero bien asesoradas. Su hija, Dolores del Amo y de Loygorri, cuyo vestido de tela ligera y lazos fofos dieron que hablar sobre un posible embarazo, estaba tan adaptada y sus opiniones tan en consonancia con las de María Dolores (la señora no habría permitido ninguna disidencia durante la crianza de su hija, y mucho menos después...) que, con solo una mirada y un leve giro del cuello arrugado hacia los biombos de estilo oriental que adornaban la entrada, la hija comprendió inmediatamente que le evocaban el modo en que un pintor bohemio habría intentado separar su estudio de su cocina, y asintió con una risita maliciosa.

Hay una grandeza difícil de explicar, una sensación de abrazo, de majestuosidad, y también cierta sumisión servil reconfortante en el hecho de llegar al salón donde se va a celebrar un gran evento y encontrar solo a los criados alineados frente a la mesa del cóctel, el negro y blanco de la tela sobre el blanco y gris del mármol, a la familia inactiva, tensa en la expectación, muñecos de cera de una tarta, soldaditos de plomo, las manos de las damas unidas sobre el vientre, las de los hombres unidas a la espalda, sin nada que hacer más que atender a los asistentes que aún no han llegado, y ser el primero que cruza ese umbral, que ve esa escena, la fila de familiares emocionados, la fila de camareros diligentes; el matrimonio Silva, el viudo Hinojosa, el hijo y la hija, el hermano Silva en segundo plano, atrapados en sus mejores vestidos y modales, duplicados en el ancho suelo, recortados en el fondo de los jardines, mientras el viento hace ondear las cortinas tras ellos, atrapados en una función que no ha comenzado aún, tras el telón que tarda en levantarse, sin saber de qué hablar, cómo mirarse, al ver entrar a los primeros invitados, que en ese momento de vacío se perciben en el corazón como héroes, como salvavidas; la familia Del Amo-Loygorri, los dos matrimonios con sus hijos mayores, ella del brazo de él, los tres hijos solteros y las dos casaderas, con un par de primas que hacían de acompañantes, ser esos afortunados que reciben sus sonrisas, que son al mismo tiempo de cortesía y de alivio, entrar con la combinación exacta de premura y paciencia cruel que es preceptiva, a recogerlos en el borde de ese abismo.

Si hay algo de aquellos días ingenuos que se ha perdido es la cantidad de energía que se invertía en preparar los escenarios en que los seres humanos habían de asociarse, mentirse y fingir, donde los protagonistas de cada escena quedaban inmovilizados como en una fotografía una y otra vez, y la sensación de autenticidad, de honor y orgullo vividos de un modo brutalmente genuino, sin ironía, la entrega absoluta al juego de espejos, la esclavitud de las formas y los colores.

—¡Querida doña Dolores!

—¡Querida doña Pilar!

Todo era como cantar un himno.

La puntualidad tenía esta recompensa arcana, y también otra, más

pragmática, de acompañar a los anfitriones en un vanidoso paseo de presentación de los futuros manjares y diversiones que habrían de degustarse, y que no se proporcionaría a ningún otro grupo de invitados, pues a partir de aquel momento se cortaba el lazo de la ociosidad, y la familia Silva e Hinojosa no tendría más momentos de descanso ni de intimidad hasta que acabase el día, quizá hasta más allá.

Así como María Dolores pudo deplorar lazos, biombos y adornos florales, con la misma fuerza de su honestidad hubo de admirar cómo se habían detenido en los detalles prácticos y de agasajo al invitado, cómo se habían separado los salones de comida y de baile, para que los invitados que pretendiesen empezar la sobremesa antes que los demás pudieran permitir que estos siguieran comiendo y bebiendo mientras ellos ya se entretenían en el baile o los jardines, de manera que cada invitado pudiera seguir, por así decirlo, el ritmo de su propio placer.

—Una medida muy audaz —comentó admirado Loygorri padre, mirando el techo, como si comentase el valor arquitectónico de una bóveda, después susurró el *pero* al oído de Dolores hija, aún bajo los efectos de la entrada al salón y el desfile hombro con hombro con la futura prometida, vestida de rosa palo, radiante, por delante de las mesas engalanadas—. Obviamente, esto ha obligado a los Silva a alquilar la planta baja entera. ¿No revela eso cierta soberbia en Genaro Silva, cierto aire de... Sardanápalo?

Dolores no tenía ni idea de lo que era o de quién era eso, pero la extasiaba el modo en que su suegro trataba de agradarla, y hasta intentaba ensayar sus viejos modales de seductor, hablándole de cosas inteligentes. Además, resultaba divertido ver cómo se movía su espeso bigote blanco sobre las letras de S-a-r-d-a-n-á-p-a-l-o.

Después llegaron los frutos de las ramas más alejadas del tronco Silva e Hinojosa, decenas de familiares, muchos de ellos con intenciones de instalarse desde aquella noche, y a costa de la familia Silva, en un hotelito a las afueras hasta el día de la boda. Por último los amigos y aristocracia variada, que daban forma y color al evento y que de algún modo lo particularizaban, incluidos un puñado de esos que consiguen colarse en cualquier fiesta sin que nadie los haya invitado.

La entrada de Elisa y Adolfinia Torrealba —una expectante, la otra cohibida; de granate, de azul marino; ligera, torpona—, a las siete y media, provocó comentarios por lo atolondrado de su paso, voces y miradas en comparación con la languidez de sus tíos, y también porque se dudaba de todo acerca de ellas. Su físico y su temperamento, su educación y su dote. Sí se sabía, y no era mal comienzo, que su padre era un ministro plenipotenciario retirado, que había sido embajador de España en Cuba, Perú y Filipinas, y que se había casado tarde con una señorita no juzgada en su reputación, aunque de identidad incierta. Ambos habían muerto recientemente de fiebres tifoideas, adquiridas en un viaje.

Tampoco se sabía si eran buen objetivo para los hombres que buscaban esposa o los que buscaban diversión, aunque se tendía a pensar lo primero. Unos y otros las miraron atusándose el bigote y entornando los ojos, y hasta hubo alguno que necesitó el monóculo. Si las Silva eran buenos objetivos casaderos donde poner los ojos, muchachas jóvenes y encantadoras con buenas dotes a sus espaldas y cuyo atrevimiento procedía de la ingenuidad, o si eran, por el contrario, huérfanas sin educación, perdidas ya por la edad para entrar en el juego de la aristocracia madrileña —que era al mismo tiempo más estricto y más laxo que el de provincias—, era asunto de las candidatas a futuras suegras. Ellas se encargarían tanto de dictaminar si las jóvenes Torrealba podrían llegar a descifrar el código social y no resultar ridículas como de averiguar si los vericuetos legales de su adopción por parte de sus tíos no incluirían cláusulas tramposas que dejaran al futuro marido a merced de sus propias ganancias, junto a una mujer de mundo, sin nada que ofrecer, cuyos encantos dejarían de tener efecto en tres meses.

En un salón grande, desde un lugar que otorgase una amplia perspectiva, el lector habría podido identificar rápidamente a estas señoras. En primer lugar, suelen ser mujeres entradas en años que desde pocos minutos después de su llegada prefieren estar sentadas. Pues bien, de entre todas estas emperatrices madres de hijos varones, abejas reinas, identificaremos claramente a las que están interesadas en las recién llegadas al mercado del matrimonio, porque a su entrada arrastran la silla ligeramente hacia atrás. Es el primer impulso de su interés. Después deberían estirar el cuello o preguntar

algo al oído de la persona que estuviere sentada al lado, pero esto no suele ocurrir, primero porque, después del primer gesto espontáneo, estas señoras han sido educadas para disimular cualquier inclinación, especialmente la curiosidad, y también porque es ridículo creer que la persona que se sienta al lado va a saber más que ellas.

Pues bien, muchos monóculos centellearon, y muchas sillas se retiraron al entrar las hermanas Torrealba. Catalina Hinojosa detectó la entrada de su nueva amiga al otro lado del salón abarrotado de gente, y Elisa la presintió a ella, como dos pajaritos distinguen su canto de rama a rama entre otros cientos de miles de gorjeos iguales. Catalina se dirigió a Elisa y Adolfinia con los brazos extendidos, y aunque el gesto era demasiado efusivo, había tal elegancia en su postura y en el modo en que cruzó el salón sin hacer ruido, pero imposible de ignorar, como un rayo de luz o una ráfaga, que todos se apartaron para ver el encuentro de las dos jóvenes, y un par de pollos hasta dieron unos discretos aplausos, entre risas zumbonas. Catalina rescató a las dos hermanas de la vigilancia de sus tíos, una de cada mano y antes de que los señores Torrealba pudiesen protestar, con la desenvoltura que solo podía permitirse la protagonista de la tarde.

Después de un paseo demorado en que Elisa recogió sus impresiones, con la intención inconsciente de redactarlas después en su diario, se retiraron a una salita donde, sobre una mesa, estaban repartidos los periódicos del día. Elisa cogió uno, se sentó en un sillón y cruzó una pierna sobre otra como un joven, para maravilla de Catalina y no sin antes comprobar que nadie estaba mirando, y exclamó:

—¡Vamos a leer nuestros horóscopos!

Catalina siguió de pie, y puso sus manos delicadamente sobre el respaldo del sillón en que se había sentado Elisa. Miró a Adolfinia, que se había acomodado en un sofá, enfrente de ellas.

—Pero... ¿tú crees esas cosas?

—Qué importa. Es divertido. —Levantó el periódico ante los ojos de Catalina—. ¡Están escritos por la mismísima madame Astral!

Antes de que su conversación fuera interrumpida por la entrada de Ricardo Silva, Elisa casi había conseguido entusiasmar a Catalina por los periódicos, o más bien por el interés que Elisa tenía en ellos. Era una cualidad suya, y al mismo tiempo, un punto débil de sí misma que ignoraba. Ella creía ser persuasiva, creía, cuando defendía una opinión, estar convenciendo a su interlocutor del contenido de su argumento, pero lo que a menudo ocurría en realidad es que el otro estaba fascinado por su misma convicción, por su cara, sus labios y el brillo de sus ojos, por sus movimientos cuando expresaba, cuando creía algo. Elisa era una de esas personas que provocan enamoramientos, fascinaciones, cuando hubiesen querido provocar cambios. Del mismo modo, Catalina se interesó, o fingió interesarse por los periódicos al ver cómo le gustaban a su amiga, y al notar que defendía ese interés precisamente porque se consideraba raro en una mujer; que encontraba agrado, de forma misteriosa para Catalina, en ser diferente, y que no tenía miedo de hacerlo notar. Catalina, que había vivido hasta los diez años en Inglaterra, le dijo que ella, si quería, podía traerle prensa inglesa y traducírsela cuando la visitase en su casa, aunque se esforzó en aclarar, entre risas, que sería una merienda muy rara, y que las Torrealba tendrían que ser las únicas invitadas si no querían adquirir fama de excéntricas. Adolfina dijo que a ninguna de ellas le importaba quedarse sin conocer parte de los círculos jóvenes de la ciudad, al menos de momento, que ella, mientras no fuese con un explorador, no tenía interés en ningún muchacho. Esto hizo a Cati soltar unas risitas nerviosas y, como temía no adaptarse al tono que estaba tomando la conversación si advertía lo escandalizado que se quedaría cualquiera al oír eso, decidió salirse también un poco de lo convencional y añadió que a ella tampoco le importaba que no hubiese muchachos en su merienda imaginaria, pero que no hay nada comparado a una voz de hombre leyendo en inglés un periódico.

Catalina hervía de deseos, de pronto y por primera vez en su vida, de contar todas las cosas emocionantes que alguna vez le habían pasado o se le habían ocurrido. Les contó que Fernando había intentado besarla una vez, describió el modo torpe y encantador en que lo hizo, y que Ricardo, el hermano de su prometido, era un parlanchín, que también había intentado

cortejarla... En ese momento notó un brillo raro en los ojos de Elisa, una avaricia de cotilleo, y siguió crecida, pero ya en el sentido de justificarse.

—A mí con las palabras no se me llega, hay que actuar, aunque hay que saber decir no, por supuesto.

—Yo creo —contestó Elisa— que uno de esos seductores de novela que pierden a las mujeres podría conmigo, soy muy vanidosa.

—No tanto si lo piensas bien —se apresuró Catalina—. Dice mucho en tu favor que lo reconozcas, eso es que eres honesta.

—¿Decir que eres vanidosa y que te gusta que los hombres te halaguen es ser honesta? —intervino Adolfina.

—Bueno, tal vez no en la conducta, pero sí de boquilla.

Rieron las tres. Después Catalina continuó:

—A mí un hombre como Ricardo me parece que es todo aire, como un suflé. Fernando es muy inteligente, y yo creo que será un buen marido.

Elisa se había quedado absorta, pensando en la escena de la ventana con uno de los Silva. Seguía preguntándose quién era, y por la descripción que hacía Catalina de cada uno de los hermanos, parecía ser Ricardo. Habría apostado un dedo a que sí, que era él. Notó entonces los ojos atentos de Catalina, que había terminado de hablar y esperaba su réplica.

—Desde luego que lo será, querida Cati —dijo Elisa mecánicamente.

Sintió que le ardían la cara y el pecho. Bajó los ojos, soltó una risita.

—¿Qué te pasa, querida Elisa? —preguntó Catalina.

—Nada.

—Toma mi abanico, anda. Tómalo. Si te abanicas con esa cosa de tu tía vas a parecer una maja de Goya.

Así fue como empezó la corriente de la pequeña reunión a encauzarse en la dirección que convenía a las Torrealba, tal vez porque eran mayoría, pero seguramente también por lo férreo de su carácter, por la fuerza que había en su... (Catalina sudaba si pronunciaba, siquiera en su mente, esa palabra referida a unas muchachas que pudiera considerar, que todos pudieran considerar, sus amigas), en su *locura*. Este es el modo en que el mismo nacimiento de la amistad de la Hinojosa y las Torrealba estaba ya contaminado con su propio fin. En algún momento Catalina se haría

consciente de lo mucho que se estaba desviando de su propio carácter, de lo que consideraba que era correcto, para poder satisfacer la amistad de ellas; se vería a sí misma desde fuera siendo otra, se avergonzaría, y esta vergüenza quedaría relacionada con su influencia. Entonces las eludiría por el mismo motivo por el que ahora se estaba atando a ellas, a su encanto. Pero esto habría de ocurrir más adelante. Eso sería el fin, y ahora es el comienzo.

2

LA LIBERTAD

DIARIO DE ELISA 26 de mayo de 1880

Quisiera que la fiesta de ayer no hubiese terminado nunca. Fuimos presentadas a todo el mundo, Cati fue encantadora, parecimos bien a muchos, Adolfinia creo que le gustó a un ingeniero medio ruso. Además me enamoré.

La entrada en el *hall* inmenso y rodeado de columnas del casino fue emocionante, Catalina se separó de su grupo para venir a saludarnos, me parece que no es nada tímida, aunque se haga la remilgada. Nos apartó de nuestros tíos con decisión, pero al mismo tiempo siendo elegantísima y muy cortés, no sé cómo lo hizo, intenté fijarme en qué gestos y palabras empleó, pero fue como ver pasar el agua de un río. De pronto estábamos con ella y a mi tía apenas le había dado tiempo de quitarse de la cara la sonrisa de cortesía, que parece que le pesa como una losa.

Yo creía que nos íbamos a encontrar con una de esas largas mesas de boda llenas de gente sentada, sorbiendo ojitos y médulas de marisco, pero los Silva han adoptado el nuevo sistema del cóctel, sobre el que he leído en *La última moda*. Los ingleses y los americanos ya no comen de otra manera cuando hacen una fiesta con baile. Cati nos paseó por una sucesión de salones donde había gente muy variada, entretenida con el picoteo, admirando el lujo o charlando. Toda la decoración era sobria y sofisticada, excepto los biombos chinos de la entrada y los floripondios de la terraza. Catalina nos presentaba los personajes desde lejos. Diferenciaba entre gente importante e interesante. No sé si ella se daba cuenta, pero lo hacía. Por ejemplo, nos decía: «Ese es un grupo de ministros, gente importante. El de las cruces y la banda es Manuel

Alonso Martínez, va con Cánovas». O «Ese es el marqués Cerralbo, es un señor interesante».

Era fácil entender a qué se refería cuando decía que alguien era importante, pero no tanto cuando era *interesante*. El marqués Cerralbo, por ejemplo, vestía levita negra, como todos los demás, pero llevaba un curioso chaleco de seda violeta sobre la que destacaba una cadena dorada de reloj con engarces llamativos, y se reía y hablaba en voz muy alta. ¿Se refería a que era un hombre extravagante, atrevido? También tenía una bonita perilla y nos miró con fijeza al pasar, ¿quería decir que estaba interesado en conseguir una mujer y que nos convenía conocerlo? Cati definió asimismo como *interesantes* a los otros tres interlocutores de su círculo; y requirió de un poco de ayuda de un caballero amigo de la familia para recordar los nombres: señores Gil, Romea y Polanco, reporteros. Un recuerdo acudió a mi memoria y le dije a Cati, tal vez con ánimo de darme un poco de importancia, aunque en ese momento no me di cuenta:

«¡Ah! Ya sé de qué me suenan. Esos señores son el redactor, el director y el administrador del *Diario Cómico*. Publicaron una parodia muy divertida de la discusión entre Giner de los Ríos y Manuel Ortí y Lara sobre el krausismo».

Cati me miró como si acabase de salir de debajo de una seta. Me expliqué:

«Salió en los periódicos, hace dos meses. Leí mucho a la cabecera de mi padre mientras agonizaba».

Eso hizo a Cati detenerse, primero pensé que incomodada por mi forma tan directa de hablar de la muerte y la enfermedad, cosa que exaspera a mi tía, pero después se me ocurrió que la había conmovido. Me miró con pena, pero no con esa pena que ofende, ella es incapaz de hacer nada que ofenda, me parece, parece estar por encima de todo. Me puso la mano en el brazo y me besó en la mejilla, después dio un beso en la frente a Adolfina. Creo que a ella la besó en la frente porque es más bajita y le quedaba más a mano. Ahora comprendo que mi faceta de enfermera a la cabecera de mi padre compensa y justifica mi monstruosa condición de lectora de prensa no femenina.

Después pasamos por un grupo alegre de señores que sostenían vasitos de

licor, yo me fijé especialmente en dos de ellos, uno por su envergadura física; era muy corpulento, de brazos como troncos, parecía incómodo embutido en su ropa de gala, se retorció como un cachorro intentando salir de debajo de una manta, y había algo ridículo en el modo en que su manaza sostenía un pequeño canapé de paté de codorniz. Cerca, con una copa de ponche en la mano y masticando algo, había un hombre callado y un paso detrás del círculo de su grupo, de lo que deduje que era tímido. No era feo, aunque de pelo escaso y ojillos penetrantes. Me fijé en él sobre todo porque vi que Adolfina le prestaba atención, y me propuse hostigarla después sacándolo en medio de alguna conversación con mi tía, cuando no se lo esperase. Me imaginé diciendo: «Tía, ¿sabes que a Adolfina le gusta un medio calvo bebedor de ponche?». Eso conseguiría animar la sombría hora de la cena, a la mesa sepulcral, con mis tíos fantasmales. Solo de pensarlo me reí. La reacción de mi hermana ante el desconocido fue aún mejor de lo que hubiese podido esperar, volvió la mirada como si la hubiese atravesado un rayo.

«¿Qué pasa, hermanita? ¿Ese caballero te ha clavado una mirada *perturbadora*?».

Adolfina resopló. Cati rio, por el comentario y porque la situación le daba la oportunidad de presentar personajes de sociedad, de los que sabía más cosas que cualquier otra muchacha de nuestra edad:

«Ese es el grupo de los rusos. Mi suegra ha mandado traer vodka solo para ellos. El gordo es Vlamudov. Competirá por las diez mil pesetas y la copa de Madrid en el campeonato internacional de lucha grecorromana».

«¿Y los luchadores españoles?».

Cati miró al cielo, haciendo memoria.

«Eztecondo y Argüelles. No han venido».

«Ja, ja. ¿Está el luchador ruso y no los españoles? ¿Por qué?».

«Como no hay Sociedad Gimnástica en Madrid, no tienen patrocinador. Mi padre ha apostado por el austriaco contra la condesa Rojo, la concejala, creo que es una enamorada de los luchadores...». Y me dijo al oído: «Cuanto más gordos y peludos, más le interesan, ha apostado una fortuna por Vlamudov, que pesa ciento treinta y dos kilos».

«¿Y los españoles?», pregunté entre risas.

Cati hizo un gesto desdeñoso.

«No pasan de noventa».

«Ah. ¡Bah!».

«¿Y el otro ruso, el alto de la copa de ponche?», preguntó Adolfina con un amaneramiento raro en ella, que supongo que usaba para camuflar su ansiedad.

Cati bajó la voz, acercó su cabeza a la de mi hermana.

«Ese es el agregado cultural Gorobek, de Kiev, es medio ruso y creo que un poco ingeniero... Anda, Adolfina, te presto mi abanico, que si te abanicas con esa cosa de tu tía vas a parecer una maja de Goya».

«¡A quién le importa si existe un hombre así...!».

Lo dijo como transportada. Las tres cambiamos de salón tapándonos la risa con las manos y susurrándonos en los oídos.

En la terraza, un grupo de mujeres vestidas de colores llamativos reían con estrépito algo chapurreado en italiano por parte de un hombre con fular blanco sobre los hombros, como Cati dijo, *a la francesa*. El chistoso era Ricardo de la Vega, autor de *La canción de Lola* o *Celos engendran desdichas*, obra que estrenaría con boato la apertura del teatro Alhambra aquella misma noche. Junto a él estaban los músicos Federico Chueca y Joaquín Valverde, ojerosos y mal afeitados como marca la tradición bohemia, pero elegantísimos para la ocasión. Cati eludió investigar los nombres de las actrices como había investigado los de los periodistas, siquiera con la misma languidez, pero a mí me interesaron sus miradas de reojo y sus posturas relajadas. En el centro del cuadro brillaba la Lola, muy escotada, reclinada en la barandilla de la escalera, con una copa de vino blanco en la mano y un tenedorcito en la otra, con el que pinchaba en el plato de ensalada que le tendía otro solícito personaje masculino, y rodeada por las risueñas Genara, Maximina y la Zapatera.

Cati me contó que el personaje que le sostenía a la Lola el tentempié era un banquero que se había colado en la reunión de artistas, el célebre Bances, una de esas criaturas trepadoras que a los dieciocho era secretario de pasante, a los veintiuno se casaba con una heredera de apellido vasco de la aristocracia caribeña, a los veinticinco se asociaba con la banca mexicana y antes de los

treinta nadaba en millones criollos. La Lola llevaba sobre su muñeca enguantada en raso blanco una pulsera de desmesuradas aguamarinas que, si se atendía a los rumores, bien podía ser un presente de la banca Bances y Gelats y Cía., y a juego con el color de ultramar que había enriquecido a su pretendiente.

Nunca olvidaré el adorable cansancio por la emoción del paseo y el dolor en la cara de cuchichear y reír cuando caímos en los sofacitos del reservado. Tomé un ejemplar de *El Liberal* y leí el horóscopo. No empecé por la prensa seria, siguiendo los sabios consejos de Adolfina, que siempre me recomienda que, si leo los papeles delante de la gente, al menos parezca que me interesan los ecos de sociedad, los anuncios o el horóscopo, o que estoy buscando casa para vivir con un futuro marido hipotético.

«Estamos bajo la influencia de Géminis hasta el 21 de junio».

Anuncié.

Géminis es un signo de espíritu superior; da a menudo celebridad, pero con aptitudes opuestas; hace contraer algunas veces dos casamientos. Los nacidos bajo este signo deben desconfiar de lo más cercano, que les creará molestias. Este signo hace más desgraciados que dichosos.

Al rato vi cómo Catalina pegaba un respingo por la aparición de alguien a mi espalda. Me volví y me encontré a un muchacho delgado, guapo, aunque demasiado chato de nariz para mi gusto. Lo reconocí más por el gesto de inclinarse que por la cara; era el Silva que me había saludado desde la puerta de su casa, el que me había visto en camión. Me levanté del sillón de un bote. Creo que la cara me ardía. Catalina dijo:

«Buenas tardes, Ricardo».

También se había visto sorprendida, pero lo disimulaba mucho mejor que yo. Así que era Ricardo Silva. No el prometido de Catalina, sino el otro.

«Buenas tardes, cuñada».

Se balanceaba un poco sobre los pies y tenía una mueca de diversión. Se daba cuenta de que había interrumpido una sesión femenina privada y de que me había dado un buen susto, y eso le agradaba. Aquello espoleó mi vena combativa, y di un paso hacia él.

«Soy Elisa Torrealba, y esta es mi hermana Adolfina. Encantada».

Mi hermana también dijo «encantada», con un hilillo de voz.

«El que está encantadísimo soy yo. Sabe que ya la había visto, señorita».

Por alguna razón, esta frase hizo que los ojos de Catalina se abrieran como dos lámparas verdes, pero solo por una fracción de segundo.

«Ah, sí, ¿dónde?».

«Por ahí».

«Querido cuñado, qué inoportuno eres. Has interrumpido a unas señoritas que querían charlar en privado...».

«Y además para no decir nada», interrumpí.

«Es cierto que no es muy correcto decir que conoces a la señorita Elisa Torrealba y no decir de qué. Es innecesariamente misterioso y molesto», dijo Catalina.

Mi tía tenía razón en que se expresaba con mucha corrección. Las palabras parecían salir solas de su boca, cada una en su lugar exacto, como un bebé que nada más nacer empezase a andar.

«Es que no puedo decir dónde la he visto, querida cuñada».

«¿Por qué?», pregunté antes de que una prudente mano de Catalina se alzase del todo para aconsejarme callar.

«Porque pondría en entredicho su reputación».

Adolfina se tapó la boca, Catalina se adelantó con gesto de indignación y se puso entre Ricardo y yo como si quisiera protegerme de un golpe, yo estaba sorprendida, pero la verdad es que me lo estaba pasando bien.

«Mi reputación no puede ser puesta en entredicho por usted de ninguna manera, don Ricardo».

Catalina se relajó al ver que era capaz de defenderme sola, y hasta sonrió un poco.

«Solo era una broma, tranquilas. ¿Qué estaban leyendo?».

«El horóscopo».

Y me volví a sentar. Ricardo alzó las cejas.

«Léame el mío».

«¿Qué día nació usted?».

«El 31 de mayo».

«¡Hola! Es Géminis —dije, mirando significativamente a Adolfina—. Se

casará usted dos veces y será un hombre muy desgraciado».

Catalina carraspeó.

«¿Con mi primera o con mi segunda mujer?».

«Obviamente, con las dos».

«Oh. Mi destino será trágico, entonces».

«Absolutamente trágico. ¿Quiere que le lea cómo les irá este mes a los nacidos en su día?».

«Claro, ilústreme».

«Dice: *Han de vencer grandes dificultades*».

«No me diga».

Y se me quedó mirando con cara de niño pequeño, a ver si yo decía algo más, la verdad es que me pareció encantador.

«Ya».

«¿Eso es todo?».

«¿Le parecen pocas las dificultades que tendrá que solventar?».

«Si todavía no he visto ninguna...».

«Las ha visto... —dije, y después dejé que se creara un silencio incómodo, como en las novelas—. Solo que todavía no las reconoce».

Catalina entonces me agarró del brazo, con suavidad pero firmemente, e hizo un gesto a Adolfina con la cabeza para que fuéramos al salón.

«¿Por qué huyen las señoritas?», preguntó Ricardo, que se había quedado a todas luces prendado conmigo.

«Es que... ya se va a anunciar mi compromiso».

No era cierto, quedaba aún un cuarto de hora o más, pero Catalina nos indicó dónde estaba el podio, que ocupaba en ese momento la orquesta, y nos hizo esperar allí. Le pregunté a Catalina si había dicho algo enojoso para ella, me contestó enfadada y sin mirarme a los ojos:

«Elisa, te dan la mano y coges el brazo».

«Pero tú pasaste delante de toda esa gente y me llevaste a la salita, ¿eso no se considera atrevido?».

Ella pensó un momento, parecía arrepentida de haberse mostrado tan natural.

«No es lo mismo», dijo al fin.

El padre de Catalina, que estaba entre la gente charlando con una mujer mayor con anteojos, se acercó a nosotras y nos saludó. Después llamó a un mozo que llevaba un ramo de alhelíes, le dio un duro y nos puso a cada una uno en la mano. No sé por qué, pero la mezcla de sensaciones de vergüenza y alegría, el olor de los alhelíes y sentir a través de los guantes de seda cómo entraba el tallo en mi mano me produjo cierta euforia.

Después Catalina subió a anunciar su compromiso. Un hombre de la orquesta tocó una campanilla y todos callaron y se volvieron hacia el podio. Desde detrás de la pareja me miraba fijamente Ricardo Silva. Lo vi de pronto, como a un fantasma. Me sobresalté. Creo que me enamoré en ese instante. Entonces me di cuenta de que delante de él, Fernando, el novio de Catalina, también me miraba de reojo, y en un momento del pequeño discurso del señor Hinojosa volvió la mirada hacia mí, discreta pero indudablemente. Yo, entonces, los miré alternativamente a ambos. Fernando tenía una nariz más bonita que la de Ricardo, pero parecía tan serio y criticón como Catalina, aunque sería injusto juzgarlo por su cara; por la mía habría podido decir cualquiera que era una paraguaya. Toqué mis mejillas con las manos y ardían. Volví a mirar a Ricardo, solo un segundo. Entonces Fernando siguió la dirección de mi mirada y se encontraron los ojos de los hermanos. Creo que Fernando comprendió, e hizo una mueca de disgusto. Supongo que Ricardo tiene mala reputación y creería que soy una nueva víctima. Tal vez es cierto, pero solo están apresados mi mente y mi corazón, por mis actos no sabrá nada hasta que yo quiera que lo sepa. Fernando se sorprenderá tanto como lo ha hecho Cati de lo bien que sé defenderme solita y de mi fuerza de voluntad. Justo en ese momento, doña Pilar unió las manos de Fernando y Catalina. El salón entero aplaudió, y volvió a sonar la música.

FRAGMENTO DEL DIARIO DE ELISA

27 de mayo de 1880

Aquí pongo un recorte de *La Correspondencia de España*, donde han grabado la cena del Círculo de Comercio del pasado día 14. He sabido por

Cati que don Genaro Silva estuvo y obligó a asistir a sus dos hijos. Hoy he pasado una hora investigando las caras que aparecen en el dibujo, por si encuentro entre ellas la de Ricardo. En este momento Adolfina mira por encima de mi hombro y se ríe, ¡pero me basta con nombrar el v-o-d-k-a para hacerla callar!

La criadita Rosalía, con la cabeza cubierta con un pañuelo blanco, la cesta de la compra en el brazo y algo encorvada, postura común en las personas tímidas que han tenido la mala suerte de nacer altas, cruzaba el soleado jardín del Descubrimiento, sin prestar ninguna atención a la belleza de sus flores ni a la frescura de sus sombras, en dirección al colmado Ultramar para comprar unas verduras. Don Genaro no se encontraba bien desde la fiesta de compromiso, doña Pilar había decidido que tenía un empacho morrocotudo debido al atracón del banquete (él no era hombre de cóctel y no sabía disuadirse cuando dejaba de tener hambre; si había comida y bebida delante, él comía y bebía). El médico había recomendado la leche para desintoxicarse de alguna impureza que hubiese podido tragar (esto hacía a Rosalía imaginarse a su patrón como un pez que fuera abriendo y cerrando la boca por el fango). Doña Pilar, además, le había dado a la cocinera una lista de diferentes caldos de verduras en los que predominaba el apio. Hay un antiguo refrán castellano que a Rosalía le daba miedo: «¿Cómo está tu hijo muerto, teniendo apio en el huerto?». Doña Pilar lo llevaba a rajatabla, y por efecto de la autoridad de su mujer y de su médico, don Genaro pasó a alimentarse solo de leche y caldos de apio, las dos cosas que más odiaba en el mundo, y más en verano, cuando él hubiese disfrutado tanto de un vinito blanco valenciano y unos fiambres, y cuando lo único caliente que podía tragar era su café.

La imagen de su amo como un pez gordo y enfermo, el recuerdo del refrán, que arrastraba en su tono ese algo indefinible que tienen los dichos populares que asumen que la vida es horrible y corta y que es mejor resignarse, hacían que fuera mirando abajo y con una rara expresión de

angustia. Casi se chocó con un gorrilla frente a la puerta del colmado, y al entrar vio que no había nadie despachando.

Se quedó un momento admirando el local. Los vidrios de colores con marcos de mármol, las balanzas de latón dorado, los grifos relucientes, el techo de madera artesonada, un banco alargado en cada extremo, tapizado de terciopelo de Utrecht color mostaza, las latas de conservas en batería, las uvas y melocotones maduros en cestas; las botellas de licor, de diferentes colores, formas y charoladas etiquetas, y en cestones, sobre el mostrador, chocolates, quesos y dátiles envueltos en papel de colores. Todo alumbrado por dos lámparas con espacio para doscientos velones que, según le había cotilleado María, la empleada de Carolina, pertenecían en realidad a la familia de don Germán. María era la divulgadora de los secretos de la relación entre Carolina y Germán, el dueño de la tienda de telas Villa de París, negocio que prosperaba a dos manzanas y al mismo ritmo que el de su prometida. Parecía cosa de novela, y María tenía inteligencia para añadirle al cuento todos los pequeños detalles que lo adornaban con más o menos interés. Tenía la cualidad de acertar con el tipo de anécdotas que interesaban a cada confidente, y contaba las cosas distintamente a cada persona. A Rosalía, que juzgaba como un alma cándida a pesar de su fama, le daba detalles estéticos e inanes, o bien truculencias de familia. Al amor de la sombra, pero con miedo a traspasar el umbral del todo, como si la tienda vacía hubiese adquirido intimidad de dormitorio, Rosalía recorría con la mirada los objetos que estaban tan bellos sin ser usados, y recordaba la historia de las lámparas de Germán. Se habían rescatado de una casa solariega de malogrados ancestros que solo habían dejado deudas a sus hijos. Los pocos objetos valiosos de su viejo hogar se los habían ido apropiando los hermanos avispados que vivían cerca antes de que se repartiera la herencia. Odres antiguos, un viejo alambique de cobre, pequeños objetos de oro, un reloj de cuco y una otomana del siglo XVIII... Germán había salvado aquel portalámparas redondo con orfebrería artesana para ponerlo a los pies de Carolina, o más bien sobre su cabeza, como una sultana. La gente inteligente y buena prosperaba, vivía historias de amor dignas y elegantes como ellos mismos, no caían en las trampas de la maldad ajena, sus besos y abrazos no eran sórdidos y su

intimidad era cálida y pura. Todo esto pensaba Rosalía, pero era un pensamiento no formulado, tácito y secreto, que le producía envidia y felicidad. Felicidad porque esas personas superiores y esas vidas luminosas existieran, aunque solo fuera para envidiarlas en secreto.

—¿María? —llamó.

Silencio.

Dio la vuelta por el callejón, porque a veces traían género para el almacén y doña Carolina estaba allí, dando indicaciones o poniendo agua a las mulas del repartidor. Vio abierto el portón, pero tampoco había nadie. Lo empujó, cedió sin rechinar. El almacén, atestado de latas de aceite, bocoyes de aguardiente y sacas de harina, estaba a oscuras. Rosalía creyó percibir un cuchicheo y un roce de tela. Se detuvo detrás de una barrica, con un pie dentro y otro fuera del almacén. Un bulto se movía en la oscuridad, pero esta vez no llamó, no dijo nada, sin saber por qué. A los pocos segundos, cuando su vista se acostumbró a la oscuridad, vio que el bulto eran dos personas; una mujer, de espaldas a ella, fosca de peinado y ceñida de corsé, con un delantal sobre el vestido oscuro. Un hombre le hablaba muy pegado al oído, y le pasaba la mano por la espalda. Rosalía comprendió que eran doña Carolina y don Germán, y sintió de golpe el espanto de ser descubierta espiando, escondida como una ladrona. Acto seguido escuchó que la voz del hombre exclamaba, ahogadamente: «Hay alguien en la puerta».

Rosalía salió del almacén atropelladamente, tropezó con el pequeño escalón de la entrada y de los nervios le entraron ganas de llorar.

Al volver a pasar por la puerta vio que María le hacía señas para que entrase, seguramente alertada por su patrona para que atendiera el negocio y no dejara que las clientas curiosas se colaran por el almacén. Rosalía asintió a su llamada, roja como un tomate, y entró.

—Discúlpame —dijo María, la criada de Carolina—, estaba peinando a Germancito para la misa de muertos que se da esta noche por el alma de su madre.

—¿Cuánto tiempo hace que murió?

—¡Tres años! —suspiró María—. Nadie lo diría, ¿verdad?

—¡Oh! La mayor la recordará...

—La mayor está muy mayor y muy mimada. —En ese momento entró Antonia, la hija mayor de don Germán. Llevaba dos trenzas atadas con grandes lazos negros, toda de negro menos los calcetines blancos. Miró a María con la nariz arrugada, pero a esta no pareció importarle que la escuchase hablar mal de ella—. Se cree una princesita.

La niña se sentó en el extremo de la bancada, abrió un bolsito de terciopelo y fue sacando de él canicas que ponía sobre su regazo. Rosalía carraspeó suavemente, y se retiró el flequillo de la cara.

—Me parece que he visto por aquí a don Germán...

Escrutó en la cara de María si la habría descubierto espiondo. Pero no parecía saberlo. A pesar de todo, se había puesto nerviosa, y los nervios azuzaban su imperiosa necesidad de hablar de los niños de otros y el dolor al recordar la que ella había tenido que abandonar. Olvidó por un momento que no había ido de charla, sino a por el apio de don Genaro. De todos modos, María no tenía ninguna prisa.

—¿Qué tal el pequeño?

—Otro como su hermana. Si yo no anduviese detrás de él, iría por ahí con la gorra y los pantalones remangados, como el hijo de un granjero. Pero no hay que preocuparse por ellos, son niños que no van a tener que hacer nada en la vida, fíjate. Cuando sus padres se casen, si no tienen hermanastros, lo que no sería raro porque doña Carolina tiene cuarenta años, tendrán dos negocios prósperos y todo lo que las hormiguitas de sus padres puedan guardar, a repartir, así, sin haber tenido ni que chasquear los dedos.

Rosalía echó una mirada rápida a Antonia, que seguía contando canicas, seria en su rincón, y miró a María con censura. Germancito acababa de entrar, silencioso como un gato. ¿Es que no tenía miedo de que los niños hablaran con sus patronos y la echaran? Pensó que ella debería ser más descarada. Le habría gustado ser como María y no ir siempre de acá para allá obedeciendo órdenes como un conejillo asustado.

—Germán, tienes la cara como un deshollinador, haz el favor de ir a lavarte.

—¡Tú no mandas en mí! —exclamó, y le sacó la lengua.

María se recogió la falda y amagó ir a por él, entonces el pequeño

Germán salió corriendo hacia el patio. Antonia soltó una risita y fue tras de él.

—¿Cuántos años tienen? —rio Rosalía—. Parecen muy pequeños para ser tan espabilados.

—Yo qué sé. Se han criado en la calle como golfos, pero en casa tienen todas las comodidades. Once y seis, creo. Los padres, en cambio, son trabajadores hasta la médula, se merecen todo lo que tienen. Mi patrona se queda hasta las dos y las tres de la mañana con las facturas y las cartas. Hasta viaja a Barcelona a veces para cerrar negocios. Menos mal que don Germán la acompaña.

—Qué caballero.

—Quién lo pillara. —Rosalía se ruborizó. María se llevó las manos a los riñones e hizo un gesto de cansancio—. Bueno, querida, dime en qué te puedo ayudar.

—Traigo una lista de verduras, don Genaro tiene que...

—¿Es verdad que ha enfermado?

—Vaya, cómo vuelan las noticias.

—Trae acá esa lista. Vamos a ver. ¿Sabes que el otro día me encontré a la madre Pilar?

—¿De verdad? ¿A la directora de nuestro hospicio? Pero si era muy mayor...

—Mala hierba nunca muere.

—A mí me parecía buena.

—Esto tengo que ir a buscarlo al almacén. Ah, y no tenemos perejil. Bueno, tenemos, pero no es fresco. Es mejor que vuelvas mañana a por él, que nos lo traen. Mejor te mando a Germancito, si es que lo encuentro por aquí y no está sucio como un perro... He oído que están haciendo obras en la calle Cisne, que don Genaro va a regalarle a su hijo Fernando esa casa, para que viva allí con la Hinojosa cuando se casen. ¿No irán a parar las obras ahora que don Genaro se ha puesto malo, no?

—No creo. Es hombre que cuando se propone algo suele...

—Ah. La calabaza te la voy a cortar en rodajas.

—Ojalá pueda irme con don Fernando y doña Catalina.

—¿A servir con ellos?

—Sí.

—Mujer, buscarán servicio nuevo, ¿no?

—Ojalá pueda irme.

Los dedos blancos de María, cortando rodajas de calabaza finas como hostias, envolviéndolas y atándolas en papel de seda. Germán y Carolina, dos viudos respetables, con hijos sanos y negocios prósperos, abrazados en un almacén oscuro como una camarera y un mozo de carga.

NOTA, HECHA LLEGAR POR MENSAJERO, DE FERNANDO SILVA A SU AMIGO, ESTUDIANTE DE MEDICINA, MIGUEL AGÜERA

Querido Miguel, necesito pedirte un favor urgente. ¿Recuerdas esa copia de la llave de mi despacho que te di para un caso de urgencia? Pues bien, este es un caso de urgencia. Hoy parece que los duendes se quieren reír de mí, he dado más vueltas que un tiovivo y estoy de un humor de perros, te ruego que dejes lo que estés haciendo, a no ser que te halles a la cabecera de un enfermo terminal o encerrado en la cárcel, y vengas a traérmelas a la puerta de mi despacho, ¡por favor!

*Tu agradecido amigo
Fernando Silva*

Ricardo Silva iba de camino a visitar a su hermano al despacho que tenía en la Facultad de Ciencias, rumiando infelicidades. Lo primero, no se le había olvidado que su hermano había conseguido ese despacho para sus «investigaciones» con la ayuda de un contacto empresarial de su padre, que había sido también catedrático de la facultad y secretario adjunto del director. Los caprichos de su hermano se consideraban dignos de respeto, porque eran humanísticos y elevados, y se movía Roma con Santiago para darle gusto. En cambio, cuando él tenía un capricho, como aquella vez que quiso comprar su primer purasangre con el objetivo de llegar a formar su propia cuadra, o viajar en globo a Barcelona y hacerle allí, desde los cielos, una pedida de mano espectacular a una mujer que le gustaba, se le recordaba que sus ideas eran extravagantes, su carácter poco fiable y que no perseveraba lo suficiente como para confiar en que aquello en que su padre invirtiese su dinero pudiera dar algún fruto. Al final, si se le ocurría insistir o protestar, se sobreseía el caso con la fórmula común: «Cuando ganes tu dinero dispondrás de él como te plazca». Claro, pero para llegar a ganar dinero hay que contar con alguna ayudita, un empujón. Cómo sabían si su fracaso en los negocios se debía a su debilidad de carácter o a que nunca había tenido apoyo. Por si fuera poca desgracia la falta de amor de su padre, tenía que sufrir ahora la de la mujer de la que se había encaprichado como un perro. Nunca había sentido nada igual por nadie, y nadie nunca se le había resistido, y ahora que una muchacha le gustaba de verdad y estaba dispuesto a bailarle como el perro Paco, a escribirle, a decirle todas las tonterías que quisiera y todo lo que la sociedad esperara de un buen novio, sin protestar, le salía rana. Elisa Torrealba cerraba

las cortinas cuando se ponía debajo de su ventana, y no aceptaba las notitas que le hacía llegar a través de sus contactos en el servicio.

Cuando llegó al despacho de su hermano, se lo encontró sentado en el pasillo, frente a la puerta, como un mendigo que pide limosna en un soportal. Estaba sudoroso, despeinado, con el cuello de la camisa manchado y cara de malas pulgas. Sintió compasión por él, algo que no era habitual.

—¿Qué haces ahí, hermano?

—Si te lo cuento..., bah.

—Cuéntamelo.

—Te vas a reír.

—Mejor.

Ricardo se metió las manos en los bolsillos y separó un poco las piernas, como poniéndose cómodo, con expresión divertida.

—Te lo voy a contar porque necesito desahogarme. He llegado esta mañana y no estaba mi compañero, el profesor interino de medicina que comparte despacho conmigo... Ayer se quedó con la llave, me aseguró que iba a llegar aún más temprano que yo, casi de noche, y que él se encargaría de abrir. Pues bien, llego temprano, pero ya bien entrado el día, y este no está, y la puerta cerrada. Voy a buscarlo a la biblioteca y allí me entero, por un estudiante, de que el catedrático que iba a hacer la exposición «El éter y sus relaciones con la materia en reposo» ha tenido un ataque de tortícolis y mi compañero se ha visto obligado a dar una clase de medicina general a los decepcionados asistentes.

—¿Y por qué no interrumpiste la clase para pedirle a tu amigo la llave, y ya está?

—No se interrumpen las clases, y menos a un profesor inexperto, pierde el hilo y qué.

—Qué buen amigo eres. Entonces te quedas sin llave, por amistoso y tímido, y qué.

—Yo sé que hay otra llave en la Escuela de Ciencias, porque el tutor de investigaciones químicas a veces guarda archivos aquí y tiene una.

—¿Y dónde está eso?

—En la Torre de los Lujanes.

—Ja, ja, ja.

—¿De qué te ríes?

—De que ya sé cómo acaba el cuento, te cruzas la ciudad como un mensajero de doce años porque no te atreves a interrumpir una clase.

Fernando se quedó callado, hincó la barbilla en el pecho. Al final levantó la cabeza, riéndose de sí mismo.

—Si supieras que es aún peor...

—Ja, ja. Cuenta, cuenta.

—Primero, decido no tomar un coche e ir a pie para hacer ejercicio, aprovechando la coyuntura. Voy a buen paso, orgulloso de mi idea sana y deportiva. Llego a la plaza de la Villa cuando el calor ya aprieta, resoplando y sudoroso, arrepintiéndome ya del deporte y la salubridad, y me doy cuenta de que los despachos que pertenecen a la academia están cerrados, y me acuerdo de que los lunes no va nadie allí. Me agarro un cabreo de mil demonios, vengo por la calle dando patadas a las piedras, hablando solo, la gente me mira, me choco con una señora que lleva una cesta, me veo obligado a parar y ayudarla a recoger carbón, que llevaba carbón. —Extendió las manos para que las viera tiznadas—. Yo venga a disculparme y la señora venga a llamarme ¡animal!, ¡grosero!, ¡gaznápiro! Y yo, discúlpeme, discúlpeme... La tenía que haber dejado sola recogiendo su porquería.

—Ay, pero no pudiste porque eres demasiado educado.

—Llego, ya más que dispuesto a interrumpir la clase de mi amigo, y una ceremonia real si hace falta, y ¿sabes qué?

—Dime.

—Se ha tenido que ir a casa porque le ha dado un ataque de tortícolis.

—¿Pero qué os hacen en este sitio, os retuercen el pescuezo?

—No lo sé. ¿No te parece un chiste?

—Tú sí que eres un chiste. Me duele la barriga de la risa.

—Lo soy. Un chiste sentado a la puerta de un despacho.

—Así sabrás cómo me siento yo cuando una mujer me echa de su casa en medio de la noche, llego por el jardín, borracho y desamparado, Rosalía no me quiere abrir y me tengo que quedar tirado en la puerta del patio hasta que se despierta la cocinera caritativa.

—Ja, ja. No es lo mismo, eso te lo buscas tú.

—Esto también te lo has buscado tú.

De pronto pasó por la mente de Ricardo la superstición fugaz de que él, con sus malos pensamientos de aquella mañana hacia su hermano, hubiese podido provocar su pequeña cadena de desgracias. Fernando se levantó, se sacudió el pantalón y se acercó a él.

—Bueno, ya viene un amigo en mi rescate. ¿Y tú qué? ¿Has venido a reírte de mí?

—No, aunque gracias, ha sido divertido.

—Un placer.

—Iré al grano. Lo que me gustaría es que me ayudaras de alguna manera para ver a esa nueva de los Torrealba, Elisa. Me gusta..., me gusta mucho, pero es muy orgullosa y no recibe mis billetes. Bueno, tal vez la vieja amarilla de su tía los achicharra en un quemador, el caso es que no recibo respuesta.

—Pero, Ricardo, no seas burro, ninguna señorita bien educada va a permitir que te comuniques con ella con notitas como un colegial. Tienes que organizar una visita a sus tíos y ver allí a las dos hermanas.

—No, me niego, quiero hacer las cosas a mi manera, no quiero tíos viejos y ese silencio que parece que se puede cortar, la porcelana azul que solo sacan para el obispo, y la hermana papona poniéndome ojitos porque piensa que a lo mejor voy a verla a ella.

—Qué mal concepto tienes de la gente.

—Digo la verdad. Quiero verla en circunstancias más... más naturales, y que en algún momento podamos quedarnos a solas. —Fernando se quitó las gafas para limpiarlas, negó con la cabeza indicando la dificultad de la empresa—. No quiero liarte, hermano. Ya sé que no eres un experto en asuntos de mujeres...

—De esas no.

—Pero de las otras sí, por eso... Cualquier proposición que venga de mí se mirará con suspicacia, en cambio, Catalina y tú, que sois como la crema de la sutileza y la sociabilidad...

Fernando volvió a ponerse las gafas. Había tenido una idea.

—El primero del mes que viene vamos al teatro de la Comedia Catalina y yo. Se estrena *La mujer de Claude*, de Dumas. Cati se proponía invitar a Elisa, con el compromiso de invitar otro día a su hermana. Ya sabes que son palcos de tres, y ella pensó que no estaría bien obligarlas a ver la función apretadas, o condenar a una de las dos hermanas a estar en otro palco con desconocidos.

—Me aburro.

—Imbécil. Se me ocurre que podríamos coger dos palcos y venir tú y las dos Torrealba. Nos sentamos hombres y mujeres por separado.

—Qué listo eres. Así satisfacemos el juicio de las viejas que nos mirarán con sus gemelos y cotillearán sobre si estamos bien sentados y si podremos tocarnos la punta de los dedos en la oscuridad...

—Ja, ja...

—Te equivocas, esas viejas lo que quieren es que haya fruta que morder, si no les das de qué hablar se lo inventarán y será peor.

—No me subestimes. En el intermedio, yo llevaré a Cati al ambigú, y tendré advertido a mi amigo de que él se ocupe de Adolfina para que tú puedas quedarte con Elisa.

—Eres un genio, hermano.

—No vendas la piel del oso. Todavía pueden pasar muchas cosas.

—No sé si es que te fastidia que vaya a tener novia, o que eres así de amargado de nacimiento. Me inclino a pensar lo segundo.

—No me fastidia, hermano, y no soy amargado, soy prudente.

—O sea, que me equivoco en todo —contestó Ricardo, picado pero feliz.

—No, te equivocas en que me de rabia que quieras novia, no sabes lo feliz que me hace verte así de distinto, creo que de verdad te has enamorado.

—Esas son palabras de científico poeta. Pero es cierto que siento una curiosidad que podría ir más allá de su misma satisfacción. Podría querer seguir sabiendo cuando ya haya sabido, si me entiendes.

—Te entiendo, pero no creas que vas a poder satisfacer tu curiosidad fácilmente, Elisa es habladora y directa, pero no te confundas, es una Torrealba.

—Clase media.

—No, clase media son nuestros padres, ellos son clase alta pauperizada. Tienen que fingir más remilgos que la clase alta si quieren mantenerse donde están, sus tíos son maniáticos por eso.

—Cuánto has aprendido de tu novia.

—Ya te digo, hermano. No vendas la piel del oso.

—Eres un pelma.

—Oh, aquí llega el rey de Roma, ¡por fin! —Y extendió los brazos hacia un muchacho de botas relucientes y patillas pelirrojas que caminaba hacia ellos por el pasillo.

—¿El rey de Roma soy yo? —preguntó el joven.

—Sí, te presento a mi hermano Ricardo. Este es Miguel Agüera.

—Hola, encantado. —Y le estrechó la mano.

—Quería proponerte una salida para ver teatro en francés.

El chico arrugó la frente.

—Te-a-tro-en-fran-cés.

—Si lo necesitas puedo explicarte lo que es *teatro*.

—Y yo puedo explicarte lo que es *francés* —rió Ricardo, y le dio un golpecito en el pecho.

El amigo soltó una risita y se dirigió a Fernando.

—¿Desde cuándo te importa compartir con tus amigos algo que no sea ciencia? ¿Es una obra de Poincaré?

—Lo mío es la química, querido.

—Y lo mío la medicina.

—No, lo tuyo es el violín. La medicina es lo que haces para que tus padres te permitan no trabajar mientras tocas el violín.

—Y tienes levantado el cuello —añadió Ricardo.

—Oh —exclamó el joven, risueño, ajustándose el pico blanco, que descollaba como una cabeza de paloma—. Es la planchadora de la pensión, le pone almidón a todo. Por lo menos el mío no está negro.

—Si yo te contara...

—Bueno, así empezó Sarasate —aclaró el violinista.

—¿Con el cuello levantado o con la medicina? —preguntó Ricardo.

—Con ninguna de las dos cosas, estudio música desde niño —dijo

Fernando.

El violinista miró a Ricardo.

—¿Tu hermano siempre es así de cenizo?

—Ja, ja, siempre. Y más cuando sería importante que fuese amable, porque va a pedirte un favor.

—¿Un favor, a mí? Suéltalo, pajarito, que ahora me voy a resarcir.

—El objetivo de invitarte al teatro es que acompañes a una señorita para que mi hermano pueda acompañar a otra.

—Hombre, haber empezado por ahí. En cosas de mujerío hay que hacer piña.

—¡Gracias!

—Pues no se hable más. Lo tuyo ya está, hermano. Ahora, Miguel, por el amor de Dios, dame la llave del despacho.

Miguel se palpó el bolsillo del chaleco, rebuscó y finalmente se llevó las manos a la cabeza.

—¡Anda, qué idiota soy!

—¿Qué? —preguntó Fernando con los ojos como platos.

—Antes de venir a verte he pasado por el banco a sacar dinero y por Correos a poner un giro, y en alguno de los dos sitios me las he dejado. — Levantó un dedo en el aire—. O a lo mejor están en el simón..., ¡puf!, qué mala suerte, no me fijé en el número del coche. —Fernando se restregó la cara con las palmas abiertas—. Bueno, no pasa nada, ¿no? Tu compañero tiene otra copia.

—Mentes del mañana... —se carcajeó Ricardo.

COMENTARIO DE FRANCO RODRÍGUEZ EN EL DIARIO SEMANAL *BLANCO Y NEGRO*
ACERCA DE LA ACTRIZ VIRGINIA MARINI

La Marini fue para nosotros un verdadero acontecimiento teatral. Falta de hermosura, encantaba; había en su arrogancia, en el resplandor de sus ojos, en el aspecto de su persona tales atractivos que con solo verla sentíase el ánimo inclinado a la simpatía, y luego ¡qué arte tan soberano el suyo! Sin un desplante, sin un latiguillo, con naturalidad pasmosa, emocionaba, rendía, apoderábase del espectador, haciéndole partícipe de las cuitas, de los pesares, de la catástrofe creada por el dramaturgo. Además, Virginia Marini fue importadora entre nosotros de muchas comedias de Sardou y de Dumas hijo, ella estrenó Dora y La mujer de Claudio, y entonces fue cuando muchos españoles consideraron como realistas las obras amañadas por el autor de la Tosca o las escritas por el ilustre predicador seglar que compuso La dama de las camelias. Aunque parezca mentira, cada noche que Virginia Marini estrenaba comedia de Sardou, de Augier o de Dumas, por supuesto, de las que no habían pasado de contrabando y como originales de cualquier distinguido compatriota nuestro, surgían en los pasillos del teatro censores contra el realismo, considerando atrevidas y descarnadas figuras y escenas que hoy no interesan ni a los espectadores que usan billete gratuito.

Y sin embargo, la escena española debe gratitud a la Marini, porque ella nos reveló su arte sano, magnífico. Un arte concebido por la verdad, siempre madre de las obras duraderas, pues las que nacen de la mentira son

efimeras, perecen en cuanto se descubre su débil condición.

Se decidió, pues, asistir al estreno de *La femme de Claude* del insigne Dumas hijo, en francés, en el teatro de la Comedia. Ricardo había hecho un mohín, pero aceptó la prudencia de su hermano al elegir una obra en otro idioma, lo cual le daba dos ventajas a la oferta. Primero, que a pesar de los rumores de inmoralidad que siempre afectaban a las obras de Dumas hijo, incluso antes de ser publicadas, y que ya eran casi un chiste, ver el estreno en francés se consideraba de buen tono, además de apremiante, pues solo había una representación en el idioma original. Por otra parte, como este tipo de obra traía poca audiencia y el teatro necesitaba hacer caja ofreciendo a horas más populares otro tipo de espectáculo, solían ser obras que se representaban antes, a las siete u ocho de la tarde. Así, el horario sería una cosa menos de la que los tíos Torrealba podrían quejarse. Fernando se encargó de todo para que el coronel y la *coronela* Torrealba no pusieran ninguna objeción. Se presentó en persona, con Cati, para hacer una invitación formal, dos días antes del evento, y el día anterior llegaron las tarjetas con cantos dorados como las invitaciones al baile de Cenicienta, solo que ninguna hermanastra malvada las rompió, ni las hizo arder en un quemador para las pinzas de rizarse el pelo, como malévolamente había sugerido Ricardo.

La misma noche, antes de que las hermanas Torrealba consiguieran meterse entre risa y sudor en sus corsés de cincuenta y cinco centímetros de diámetro, se escucharon las ruedas de un simón de encargo conducido y custodiado por cochero y lacayo con librea, arañando la grava del patio de atrás. Todo fue encargado y pagado por los Silva. Por una vez, la tía Torrealba fue algo menos estricta que su marido, que hubiera preferido una

reunión pequeña y más formal en su propio gabinete, si es que Ricardo Silva tenía interés en alguna de sus sobrinas, como parecía.

—No veo la razón de hacerlo todo tan esquinado —se había quejado a su esposa—. Un teatro no me parece el mejor sitio del mundo para que una joven pareja se conozca, parece que están buscando la oscuridad y la publicidad al mismo tiempo.

—Ahora las cosas se hacen de esta manera informal —había contestado la *coronela*, con los brazos cruzados y siempre a una distancia prudencial de su marido, como si temiese contagiarse de algo—. De este modo, el joven no queda expuesto si es rechazado.

—No me gusta —insistió él.

Pero al no ser capaz de dar ningún otro argumento racional que contradijese a su esposa, ganó ella. Suele ocurrir que las personas extremadamente cerebrales quedan en esta especie de trampa cuando tienen una intuición. No pueden salirse con la suya porque no consiguen armar un argumento que los convenza a sí mismos.

Así que las hermanas salieron hacia las ocho, todavía de día, en una tarde fresca, con brisa, envueltas en una atmósfera azul crepuscular que enmarcaba preciosamente sus caras pálidas. Llevaban trajes sencillos, de tarde, y sombreros con redecilla muy fina y plumas. El mismo Fernando las ayudó a subir al coche. Dentro estaban Cati, Ricardo y el violinista aficionado. Cati extendió las manos hacia Adolfina y la invitó a sentarse a su lado. Elisa comprendió que Catalina ya le había prestado atención a ella por encima de su hermana muchas veces, y que de vez en cuando tenía que actuar como si Adolfina fuera su preferida, para tener una actitud social equilibrada.

Se retiró de la cara el velo y suspiró, acomodándose en el asiento junto a Adolfina y frente a Fernando y el violinista. Este parecía muy impresionado, le iba a decir que le iban a entrar moscas, a Adolfina le habría hecho gracia, pero pensó que Catalina jamás haría ese comentario ante un extraño y decidió callarse. Su mirada se cruzó con la de Ricardo. No había esperado sentir esa quemazón, esos nervios, exactos al día del compromiso de Cati. Estaba tan azorada que no respondió a su saludo, lo que provocó que Fernando y Cati la mirasen con extrañeza. El coche arrancó.

—¿Le apetece la velada, señorita Elisa? —preguntó el violinista para romper el hielo.

—Sí —dijo Elisa inclinándose un poco hacia delante, gesto que visiblemente encantó a Ricardo—. Me apetece mucho. Mi hermana y yo estamos muy agradecidas de que nos hayan invitado.

Cati se hubiera quedado ahí, pero Elisa era incapaz.

—Aunque... —Torció un poco el cuello, Ricardo tragó saliva, la miraba extasiado, Fernando le hizo un gesto sutil de censura que él ignoró— hubiera preferido que la obra fuera un poco más tarde.

Adolfina añadió:

—Se refiere a que, por ser la primera vez que salimos de noche en Madrid, nos hubiera gustado cruzar la medianoche.

Su aclaración relajó el ambiente. Ricardo dijo:

—Siempre podemos tomar algo después del teatro. Conozco un sitio...

Cati lo interrumpió:

—Hemos prometido devolverlas temprano. —Tomó la mano de Adolfina, la pinchó sin querer con el engarce de su anillo, pero Adolfina no se quejó—. Déjennos pensar que somos Cenicientas y que Madrid a medianoche no es lugar para nosotras.

El violinista soltó una risita torpemente complaciente. Ricardo hizo un gesto de aburrimiento y miró por la ventanilla. Fernando devolvió a su prometida una mirada complacida. Elisa contuvo una carcajada.

—No hace mucho que se instalaron en Madrid, ¿verdad, señoritas? —preguntó el violinista, y como parecía que le costaba ir fijándose alternativamente en Adolfina y Elisa, decidió observar a la pequeña—. ¿Cuáles son sus aficiones, si me permiten preguntar?

Ricardo miró al violinista con el cuello rígido de rabia. ¿Se había olvidado el maldito aspirante a abogado araña-cuerdas de que su pareja era Adolfina y que era a ella a quien tenía que dar conversación? La oscilación del coche por el camino con baches que cruzaba los jardines del teatro dio a Ricardo un aspecto de pavo indignado.

—A mí me gusta leer —se apresuró a decir Elisa.

Adolfina asintió con la cabeza, tal vez confirmándolo, tal vez indicando

que a ella también. Era consciente de que a su interlocutor no le importaba. Cati apretó su mano.

—Eso es encantador —dijo el violinista—. Deberían asistir a una de esas tertulias que se celebran en el café Iberia, se habla de Zola... —Se interrumpió ante la mirada de Cati al escuchar ese nombre revolucionario—. Desde luego, no es lugar para una señorita, especialmente cuando se presentan Martos o Esquerdo y se organizan competiciones de oratoria...

Fernando intentó, guiado por la mirada de su prometida, apagar el monólogo de su amigo con una sucesión de risas incómodas que ahogaron el sonido de su voz.

—La verdad es que lo que me gusta leer es la prensa, señor Agüera —aclaró Elisa, y mirando a Cati—: Ya sé que la mayoría de las muchachas no lo hacen.

—La mayoría de las muchachas se asustarían con Zola —dijo el violinista—. Le aseguro que el horóscopo y los ecos de sociedad no son tan peligrosos como algunas de sus palabras.

—Yo prefiero el teatro de verano y los bulevares franceses —interrumpió Ricardo—. Pero de lo que estoy seguro es de que la señorita Elisa sacaría buen provecho de cualquier cosa que le viniese en gana leer.

El coche se detuvo.

Se acomodaron en el teatro como habían decidido. Todos los hombres en un palco, todas las mujeres en el otro. Eran los palcos del segundo piso, tapizados en terciopelo verde, estrechos y demasiado altos para poder ver con detalle las caras de los actores; en cambio, tenían el encanto de la perspectiva. Elisa sintió el placer de la grandeza al tener debajo de ella todas las cabecitas bullentes de esos madrileños finos e interesantes que iban a ver teatro en francés, y las lámparas la rodeaban, y el aire olía a una mezcla agradable del tabaco que había quedado impregnado en la ropa de los caballeros antes de entrar y del incienso que se utilizaba en el escenario para simular humo. Se hallaba en el extremo izquierdo de su palco y Ricardo, en el de los hombres, estaba a la derecha del suyo. Si hubiesen querido se habrían podido tocar extendiendo el brazo. Elisa se inclinó, y puso sus manos enguantadas en la barandilla. Vio que Ricardo hacía lo mismo. Sus miradas se cruzaron y se

sonrieron. Ricardo miró a su alrededor y luego a ella, como queriéndole señalar el ambiente; entonces hizo un gesto interrogativo y dijo, sin voz, pero moviendo lentamente los labios para que ella pudiera leerlos:

—¿Le gusta?

Elisa contestó, también sin hablar, muy lentamente.

—Es como el cielo.

Entonces Fernando tocó el brazo de su hermano para llamar su atención. El telón se estaba levantando, bajaban las luces. Ricardo miró a Elisa con ojos de despedida.

Elisa miró al escenario. Virginia Marini apareció sentada en un saloncito en la primera escena, rodeada de una luz roja de farolillo que inmediatamente sugería sordidez. Tras ella, ardía fuego fatuo en una chimenea falsa. Miraba al suelo, inspirando recogimiento y drama, y su misma aparición levantó una ola de aplausos. Había leído sobre ella que no era guapa, pero que su intensidad la hacía muy verídica y que sus ojos lo decían todo. No podía verla bien. Desde luego no parecía guapa. Las mujeres que no eran guapas, o cuyo físico tenía algo extravagante, algo que disgustaba por escaparse del modelo clásico de belleza, le caían bien. Marini era una gran actriz, lo decidió cuando giró sobre sí misma al ver entrar a su marido en escena. En ese movimiento algo extraño, patético, de su cuerpo, como un animal que está tranquilo y de pronto presiente que alguien se le acerca por detrás, estaba contenido el antiguo amor que había sentido por su marido y el desprecio que le inspiraba ahora, antes de que hubiese dicho una sola palabra. El marido estaba interpretado por el gran Ceresa y, al igual que había ocurrido con la Marini, tuvo que detenerse un momento antes de decir su texto para que el público tuviera tiempo de aplaudir.

Ceresa interpretaba a un hombre inteligente, encerrado en sí mismo. Un hombre tranquilo que nunca había hecho nada malo en la vida, pero que había hecho infeliz a su esposa por omisión, porque ella era una de esas almas apasionadas que necesitan acción y a las que la vida aburre a ratos. Elisa empatizó inmediatamente con ella, aunque en su imaginación se comparaba con el personaje y, a medida que avanzaba la trama, decidía que ella no se habría dejado engañar, que conocía bien su propio carácter y jamás

habría contraído matrimonio con un hombre así; matrimonio en el que, obviamente, ambos iban a ser infelices. ¿Qué clase de idiota se dejaría arrastrar por una pasión tan fría, tan mecánica, sin verse forzada a elegir? Teniendo libertad, ¿cómo podía equivocarse tanto? No obstante, seguía entendiéndola y compadeciéndola. En un momento en que el marido abrazaba por detrás a su esposa e intentaba besarla en el cuello, se volvió instintivamente hacia Ricardo. Vio su oreja y el pelo con reflejos rubios que la enmarcaba, y su cuello, demasiado pálido para ser considerado viril y demasiado fuerte para llamarlo femenino. Iluminado su perfil por la luz lejana de la escena, tenía algo azulado, lunar. Las emociones de la obra se mezclaban con las suyas, en ese momento la esposa se desprendía violentamente de su marido, Virginia lloraba, reprochaba, la emoción subía, Ricardo giró la cabeza y la encaró con esa intensidad de siempre; esa mirada en la oscuridad la atravesó como una flecha. Corrigió la dirección de la suya hacia la escena. Estaba mareada.

NOTIFICACIÓN, ENTREGADA PERSONALMENTE A DON GENARO SILVA EL 31 DE MAYO A LAS SIETE DE LA TARDE EN SU DOMICILIO, SELLADA POR EL SECRETARIO DEL JUZGADO DE PRIMERA INSTANCIA Y FIRMADA POR EL CORONEL DEL CUERPO DE SEGURIDAD DON MIGUEL OLIVER Y VIDAL

Se informa al señor don Genaro Silva Fernández de que su fábrica Tejidos Silva, sita en el paseo de Acacias, s/n, ha sido clausurada por orden del Juzgado de Primera Instancia, debido a la denuncia del señor don Andrés Gómez Fonseca, ganadero propietario de la finca colindante con la susodicha fábrica. Se requiere la presencia del interpelado mañana a las doce del mediodía en el Juzgado de Primera Instancia N.º 1 sito en la calle de La Princesa, 3, para declarar ante el juez de instrucción. Deberá acudir acompañado de su abogado o, en su defecto, de un secretario o portavoz de los propietarios de Tejidos Silva...

Etc.

El tono del mensaje sugería urgencia y fatalidad. Don Genaro trató vehementemente de convencer a doña Pilar de su ignorancia acerca de ningún conflicto de lindes con ningún ganadero, o de cualquier otra cosa que pudiera sugerir la notificación. El lenguaje legal era siempre hermético y apremiante, doña Pilar nunca había recibido una notificación oficial en casa, y estuvo al borde del desmayo varias veces a lo largo de la tarde.

Mientras Fernando y Cati disfrutaban de la Marini y Elisa y Ricardo se

inflamaban el corazón con miradas que saltaban de palco a palco, don Genaro se paseaba en pantuflas y gorro de dormir. Doña Pilar, indecisa entre sentarse o levantarse, llevaba la criada al lado con una bandejita de plata que sostenía una infusión olorosa y un paño húmedo para la frente y la nariz de la señora. Cuando la señora se levantaba y la criada iba detrás de ella con la bandeja, a veces se cruzaban en medio del salón con don Genaro y entonces entraba en conflicto si la postura de la criada era seguir pegada a su señora a pesar de todo, o driblar si no quería estrellarse contra el señor y derramar la infusión. Don Genaro resopló, paró en medio de la salita y se quedó mirando a su esposa.

—¡Por Dios! Pilar, estoy intentando pensar. ¡Me interrumpes!

—¡Es que estoy nerviosa!

—El que tendría que estar nervioso soy yo, pero no puedo porque tengo que preocuparme de tus nervios. Todo está bien. Mañana, en el juzgado, me enteraré de qué pasa.

—¿Por qué no mandas a Fernandito a la fábrica a ver?

—Fernandito... —Se quedó pensativo—. Mujer, tendré que ir yo. Nuestros hijos están en el teatro, no vamos a estropearles la velada por nada.

—¡Por nada!

—Para qué los voy a mandar a la fábrica en medio de la noche. Además, estará sellada por el juzgado.

—¡Pues al juzgado!

—El juzgado está cerrado, mujer.

—¡Y por qué andan mandando notificaciones si está cerrado!

—Lo que pasa es que la habrán mandado al Cuartel de Seguridad para que la firme el coronel a las cinco, y él la habrá firmado y de allí habrá venido. Esto es así. La cosa debe de correr prisa. ¿Qué puede ser?

—Ay, me muero. Me muero, Genaro.

—Siéntate, por favor. Y tú también, Paca, siéntate aquí, en la banquetta, con la señora. Deja de pasear el trapito, y esa infusión..., el olor me disgusta, ¡no me deja pensar! Llévatela.

La criada, que acababa de sentarse en un banquito al lado del sillón de su ama, volvió a levantarse.

—¿Me lo llevo entonces, señor?

—¡Sí, sí, sí! —Sacudió la mano en el aire—. Maldita sea. Puag, qué cosa tan repulsiva. ¿Qué es?

—Creo que es alcanfor, señor.

—Cómo puede eso sentarle bien a nadie.

—A mí me calma la neuralgia... —dijo Pilar, y se echó a llorar, derrumbada como si alguien muy querido estuviera desahuciado.

—Vamos a ver, Pilarita —dijo apoyando sus manos en el sillón para inclinarse sobre su esposa, e interponiendo entre su nariz y la de ella la borla de su gorro de pijama—. Tú lo que quieres es saber lo que pasa, ¿no? Está bien. Me visto, por capricho tuyo, ¿eh? Para que tú estés contenta. Hago al cochero vestirse y preparar los caballos, inútilmente, y voy hasta la fábrica perdiendo mi tiempo en medio de la noche. Entro a escondidas en mi propiedad con un candil como un cazador de fantasmas, incluso puedo calzarme unas botas y meterme entre las hierbas hasta la casa de ese tal don Andrés, a ver si él en persona me cuenta por qué me ha demandado, o bien nos echa los perros, o sale con la escopeta a pegar tiros creyendo que somos ladrones de gallinas. En ese caso nuestras muertes también serán inútiles, pero si todo eso te contenta...

—¿Qué cosas tan horribles me dices! —le contestó enfadada, mirándolo con la cara llena de lágrimas.

—Te lo digo —aquí hizo una pausa para coger aire y contener el enfado y la sorna—, te lo digo por tu bien, para que entiendas que estás nerviosa y no piensas con claridad. Debes tomar algo para dormir y mañana iré al juzgado, con Ricardito, Fernandito y el abogado, todos los hombres de la familia. ¿Qué nos van a hacer, mujer?

—¿Y si ha muerto alguien?

Don Genaro iba a contestar con una negativa radical, pero se lo pensó un poco..., tanta prisa no anunciaba nada bueno...

—Mujer, ¿morir alguien cómo?

—Imagínate que uno de los mastines se ha soltado y ha matado a un niño, o que tenemos obreros de la Mano Negra infiltrados trabajando en nuestra fábrica y han celebrado reuniones clandestinas.

—Por Dios, qué imaginación. La Mano Negra aquí... —Pero don Genaro no pudo evitar contagiarse de la aprensión de su mujer. Se quitó el gorro y lo arrugó en su mano. Unos pocos pelos sudorosos se alzaron sobre su calva—. Está bien, iré.

Doña Pilar lo miró con expectación. Para ella el tema no estaba concluido, había que hacer las cosas del mejor modo posible. Su marido no siempre era lo bastante escrupuloso, porque el deseo de que los problemas pasaran pronto lo llevaba a cegarse a los detalles y saltar pasos intermedios. Le puso la mano en el pecho, como deteniéndolo.

—Tú no puedes ir, cielito. Te vas a poner malo.

—Bah, pero si ya estoy bien.

—No, el médico no dijo eso. Haz el favor de mandar a uno de tus hijos. Que vaya a recoger al abogado a su casa y que vayan juntos.

Don Genaro chasqueó la lengua. No le gustaba molestar.

—A casa del abogado, a estas horas...

—¡Para eso le pagamos!

—De acuerdo, de acuerdo.

Apenas había bajado el telón del primer acto, la respiración de Elisa suspendida en el aplauso, Ricardo pensando ya en cómo funcionaría el reparto de parejas, en si convenía estar allí para asegurarse de quedarse solo con Elisa, o si debía ir buscando unas bebidas y traerlas a aquella confortable penumbra, cuando una cara congestionada asomó por detrás de las cortinas del palco. Era el mayordomo de casa Silva.

Desde el otro palco, Elisa vio al buen hombre de servicio visiblemente preocupado, y por la forma en que Fernando y Ricardo saltaron del asiento y se refugiaron a hablar detrás de las cortinas, parecía algo grave. Al levantarse, sus gemelos de teatro se resbalaron de sus manos, intentó atraparlos en la barandilla, pero cayeron al piso de abajo.

—¡Ay!

Asustada por si golpeaban a alguien en la cabeza, Elisa miró abajo. Adolfina se había dado cuenta también y se asomó.

—¿Qué pasa? —preguntó Cati.

—A Elisa se le han caído los gemelos.

Cati se tapó la boca con las manos.

—¿No habrán herido a alguien?

Elisa se inclinó lo más que pudo.

—No los veo.

Entonces, de la penumbra del palco inferior, salió una figura masculina que había recogido sus gemelos. Se situó debajo del palco, a su vista, y miró hacia arriba. Adolfina se ruborizó, era el ingeniero ruso de la fiesta. Elisa miró a su hermana, contenta. Después volvió a mirar al señor Gorobek, que señaló los gemelos e hizo un gesto indicando que pensaba subírselos.

—¡Discúlpeme! —exclamó Elisa—. ¿Le he hecho daño?

La gente alrededor de Gorobek se volvió para mirar, después miraron arriba y vieron las dos caritas coloradas de las hermanas Torrealba asomadas al palco.

—Querida, espera a preguntárselo cuando esté arriba —aconsejó Cati inquieta.

Las Torrealba se cogieron de las manos y sonrieron. Elisa miró al palco de los Silva. Estaba vacío. En ese momento entraron Miguel Agüera y Fernando, que ofreció el brazo a Cati. Elisa no se atrevió a preguntar por Ricardo, pero Fernando se encargó de resolver el enigma.

—Espero que disculpen a mi hermano. Nuestro padre ha recibido una notificación, y al no encontrarse bien de salud, ha tenido que encargarse mi hermano.

Elisa se cogió las manos, no sabía cómo preguntar lo que quería sin ser impertinente.

—¿Ha... pedido ir él?

Adolfina le dio un toque en el tobillo con la punta de su zapato.

—Lo habrá considerado lo más correcto, si no, Fernando habría tenido que dejarme sola —aclaró Catalina.

—Ah, desde luego. Espero que no sea grave.

Fernando no dijo nada.

Entró al palco el elegante Gorobek, iba vestido con uniforme de gala, y

con el flequillo peinado hacia atrás pero levemente ondeado, al estilo romántico. Su cara era ancha y la llevaba del todo afeitada. Hizo una leve reverencia y entregó los gemelos a Elisa.

—No, mademoiselle, no me ha hecho usted ningún daño.

—¡Es un gran alivio!

Hubo presentaciones y saludos. Después se dirigieron al ambigú. Tomaron agua mineral, excepto Gorobek, que pidió vino y comentó:

—No me canso. Tengo que aprovechar antes de volver a Rusia.

—¿No tienen vino tinto allí? —preguntó Adolfina acercándose un paso más a él.

—Se puede conseguir, pero no hay tanta variedad.

Cati se dio cuenta de que Adolfina quería hablar con Gorobek, así que se puso a entretener al violinista. Fernando se volvió hacia Elisa, que había quedado un poco apartada del grupo.

—¿Le apetece algo de comer?

—No, gracias, además no hay tiempo.

—¿Qué opina de nuestro teatro de la Comedia?

—Es... —miró a su alrededor— suntuoso y... espléndido.

Fernando rio.

—Disculpe, a veces parezco exagerada. Mi tía me regaña mucho, dice que la afectación señala insinceridad.

—No es usted una mujer afectada en absoluto, todo lo contrario, es directa y natural. Además dice las cosas con seriedad, ni su voz ni su tono son un chiste, como les pasa a algunas personas que intentan parecer originales.

—Usted también es muy claro. Gracias.

—En mi corazón soy un científico, aunque sospecho que no podré llegar a vivir de ello.

—¿Ah, sí? ¿Un científico? Qué interesante... ¿Y no cree que pueda vivir de ello? No tiene usted problemas económicos, ¿no?

Se llevó la mano a la boca.

—Oh, Virgen santa —rio—, ya estoy otra vez...

—Ja, ja. No se preocupe. Ni usted es una cazafortunas ni yo soy un hombre que pueda ser cazado. Además, Madrid es como un pueblo, todo el

mundo disimula lo que tiene y todo el mundo sabe lo que tiene. No, es un palpito que tengo, mi padre me quiere para la fábrica. Mi consuelo es que tal vez pueda dedicarme a algo que tenga que ver con formulación química.

Elisa lo miró con una sonrisa traviesa.

—Pues habla usted mucho del corazón y de los palpitos para ser un científico cerebral.

Fernando se dio cuenta de que a ella le gustaba coquetear, pero lo hacía sin querer, sin malicia, como una niña. No tenía idea del efecto real que provocaba.

—¿Y qué le está pareciendo *La femme de Claude*? He oído que se la acusaba de «excesivamente naturalista», pero no sé muy bien qué quiere decir eso, si le digo la verdad...

—El naturalismo tiene razón en muchas cosas y pide reformas necesarias en la literatura, en atención al espíritu de la época.

—¡Vaya por Dios!

—Disculpe, era solo un juegucito. Estaba citando a Clarín. Lo cierto es que me está frustrando un poco mi francés esta noche, pillo una palabra de cada diez, ja, ja. Pero entiendo sus ojos y sus gestos. El personaje de ella es...

—Es una mujer difícil.

—Oh, no, es muy simple.

—No como usted, que cita a Clarín.

—Tengo buena memoria. Es el don que otorga Dios a quienes no tienen otro talento.

—¿Eso también es de un escritor?

—No, eso lo decía mi institutriz. Intentaba hacerme pensar, pero yo solo quería memorizar.

—Veo que también tiene usted el don de la humildad, señorita.

—Me gustaría... —El rostro de Elisa adoptó de pronto una expresión de cierta ansiedad—. Tuve una conversación parecida con su prometida una vez. Yo creo que soy vanidosa, y no sé si saberlo ayuda en algo para evitarlo.

Fernando se quedó mirándola atentamente. Ella sonrió, no sabía qué decir. La conversación había ido muy hondo en pocos segundos. Eran dos de esas personas que nunca encuentran el momento de expresarse en las

conversaciones frívolas y que, al topar con otra que tiene guardado tanto que decir sobre sí misma, detectan esta necesidad y la comparten en un impulso, como si abriesen los cofres de su tesoro uno frente al otro. Solo que Fernando era así por su templanza y Elisa, por su transparencia.

Sonó la campanita que anunciaba el último minuto del intermedio. Fernando recordó que tenía una embajada que hacer para su hermano. En vez de eso había estado charlando con Elisa para su propio disfrute; se sintió culpable.

—Mi hermano ha sentido muchísimo tener que irse —dijo un poco abruptamente.

Pero Elisa lo recompensó con una cálida sonrisa, y le ofreció su brazo para que la acompañara hasta el palco.

—Es un hombre muy amable, aunque este plan parecía aburrirle un poco.

—Es usted muy perspicaz...

Dudó si decirle que la reunión se había organizado a petición suya. Prefirió callar.

—En cuanto a mi amigo Miguel, parece que tienen ustedes una conversación pendiente sobre Zola.

—He observado que su amigo estaba poco inclinado a compartir sus reflexiones con una mujer, en cambio, su hermano no tenía ningún interés en el tema en sí, pero sí en que yo pudiera hablar de lo que quisiera.

Fernando notó que sudaba, pero no sentía ningún calor. Le había molestado que Elisa mostrara ese interés tan apasionado, y al mismo tiempo tan racional, tan medido, por su hermano. Parecía que había estado pensando mucho en ello.

Durante la obra, todos estuvieron distraídos. A Catalina le había sabido mal que Fernando se dedicara solo a Elisa, y aunque se calmó diciéndose que su prometido había querido atenderla por caballerosidad, esta conclusión era racional e insuficiente contra los celos, que no fueron clausurados y le hicieron estar tensa y callada el resto de la obra, aunque desde luego no concentrada en ella. Elisa y Adolfinia comentaban entre ellas. A veces eran incapaces de bajar la voz lo suficiente y Catalina les enviaba una de sus miradas de monja, o una de las señoras de oído fino del patio de butacas

alzaba hacia ellas los impertinentes. Molesta por la vigilancia de su amiga, Adolfina contó el momento en que Cati le había apretado la mano hasta clavarle su anillo de compromiso y las dos hermanas rieron maliciosamente. También reveló que el ruso había hecho comentarios amables sobre su sonrisa, que ella consideraba un poco de conejo, y que había insistido en que todo le gustaba grande, refiriéndose a sus dientes y a sus formas. Elisa dijo que le parecía muy borrico, pero encantador, y que tenía motivos para pensar que Ricardo había organizado aquella velada por ella, aunque Fernando no le había dicho nada.

—No te fíes —aconsejó Adolfina—. Si Fernando no ha dicho nada a lo mejor te equivocas, no te dejes llevar por tu imaginación, como siempre.

Alguien les chistó.

Fernando miraba el escenario pero no lo veía, en realidad, y no entendió bien el final de la obra, que hizo levantarse a las dos primeras filas de apasionados admiradores de Marini. Pensó que Ricardo era como ellos, que estaba encaprichado de un envoltorio, que no podría valorar la riqueza de matices de las emociones y la inteligencia de Elisa. Decidió en su fuero interno no hablarle a Ricardo de la inclinación de ella hacia él, que había constatado. Su hermano ya se tomaría demasiadas libertades sin necesidad de ayuda.

CARTA DE RICARDO A ELISA, ENVIADA POR MENSAJERO LA MAÑANA DEL 2 DE JUNIO

Querida Elisa:

Quisiera hacerle llegar mi consternación por no haber podido estar en el segundo acto de la obra y, sobre todo, por no haber podido departir con usted a solas en el intermedio. Una de las cosas que más me interesa de su persona es su falta de mohín y lo transparente de sus actos y sus palabras, que estoy seguro responden a la pureza de su conciencia. En este caso, quiero yo corresponder con la misma sinceridad.

Lo primero que quiero que sepa es que el teatro me aburre muchísimo, y más en francés, y que al comprometerme al encuentro pensaba en la posibilidad de contemplarla y la esperanza de intercambiar con usted unas pocas palabras sobre las que meditar luego a solas. Eso, y ninguna otra cosa, es lo que estaba en mi ánimo al acudir al teatro. Esto la ayudará a entender la fuerza de mis sentimientos y también cuánto me dolió y me molestó tener que marcharme. Por lo mismo, me veo obligado y quiero explicarle cuál fue el motivo, para que comprenda su gravedad y pueda juzgar usted misma y confiar en mí.

Elisa iba caminando hacia Delicias 52, con una de las criadas como acompañante. Llevaba en sus manos la carta de Ricardo que acababa de recibir. De vez en cuando paraba y se apoyaba en un muro, para leer.

—Tenga cuidado, señorita —le decía entonces la criada—. Su tía me ha

advertido que cuide de que su vestido no se ensucie.

Era un día bullicioso, pasaban muchos coches, carretas y personas a pie con bultos, así que habían evitado a propósito las calles estrechas, sin embargo, en las calles anchas faltaba la sombra de los toldos blancos que los vecinos ponían a sus pequeños comercios y sus portales.

La criadita protegía con su cuerpo a la señorita Elisa de ser embestida por algún transeúnte que no veía venir, porque saboreaba y recitaba sin hablar las palabras de Ricardo. Sentía como si tuviera joyas entre los dedos o algo dulce en la boca.

La fábrica de Tejidos Silva, propiedad de mi familia desde hace tres generaciones, colinda con tierras de cultivo y una pequeña ganadería. Las familias que habitan estas tierras no son los propietarios de ellas, sino campesinos arrendados, que tienen que lidiar con diferentes dificultades a las que los Silva, desde luego, somos sensibles. Lo primero de todo, sus tierras tienen que darles de comer y permitirles pagar la renta; los ruidos y los humos de la fábrica asustan a los animales y les ocasionan otras incomodidades. Nosotros también tenemos algunas dificultades ocasionadas por ellos. Por ejemplo, una vez el almacén se nos llenó de cabras que se comieron la mitad del algodón para el hilado. No sé si sabrá, señorita Elisa, que los cabritillos son, al contrario de lo que se diría por su apariencia, voraces y peligrosos.

Aquí tuvo que parar a reír, justo a punto de meter el pie en un sumidero del alcantarillado. La criada había hecho un gesto instintivo para detenerla y puso su mano sobre la carta. Una letra se emborronó.

—¿Quieres dejarme en paz?

—Iba a tropezar, señorita.

—Lo siento. Ya sé lo pesada que se pone la tía, pero, por favor, no tienes que cuidarme como a un bebé.

—Ya estamos cerca, ¿verdad, señorita?

Elisa buscó con la mirada los nombres de las calles.

—Sí, la siguiente.

—Pero llegamos tarde.

—Eh... un poco, sí.

Otra vez, un grupo de campesinos que se llamaban a sí mismos revolucionarios entraron en la fábrica y entretuvieron a los obreros con consignas y panderos, estorbándolos y despistándolos durante horas. Ha oído bien: panderos. Eran campesinos revolucionarios musicales. Se hacían simpáticos, tal vez por eso. Este es el motivo de que mi padre, que es un buen hombre, se resistiera a llamar a la Guardia Civil y solucionara el problema dando la cara, con nuestra ayuda, por supuesto, y con la fuerza de la razón. Además, a partir de aquel día, la fábrica está vigilada por una docena de mastines menos simpáticos que los revolucionarios y algo menos voraces que los cabritillos. Como ve, no hay aquí buenos ni malos, sino personas que sufren las dificultades de la vecindad. Pero a veces esos conflictos se enquistan, y ocurre que uno de los propietarios de las tierras colindantes nos puso una demanda el mismo día del teatro. La demanda prosperó y mi padre fue citado para declarar en el juzgado. Al no encontrarse bien de salud, llamó inmediatamente a sus hijos para que lo ayudaran a preparar el testimonio preciso y a declarar en su nombre. Parece que unas cuantas reses de un vecino murieron mientras bebían agua de un arroyo cercano a los silos donde guardamos el tinte para las telas. Los tintes contienen plomo y algunos otros venenos. El labriego se quejó a su arrendatario y él puso una denuncia por contaminación de las aguas. Otros industriales de la zona han tenido también problemas, los de la papelera, y una vez un incendio en la fábrica de betunes causó grandes destrozos. Todo se solucionaría si los propietarios nos dejasen comprar las tierras, pero ninguna cantidad es suficiente para ellos, así que los campesinos siguen sufriendo nuestras molestias, y nosotros las suyas, y continuamos sin poder ampliar el tamaño de la fábrica, como sería nuestro deseo.

Hay quien cree que esto no son cosas para hablar con una dama, pero yo creo en su inteligencia y también en su paciencia. Si algún día llegásemos a tener más intimidad, puede estar segura de que nunca ocurriría nada en mi vida que no fuese consultado con usted, ni de lo que no le hiciera partícipe, como solo puede ocurrir entre amigos del alma.

Quisiera ahora recuperar algo del tiempo que perdí ayer y preguntarle cómo le está yendo todo en Madrid, si se adapta bien y qué opina de la gente

que conoce. Ya sé que no le gustan los «ecos de sociedad», pero eso es porque son todo mentiras y banalidades. Tal conde se ha ido de vacaciones, tal niña con rizos se casa con tal brigadier. Sin embargo, seguro que le interesa saber quiénes son de verdad y qué secretillos ocultan aquellas personas supuestamente serias que le presentan en los bailes. Me encantaría compartir información con usted, sobre todo porque le será útil. El mundo social es un laberinto. La mayoría de la gente tiene una forma muy aburrida de verlo y se escandaliza por todo. Pregúnteme sobre quien quiera y sobre lo que quiera, que yo me comprometo (ahora estoy poniendo la mano en mi corazón) a decirle todo lo que sé de todo el mundo.

—Ja, ja. ¡Ahora estoy poniendo la mano en mi corazón!

Seremos cómplices. Dos gotas de agua perdidas en la ciudad, unidas por el fino hilo de las cartas, hasta que el destino y los dioses nos permitan volver a vernos, pero de verdad, vernos de cerca, en un teatro o en cualquier otro sitio.

—¡Es escandaloso! —rió Elisa, mirando a la criadita, que pestañeó impresionada.

Entonces escuchó una voz suave y conocida a su espalda.

—Señorita Elisa, qué sorpresa.

Era Fernando Silva. Elisa lo saludó alegremente y le dio a besar la mano. Fernando hizo un apresurado gesto de beso falso. Jadeaba.

—¿Viene corriendo, señor Silva?

—Estaba tomando algo en el café de enfrente con unos amigos. La he visto pasar y he venido a saludarla. Está usted radiante.

—Gracias.

—Algunos de mis amigos proponían secuestrarla y obligarme a que se los presentase.

—Oh.

—No se lo tenga en cuenta, son buenos chicos, ya los conocerá. Quién sabe si acabará casándose con un científico.

—Quién sabe, sí.

—¿A dónde va?

—Precisamente me dirijo a un acto en casa de Canseco con las Amigas

del Arte Sagrado, he quedado con su prometida.

—Oh, sí. Cati me habló de eso.

Entonces pasó una mujer con un enorme cestón de claveles. La mayoría eran blancos, pero algunos sueltos salpicaban de rojo el conjunto.

—¡Dos claveles, un real! Llévelos, señor. Uno blanco para el ojal y uno rojo para el pelo —dijo señalando a Elisa.

Fernando compró dos, uno rojo y uno blanco. Los barajó en las manos hasta que se decidió a ofrecer el blanco a Elisa.

—Mejor este. El color...

—Sí, claro.

—Yo se lo prendo, señorita —dijo la criada.

—Sí —dijo Elisa dirigiéndose a Fernando—. Deje que lo haga ella. Pero en el pelo no, no es apropiado, aquí, en la mantilla.

La criada puso la flor en el lazo de su pañuelo fino, de exquisito bordado de pájaros. Fernando se puso el clavel en el ojal.

—Que sea por la agradable conversación que tuvimos en el teatro, señorita Elisa.

—Sí que lo fue. Adiós.

—Adiós.

Fernando se quitó el sombrero para despedirse.

Sus amigos habían estado mirando desde la vidriera del café. Al verlo salir como una centella detrás de una joven, habían estado haciendo bromas, y al volver a entrar, con una flor en el ojal y blanco como un lirio, le gritaban:

—¡Poeta!

—¡Ganador de los juegos florales!

Y le hacían trompetillas.

La Sociedad de Amigas del Arte Sagrado a la que pertenecía Catalina (entre muchas otras) se había reunido en la calle Delicias 52, en el mismísimo hotelito casa y tienda del ínclito Canseco, industrial de relojes para torres y campanarios sin rival en toda Europa. A petición de una de las amigas del arte sagrado, que era también amiga del relojero, este había construido la

miniatura de una catedral, con un encantador rosetón de vidrio coloreado en el ábside y una torre del reloj, un reloj de verdad y que funcionaba con el genuino sistema Canseco. La entrega del reloj a la Sociedad iba a hacerse en el patio de la casa. La madrina recogería el obsequio, aplicaría su oreja al reloj, comprobaría que funcionaba y lo elevaría ante la vista de todas, con lo que el aire de la mañana se llenaría de aplausos y la piña de amigas del arte sagrado removería las plumas de sus sombreros para hablarse al oído unas a otras, pletóricas de importancia y gratitud. Cuando Elisa llegó al lugar del evento, tarde, emocionada e influida por las palabras juguetonas de Ricardo, lo veía todo con cierta superioridad, y todo le parecía un poco ridículo.

El regalo ya se había entregado y Catalina iba a clausurar el acto cantando la Salve Valenciana a la Virgen de los desamparados, de Francisco Asenjo Barbieri. Sin querer, Elisa emprendió una carta interior, dirigida a Ricardo, en el mismo tono en que le había escrito él, que contaba lo que estaba ocurriendo, de ojos a ojos de cómplice travieso en aquel Madrid lento y palurdo. Describió la cara de Cati en los agudos como la de santa Teresa en éxtasis, y se tapó la boca y rio por la nariz en uno de sus gallos. Incluso bajo aquella máscara devota pudo apreciar el reproche de Cati por su falta de seriedad. Empezaba a parecerle un poco pesada. Aun así, la sonrisa no se le borró del rostro; sin que ella lo supiera y con su imaginación, se estaba vengando.

Cuando acabó el acto, las amigas del arte fueron a una chocolatería. Cati y Elisa se sentaron aparte. Les sirvieron dos tazas de chocolate y unos churros. Catalina estaba correcta, como siempre, pero no tan amable. No tenía tantas ganas como solía de florear sus palabras y disimular su disgusto.

—¿Has tenido una mañana ocupada?

—No mucho, no —contestó Elisa.

—Has llegado muy tarde.

—Pero he llegado a la mejor parte.

Cati notó que había cierta ironía en el tono de Elisa, pero no sabía cómo revelarla sin usarla ella también. Así que adoptó esa postura de institutriz que había servido para ganarse su confianza cuando era una forastera atolondrada y necesitaba sus consejos.

—Habrías mostrado muy buen tono y mucho respeto llegando antes de la ceremonia y admirando las maravillosas obras de arte que hay en esa casa.

—En parte he llegado tarde por culpa de tu prometido, ¿sabes? Me lo he encontrado por el camino. Ha salido de una cafetería y ha dejado a un grupo de amigos para saludarme.

—Ah.

—Ha pasado una vendedora de claveles, con flores rojas y blancas. Él iba a regalarme uno rojo, pero en un segundo cambió de opinión y consideró más propio regalarme uno blanco. Ese momento de duda fue tan encantador.

—Ah. Sí, es un caballero. Sí.

—Mira, aquí lo llevo, prendido en la mantilla.

DIARIO DE ELISA

Sábado, 5 de junio

Todavía me siento un poco culpable por lo que le dije ayer a Cati. Fue un impulso tonto y no debí hacerlo. Adolfina dice que coqueteo con los dos hermanos y que los dos me gustan en realidad. Que Ricardo me gusta porque es guapo y Fernando porque me halaga. Siempre he apreciado esa forma tan simple que tiene Adolfina de explicar las cosas. Muchas veces tiene razón.

Hemos estado hablando mucho rato. Yo le he enseñado el precioso álbum de recortes que me ha enviado Fernando, ha sido una idea muy apropiada y muy original, se nota que ha estado pensando en cómo complacerme. Había grabados de Dumas hijo en *El Globo Ilustrado* y resúmenes de sus obras, entre otras *La femme de Claude*, que vimos el otro día. También había un artículo de Emilia Pardo Bazán sobre el naturalismo, algo muy fogoso y exagerado de Emilio Castelar, y muchas otras cosas. En todas hay relación con temas que me interesan y me sorprende, sobre todo, que parece haber memorizado todas las palabras que alguna vez he pronunciado ante él. El álbum llevaba una nota que decía:

Para Elisa Torrealba, con el ofrecimiento sincero de mi amistad.

No hay nada de malo en ello, pero me ha hecho preguntarme si le prestará tantas atenciones a Catalina. Cuando le conté lo de las flores pareció más afectada de lo que había previsto. Creía que se iba a enfadar, pero me parece que estaba más decepcionada que otra cosa, casi hundida. Adolfina me ha dicho que por eso no tengo que preocuparme, qué mayor atención se le puede

prestar a una mujer que casarse con ella, pero en cambio ha dado mucha importancia al hecho de que yo alardee del interés por Fernando delante de los demás y, sobre todo, de su prometida. Esto me ha herido, porque pienso que tiene razón. Entonces le he dicho que tal vez comunicarme con Fernando en secreto sería aún peor y ella ha contestado, con mucha seguridad:

«Es que no deberías comunicarte con él en absoluto».

Pero me gusta hablar con él, y escribirle. No tanto como a Ricardo, es verdad. Fernando y Ricardo sacan como dos Elisás diferentes que hay dentro de mí. La una no puede estar sin la otra. Ricardo me encanta, pero me cansa, es agotador, es como estar todo el tiempo asombrada; Fernando hace y dice todo lo correcto, pero precisamente por esto empalaga. Lo he estado pensando y me ocurre algo extraño, no quiero escribir a ninguno de los dos si no puedo escribir también al otro.

—¿Escribes a Ricardo o a Fernando?

—A ninguno. Estoy escribiendo mi diario. —Se puso el lápiz en el labio inferior—. Estoy llegando a conclusiones interesantes.

Adolfina se sentó a su lado.

—¿Ah, sí? Y qué has pensado...

—No puedo dejar de escribir a ninguno de los dos.

Agarró en cada una de sus manos las cartas de Fernando y Ricardo.

—Fíjate, mi amigo me habla de sus estudios sobre... —consultó la carta— es-co-po-la-mi-na. ¿Sabes lo que es la es-co-po-la-mi-na? —Adolfina rio—. Es una droga que ha descubierto un alemán, una sustancia mágica que algún médico vampírico de Europa del Este ha conseguido extraer de la belladona.

—*¡La bella dona!*

—Es extremadamente tóxica y tiene que administrarse en dosis minúsculas.

—Ja, ja. ¿Por qué te habla de esas cosas?

—Porque le apasionan y quiere compartirlas con su amiga. Es aburrido, pero me encanta ver cómo no se da cuenta de lo aburrido que es, porque está concentrado en lo que le interesa a él. Seguro que con Catalina no puede

hablar más que de m-o-d-a-l-e-s.

—Y los modales son aún más aburridos que la escopolamina.

—En cambio, Ricardo no es nada aburrido.

—Seguro que no.

—Me habla en su carta de su amigo el joven y rico Fernando Díaz de Mendoza. Se dice que la duquesa de la Torre, Antonia Domínguez Borrell, esposa del viejo general Serrano, está encaprichada con él, y a pesar de que la reputación de la señora es intachable —leyó, para citar textualmente—, *seguramente prefiere a un pollito de dieciocho años que la adora y tiene esos modales de aristócrata y actor aficionado.*

—Pero, Elisa. Un caballero debería protegerte de esas historias de...

—¿Y no es maravilloso que no lo haga? ¿Nunca has pasado por delante de uno de esos cafés y has visto a un grupo de muchachos riéndose y cantando, bebiendo vino y cerveza, y los has envidiado con todo tu corazón?

—No.

Elisa suspiró, y se dejó caer sobre la cama. Sin querer soltó la carta de Ricardo y Adolfina aprovechó para agarrarla.

—¡Eh!

Se la llevó junto a la ventana y leyó en voz alta: *Lo primero que quiero que sepa es que el teatro me aburre muchísimo, y más en francés...*

Esto hizo reír a Adolfina. Elisa se levantó e intentó cazar la hoja, pero ella dio un giro elegante y sencillo sobre sí misma y la esquivó. Su hermana dio un zarpazo en el aire, un rizo se le escapó del peinado.

—¡Dámela!

—*Y que al comprometerme al encuentro pensaba en la posibilidad de contemplarla y la esperanza de intercambiar con usted unas pocas palabras sobre las que meditar luego a solas...* ¡Jesús!

—Ja, ja. Dámela. No quería leerte esa parte, es tan cursi.

Por fin recuperó la página. Estaba arrugada de tanto uso, y emborronada ya con una mancha del dedo sucio de la criada que la tocó sin querer, y la marca del sudor de Adolfina, que había apretado las esquinas con los pulgares para no perderla.

—Sí, sí. Cursi... Estás encantada.

Elisa se arregló el peinado. De pronto a su voz asomó una tristeza.

—Son palabras vacías. Es un seductor y está intentando enredarme. —Se volvió hacia su hermana—. ¿No?

Esperaba que Adolfina la tranquilizase, pero no lo hizo.

—Yo he escuchado decir a mi camarera que Ricardo Silva sedujo a una criada de su casa y tuvo un hijo con ella.

—¿Qué?

—No te lo quería decir..., te veo tan ilusionada. Pero no quiero que te lleves un disgusto.

—¿Y por qué va a saber tu camarera nada de casa Silva?

—Es la mejor amiga de la dependienta de Ultramar, y la dependienta de Ultramar es amiga íntima de Rosalía, la que fue, dicen, la madre del hijo de Ricardo...; se criaron juntas en las monjas. Mi camarera las escuchó hablar el otro día en la tienda.

—¿Y esa hija vive?

—No lo sé.

—¿Y Ricardo...?

—Eso es lo único que sé, hermana. Deberías dejar de escribirles a los dos.

—Tengo que ver a esa Rosalía.

—Envíales tu tarjeta a los dos, así serás correcta, pero entenderán que te has equivocado y quieres dar un paso atrás.

—Tengo que...

—Ni se te ocurra escribir a Ricardo para preguntarle.

—Bueno. —La mirada de Elisa se perdió en los dibujos de la pared. Sonrió tristemente—. Si él hubiera querido contarme eso ya lo habría hecho, ¿verdad? Eso dijo. Que no me ocultaría nada...

—Así dijo la tía que teníamos que hacer con amistades no deseadas, contestarles con nuestra tarjeta. Elisa...

—Sí, les enviaré mi tarjeta a los dos.

3

EL CARÁCTER

NOTA DE FERNANDO A ELISA

Domingo, 6 de junio

Estimada Elisa:

Recibí su tarjeta y puedo imaginar y respetar los motivos que la han llevado a interrumpir nuestras comunicaciones. Perdone mi atrevimiento al enviarle esta nota, pero su objeto no es caprichoso; debo comunicarle que mi padre se encuentra en un estado grave de salud, y estará en cama por un tiempo indefinido. Mi querida prometida y amiga de usted, Catalina, con la generosidad que muestra siempre y el amor que nos tiene a mí y a mi familia, me ha comunicado su decisión de suspender todo acto social y dedicarse, junto con mi madre, a cuidar de mi padre. Tal vez alguno de estos compromisos le atañe a usted y es bueno que esté informada. Catalina ha delegado en mí la responsabilidad de hacer saber de su ausencia. Me ha sorprendido que no se dirigiera a usted personalmente, haciendo una excepción, ya que parecía unirlos una gran amistad; espero que no haya surgido ningún roce por alguna torpeza que yo haya podido cometer. No me lo perdonaría. Estoy preocupado por diversos motivos y presiento que se acercan momentos penosos. Echo de menos su amistad, pero le prometo que no la importunaré más, si eso es lo que desea.

Atentamente,

Fernando Silva

El médico no había sido capaz de definir la enfermedad de don Genaro y apenas los síntomas: fiebres oscilantes, dolores basales, atonía general. Achaques de la edad, según los amigos de su misma edad, que temían ver en las barbas de su vecino lo que luego podría ocurrir en las suyas, y el disgusto del cierre de la fábrica, según doña Pilar. El caso es que la debilidad le impedía moverse de la cama. Sin embargo, no tenía ganas de estar inactivo, pedía los periódicos, quería estar en contacto con el abogado respecto a los asuntos del trabajo... Doña Pilar espió una conversación al otro lado de la puerta y se enteró de que su marido llevaba tiempo queriendo hacer una ampliación de la fábrica, que había sido imposible por las exigencias de los propietarios de las tierras colindantes. La última denuncia había sido una estocada casi mortal, y cabía pensar incluso, según sospechó don Genaro y el abogado no contradijo, que se hubiesen valido de espionaje industrial para saber que justo en ese momento don Genaro optaba, por el Ministerio de Fomento, a la ansiada concesión de terrenos adyacentes al norte. Este asunto retrasaría el proceso aún más.

Catalina estaba todo el tiempo al lado de doña Pilar, que no era mujer, hay que reconocerlo, que valiese para enfermera devota. En cuanto se sentaba junto a su marido más de dos minutos, empezaba a importunarle con que se ocupaba demasiado de la fábrica, que el trabajo lo iba a matar, que ya tenían bastante dinero y que por qué se metía en asuntos de espías industriales.

—¿Y tú? ¿Has estado espiando, querida?

—En absoluto, lo intuyo.

—Intuyes que aquí está ocurriendo espionaje industrial... Tenías que

haberte dedicado a los negocios. Anda, déjame, a ver si en vez de matarme la fábrica me vas a matar tú. —Y le daba suaves pellizcos en la mejilla, como si fuera un tío segundo en Navidad, que no calmaban la indignación de doña Pilar, pero sí, al menos, su expresión, y la hacía irse rezongando.

En cambio, daba gusto estar con Catalina. Qué chica tan correcta, tan bella, tan silenciosa. El viejo Silva no se cansaba de escuchar el crujido de sus enaguas, de ver el brillo de la lámpara en los requiebros de su pelo entre las horquillas, de oler su agua de colonia. Cati cambiaba su agua y sus sábanas, traía y llevaba la bandeja de la comida que seguía consistiendo en cremas de apio y nata, alternadas con caldos de verdura y vaso de leche. Una vez, ante las quejas de Genaro, prometió:

—Si se porta bien, don Genaro, hoy le pongo un chorrito de coñac en el vaso de leche.

—Algo bueno he debido de hacer en esta vida para que en mi ultimísimo momento pueda ver un ángel de un lado a otro de mi habitación. ¡Cuánta belleza y yo qué viejo!

—¡Déjese de «ultimísimos momentos», por favor!

Pero a Cati le halagaba despertar ese torrente de pasión en una persona que solía ser discreta. Ignoraba que su suegro no exageraba sus sospechas respecto al comienzo de su propio fin, y que ese sentimiento de querer aferrarse al poco tiempo que queda despierta facetas que a uno mismo le extraña tener.

Fernando nunca había sido muy hablador con ella, pero siempre le había parecido una cuestión de carácter y no le había dado muchas vueltas. Recordaba con creciente aprensión el momento en que lo vio volverse hacia Elisa en el ambigú del teatro. Cada vez que pensaba en ello le parecía peor. Nunca había visto que su novio pudiera ser de otro modo con otra mujer, nunca lo había pensado. Aquel simple gesto de él, aquellos pocos minutos, le habían hecho verlo como un extraño, de pronto comprendió que tenía más caras que la que le enseñaba a ella. Había sentido deseos de preguntarle, de indagar, pero sospechaba que, en el mismo momento en que quisiera saber, se levantaría ese muro masculino que los caballeros ponían siempre para que ellas no vieran lo desagradable. Como cuando Elisa preguntó en el teatro si

había sido grave lo de la fábrica y Fernando ni siquiera pretendió contestar. Era galantería, pero en el fondo, en un sentido más profundo, también era rudeza; era una humillación, como si ante las dificultades de la vida una mujer estuviera indefensa, cuando en realidad lo que pasaba es que estaba sola, absolutamente sola. No se iba a permitir que compartiera con otro su análisis de esas dificultades. Ella tendría que estar al margen, tanto de aquel problema de la fábrica como ante aquella sutil contradicción que había advertido entre su personalidad con ella y su personalidad con Elisa. Y otras muchas contradicciones vendrían después. Otros muchos secretos y oscuridades se irían sembrando entre ellos.

En pocos días Genaro empeoró visiblemente. Se debilitaba, su piel iba empalideciendo acompañada de todos los tonos de la decrepitud; el amarillo, el gris, el verdoso. Un visitante extraño no habría apreciado esta gradación, pero Catalina estaba allí, prestaba obligatoria atención a cada síntoma, y lo notaba. Don Genaro se estaba muriendo. Fernando lo visitaba una vez al día, Ricardo día sí y día no. Después de una semana el médico palpó al enfermo y diagnosticó un tumor en el vientre. Cati escuchó cómo daba la noticia a Fernando en el gabinete. Al salir abrazó a su madre, que se echó a llorar en el hombro de su primogénito. Después se separó de ella, con los ojos rojos, puso su mano en el brazo de Cati y le susurró: «Hemos decidido no decirle nada».

Cati asintió. Hubiera deseado sentirlo más cerca. El pensamiento de que, si hubiese sido Elisa, su prometido habría aprovechado el momento de intimidad y tristeza para abrazarla, para sentir el calor de su cuerpo, cruzó por su mente como una flecha. Se sintió culpable por pensar algo tan egoísta en ese momento, pero la culpa era inútil, la idea ya había ocurrido y había esparcido su veneno. Por otra parte, Cati sentía que ahora conocía mejor a su suegro que el resto de miembros de su familia, que tenía más confianza con ella que con ellos y que don Genaro merecía conocer su destino. No era justo que ahora, cuando se veía obligado a afrontar la máxima responsabilidad de la vida, abandonarla, lo trataran como a un niño. Llegó a pensar en

contárselo, pero no era una confidencia cualquiera, y dudó de sí misma al considerar que tal vez lo que deseaba en realidad era vengarse de Fernando violando el secreto que había decidido guardar. Una vez más, calló.

Después de aquello, doña Pilar forzó la paciencia, contuvo las lágrimas y se decidió a pasar algunos ratos con ella en la habitación, charlando o bordando unas toallas, en las que había resuelto poner la S y regalárselas para el ajuar. Eran unas toallas de hilo de algodón finísimas, preciosas, aunque doña Pilar no bordaba muy bien, y colocaba en diferente posición cada una de las *eses* que iba añadiendo al conjunto. Deseó decirlo, no lo dijo, y por primera vez pensó que estaba harta de callarse las cosas y se odió por ello. Había echado de menos la presencia de alguien en la habitación, y ahora que tenía allí a doña Pilar se sentía incómoda. Prefería estar sola, reflexionando o leyéndole a don Genaro. Un día se quedó dormido mientras le leía.

*Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,
el día que tú naciste
grandes señales había.
Estaba la mar en calma,
la luna estaba crecida;
moro que en tal signo nace
no debe decir mentira....*

Y se echó a llorar en silencio junto a su suegro que roncaba, sobre las páginas finas, amarronadas, de su libro de poemas de infancia, que le leía su aya y que de pronto había querido recuperar.

Escuchó el crujido de unos pasos detrás de la puerta. Pensó que tal vez su suegra estaba espiando y la había visto llorar. Se secó inmediatamente las lágrimas y fue hacia la ventana. Dejó el libro y separó las cortinas.

La habitación estaba en penumbra, fresca, y daba gusto contemplar, en contraste, cómo castigaba el sol en la calle. Al otro lado del callejón trasero había un edificio de pisos de muros color carne y contraventanas verdes. Pasaba poca gente por aquella acera. Pero en la ventana que estaba frente a la

de don Genaro, Cati vio a una muchacha asomada, que miraba de vez en cuando abajo y hacía gestos, como si hablase por señas con algún transeúnte. Era difícil verla, porque estaba a bastante distancia y también por su postura, de perfil e inclinada sobre el alféizar. Catalina hizo un esfuerzo por apreciar los detalles y al mismo tiempo, de forma instintiva, se retiró y se ocultó a medias tras las cortinas. La observó durante toda la siesta de don Genaro, que fue de cuatro horas, sin moverse de allí ni para beber agua.

La muchacha de enfrente era joven, más o menos como ella. Vio que iba algo maquillada y era evidente que se había peinado sola. Su traje rosa con cuello de volantes estaba muy usado, no era de temporada. Se notaba que era una chica humilde, pero se sabía sacar partido. Vio que las personas a las que se dirigía por la calle eran hombres. Ellos, al ver asomada una mujer, casi sin querer miraban hacia arriba, ella les hacía un gesto cómplice; algunos respondían, otros no. Algunos contestaban solo de broma, otros más prudentes, casi sin contestar, se dirigían al portal. Entonces ella volvía a meterse en el cuarto y cerraba las ventanas durante veinte minutos. Después de eso, el hombre que había subido volvía a salir por el portal, y ella volvía a asomarse. Cati estaba asombrada y preocupada, había descubierto una araña en su tela y sus labores la hipnotizaban. Era el trabajo de una cortesana solitaria, una prostituta que trabajaba por su cuenta, en su propia casa, sin los peligros de la calle y de la proximidad de los maleantes. Ganaría su propio dinero y no le costaba demasiado. Se la veía encantada. Aunque claro, esa sonrisa era obligatoria, tenía que sonreír para gustar a los que pasaban. Fácilmente llegó a la reflexión de que todas tenían que hacer lo mismo. Las de su profesión y las que no lo eran. Ella misma.

Aquella noche, tal vez por el cansancio del día y por haber estado cuatro horas de pie, con la atención concentrada, Cati durmió como una bendita. No recordaba haber dormido así desde su infancia, con sueño de plomo, inconsciencia plena, sin sueños ni pensamientos antes de dormir, como un pestañeo reparador de nueve horas.

Al día siguiente fue a visitar al señor Silva uno de sus más queridos

compañeros de juventud, de la época de las revueltas isabelinas y con el que había compartido incluso celda una vez durante unas horas. Don José María Orense y Milá de Aragón, marqués de Albaida. Era un anciano, pero Cati comprobó que había adquirido esa forma moderna de saludar a las mujeres dándoles la mano como a los hombres. Cuando Cati estrechó su mano derecha, él la rodeó con la izquierda.

—Encantado, señorita Hinojosa —tenía ronquera—. Es usted bellísima, pero está muy pálida.

—Eso es lo que le digo yo siempre —exclamó el señor Silva desde la cama.

Le costaba hablar, pero seguía siendo un hombre animoso. Para recibir a su amigo se había quitado el gorro de dormir, se había envuelto en una bata de seda, y Catalina le había incorporado sobre una pila de almohadones ahuecados con esmero.

Ella no tenía ni idea de quién era el visitante y lo que había significado, pero se inclinó levemente y contestó a su saludo galante:

—He oído hablar mucho de usted, estoy abrumada.

Consideró que era el modo de dirigirse a un marqués querido en la familia.

—¡Querido amigo, siéntate a mi lado!

—Cuánto tiempo, Genaro, qué viejos somos.

—Cuándo fue la última vez, ¿en Francia?

—En Bayona, sí. Acudiste a la llamada de los correligionarios. —Le dio unas palmaditas en la mano azulada. Las venas de don Genaro se hundieron como muelles.

—Ah, la República. Parece una cosa de otro mundo.

—De otro tiempo. Diez años, a nuestra edad, es mucho. He de reconocer que ya nada me importa tanto como la tranquilidad, la mía, al menos.

Don Genaro asintió. Estaba claro que habría querido decir muchas cosas. Catalina se había ido acercando disimuladamente a la ventana hasta encontrarse por fin pegada a ella, pero de espaldas. Aprovechó el momento emotivo entre los viejos amigos para dedicarse a espiar a «la araña». Aquella mañana estaba ojerosa y le costaba sonreír. Se le escaparon cinco presas sin

apenas mirarla. Era un mal día y se notaba que se le estaba haciendo largo. Cati sentía ansiedad por ella. Qué ocurriría si no era capaz de hacer dinero ese día, ¿lo tendría previsto? Ella debía de tener joyas, dinero ahorrado, como todas las de su clase, pero entonces ¿a qué venía esa expresión de angustia? ¿Estaría en algún problema? Pasó un joven de pelo oscuro y barba clara, rala. Iba contento, con ropa nueva, silbaba y era obvio que no sufría estrecheces. Un estudiante de buena familia, quizá un oficinista independiente, un secretario. Ojalá él la mirase, era perfecto: guapo, alegre, sería agradable sacarle unos reales. Se acercaba y no había nadie más en la calle, ninguna distracción. Mira arriba, pensaba Cati, tan intensamente que llegó a pronunciar sin voz las palabras. ¡Mira arriba! No miraba. Sacó la cabeza entre las macetas de geranios, sintió los pétalos acariciarle la barbilla. La araña había sentido el mismo interés que Cati. Se había acodado en el alféizar más y más adelante hasta remangarse. No era un día en que acompañase la suerte y no valía la timidez. Silbó. El chico miró, pero sus ojos, veloz, casi inadvertidamente, pasaron de ella a la mujer que se asomaba tímidamente en la otra ventana, y se fijó en Catalina. Ella había estado tan concentrada en la escena que se había olvidado de sí misma, se había creído invisible, y de pronto la mirada del joven y los ojos clavados de la araña, casi desorbitados, habían vuelto a darle cuerpo. Se espantó. Miró al estudiante, con la boca abierta; él le hizo un gesto. Por un segundo Cati sintió la aprensión de que pedía permiso para subir. Se volvió de nuevo a la araña que la miraba con odio. Cerró de un golpe las contraventanas y se volvió a la penumbra segura, a la vida real. El corazón se le salía del pecho. Su suegra estaba allí, de pie, preocupada.

—Querida —susurró—. Las visitas se han ido y ni te has enterado... — Cati se tapó la cara con las manos y sollozó—. Mi niña..., necesitas aire libre.

Catalina soltó en un torrente, entre hipidos, como un vómito, todas las reflexiones sobre el amor y la muerte que había hecho a la cabecera del enfermo aquellos días. Doña Pilar la había escuchado con creciente horror, se la había llevado a su gabinete y había pedido unos cafés muy cargados. *Italianos*, los llamaba ella. Después de un trago de café y sin causa, como si hubiese tomado un bebedizo, Cati se calmó de pronto y volvió a hablar del

enfermo como si nada:

—A veces, el pobre, pone su mano sobre mi mano cuando le estoy leyendo.

—¿Y qué tiene eso de malo? Ay, criatura, creo que debería darte un poco el aire. Llevas una semana aquí encerrada, no habrías podido ser más devota con tu propio padre. Te mereces un descanso.

—He estado pensando. —Se mordió los labios—. Si yo pudiera ir a los mismos sitios que Fernando, hablar con él como sus amigos, entenderlo mejor...

—Pero, mujer, todas sus amistades y vuestra vida social cambiará cuando os caséis. Será un nuevo comienzo, fíate de mí. Te está entrando miedo y es natural, pero no tienes que temer nada, cuando se cruza la frontera del matrimonio todo el pasado queda atrás.

—Creo que no me quiere.

—¿Pero qué dices, bonita?

—Ha decidido casarse conmigo, pero he visto un poco, algunos detalles de cómo puede ser con otras personas, y es diferente de cómo es conmigo.

—Así que es eso. Lo habrás visto hablando con alguna chica más vulgar y atrevida que tú, y eso habrá alborotado su vanidad masculina. Estás celosa y los celos desquician. Además, estás encerrada aquí y tienes la sensación de que algo malo está pasando fuera, solo porque no puedes verlo. No debes hacer caso a esos pensamientos, debes sacarlos de tu cabeza, son mentiras y paparruchas. —Esta palabra hizo reír a Cati—. De verdad...

NOTA DE LA CRIADITA ROSALÍA A FERNANDO SILVA

Domingo, 13 de junio

Estimadísimo señor:

Tengo algo que decirle sobre su hermano don Ricardo y la señorita Elisa Torrealba. Ella me a buscado y me a ablado en la calle. Queria preguntar por un asunto de mi vida del que la abian hablado. Su padre, don Genaro, sabe de esto y yo tendria que aberle ablado a el. Pero como esta el señor tan enfermo, le hago a usted el cabeza de familia. Le ruego que nos veamos, señor.

Firmado,

Rosalía

Doña Pilar había fingido no conceder ninguna importancia a los miedos de Catalina, pero había observado a su hijo y no estaba tan segura. Desde luego aquella pequeñaja de Elisa Torrealba había entrado en casa Silva como un elefante en una cristalería. No es que le cayese simpática como futura nuera, pero desde luego prefería, en caso de tener que aceptarla, que fuese la esposa de Ricardo. Catalina había sido la nuera perfecta, además era una buena persona, su hijo no tenía derecho a hacerla dudar de ese modo, pero era un despistado, un lerdo, no se estaba dando cuenta de cuán visible era su interés por Elisa a ojos de una mujer enamorada y que lo conocía desde hacía años. Cuando su hijo Ricardo visitó aquella tarde a su padre, se aseguró de encontrar el momento para hacerlo entrar en su gabinete, ponerle un café tan italiano como el que le había servido a Cati y sembrar la idea de que debía espabilar si no quería que alguien le robase a Elisa. Lo que doña Pilar ignoraba es que Ricardo estaba alterado porque no tenía noticias de Elisa después de la misteriosa recepción de su tarjeta, y que no había comprendido igual de bien que su hermano mayor qué significaba ese gesto y cómo ignorarlo. Ricardo voló al despacho de Fernando, sin apenas escuchar el falso intento de su madre de detenerlo.

Fernando estaba sentado frente al escritorio abriendo una carta. Escuchó los pasos de su hermano en el pasillo y adivinó su enfado. Ricardo entró y cerró la puerta.

—He recibido una tarjeta de Elisa Torrealba. Ha dejado de escribirme.

—A mí también.

—¿También? Así que te escribía...

—Sí, congeniamos en el teatro, intercambiamos dos cartas, no es nada raro. Sin embargo, ella ha querido ser delicada con Cati, sin duda, e interrumpir la comunicación para no preocuparla.

—Menos mal que es una mujer sensata, pero entonces ¿por qué también ha dejado de escribirme a mí?

—No tengo ni la menor idea, hermano.

Ricardo dio un par de cortos paseos sobre la alfombra.

—Madre me ha contado que a pesar de haber recibido su tarjeta le escribiste.

—Fue una nota formal para informar del estado de nuestro padre.

—¡Y por qué demonios no me dijiste a mí que le escribiera!

—Cati me pidió que informase a sus amistades de que pensaba suspender todos sus compromisos...

—Claro, claro. Qué suerte tener el permiso de la misma cornuda.

Fernando se levantó de la silla.

—No tengo ni idea de qué es lo que te pasa, Ricardo. Pero contrólate.

—Lo que me pasa es que te pido ayuda para encontrarme con una mujer que me gusta, que sabes que me gusta en serio, y aprovechas la menor oportunidad para endulzarla, y luego, la única opción que tengo para comunicarme con ella, también me la robas. Apuesto a que esa nota no ha sido tan formal.

—Sigo sin entender nada. ¿Qué clase de cosas voy a decirle a Elisa en una nota para informar de una enfermedad?

—Yo, en cambio, lo entiendo todo muy bien. Has intervenido para que Elisa se aleje de mí.

—Debería haberlo hecho, pero lo único que he intentado ha sido favorecerte.

—Deberías... Sabandija.

—He dicho que te controles.

—Favorecerme, dice.

—He pagado deudas tuyas que podrían haber llegado a oídos de Elisa.

—Padre es quien paga mis deudas.

—Él pone el dinero, yo pongo la gestión, y muy pronto, si Dios no lo

remedia, tendré que hacer yo las dos cosas.

—Mis deudas no tendría que pagarlas nadie más que yo si me dieseis tiempo para hacerlo, pero siempre vais detrás de mí como sabuesos porque mis deudas se consideran peores que las tuyas.

—¿Cuáles?

—Las de estudiar y viajar a seminarios científicos, como no son deudas de juego se suponen deudas legítimas. Y te das aires de grandeza. Si no fueras mi hermano te retorcería el pescuezo.

—Serías capaz. Yo debería hacerlo por ir embarazando criadas, eres una vergüenza para la familia.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Toda la ciudad lo sabe. ¿No crees que Elisa se habrá enterado? ¿No crees que tendrá algo que ver con que haya dejado de escribirte? Siempre juzgas a los demás y no piensas en tus propios defectos, aunque sean tan obvios.

—Eso era un asunto entre padre y yo. Estaba perfectamente solucionado hasta que has metido tus narices. Seguro que te has informado bien y se lo has dado a entender a Elisa.

Ahora sí, Fernando empezaba a abandonar su flema habitual.

—Es la última vez que te recuerdo que te calmes.

—Y si no, qué.

—Ha sido Elisa quien ha contactado a Rosalía porque alguien le había hablado de tu secretito, para que te enteres.

—Eso es mentira.

Fernando abrió un cajón, sacó la nota que había recibido de Rosalía y se la enseñó.

—¿Reconoces la letra? —dijo con retintín.

Ricardo tomó aire y se volvió para que Fernando no pudiera ver su estupor. Tenía que hacer algo. Ir a ver a Elisa en persona, obligarla a escuchar, a entender su situación, y... enviaría una nota disculpándose con Rosalía por su conducta anterior, no, por haber dejado que otros se ocupasen de su hija. Eso es. Había sido desconsiderado, negligente. Un cambio así impresionará a Elisa, sin duda. La haría reaccionar de una vez a su favor, si

no, él perdería la esperanza para siempre.

NOTA QUE LA SEÑORA TORREALBA ENCONTRÓ BAJO SU PUERTA METIDA EN UN SOBRE CON SUTIL OLOR A PERFUME DE GARDENIAS A LAS OCHO DE LA MAÑANA DEL 16 DE JUNIO

Queridos tíos:

Aun a riesgo de no ser comprendida, he tomado la decisión de participar en una aventurada intervención que podría decirse social. Hablamos mucho de pobres y de caridad, pero cuando un verdadero problema se presenta ante nosotros y nos provoca un verdadero sentimiento, esperamos que sean otros los que actúen. De nosotros mismos solo esperamos unas monedas, unas mantas y un kilo de lentejas, y a veces no es eso lo que se requiere, a veces nuestras determinaciones y el contenido de nuestra ayuda debe ser moral.

Ustedes no han sido padres, queridos tíos, pero no me cabe duda de que entenderán los sentimientos maternales y de protección. Adolfina y yo hemos sabido de una criatura desgraciada, una mujer joven y analfabeta pero bella que cometió un error: se enamoró de un hombre rico y tuvo un hijo con él. El buen abuelo de la criatura, hombre adinerado, se hizo cargo del bebé, pero tomó la decisión, tal vez práctica pero muy cruel, de criarlo en el campo lejos de su madre para que el escándalo no afectara a su estatus y al de su mujer como señores de su casa y vigilantes de sus criados. El padre del hijo ilegítimo, que quiere redimirse, Adolfina y yo hemos tomado la decisión de acompañar a esta buena madre al campo para que pueda ver a su hija y conocerla. Digo conocerla, porque un ser humano al que no se ve en ocho

años no puede ser conocido, aunque haya relación de sangre. Quienes apelan a esos sentimientos de reconocimiento por el parentesco son presos de supersticiones medievales y están equivocados.

Nuestra protegida ha continuado trabajando en la casa donde dio a luz, tiene sustento y no es, en este sentido, una desgraciada, muchos podrían decir que para una criada que ha cometido un pecado eso es suficiente. Yo opino de forma distinta. Me consta, queridos tíos, que son ustedes devotos católicos y que han leído mucho acerca del perdón. En la Biblia dice que tenemos que perdonar a los pecadores setenta veces siete, y perdonar, a veces, significa no solo dejar de juzgar, sino actuar en su favor y darles setenta veces siete oportunidades.

Hablo en mi nombre y en el de Adolfinia. Espero que oculten nuestra escapatoria ante quienes pudieren juzgarla erróneamente y que nos concedan la gracia amorosa de perdonarnos.

Con cariño y devoción,

Elisa

Marta, la camarera de Adolfina, despertó de un sueño de plomo a las ocho de la mañana del 3 de julio, en su cuarto del ala norte de la casa Torrealba. Miró por la ventana que daba a un patio interior y vio por las cristaleras de los pasillos interiores a algunos criados correteando azorados. Abrió la puerta y miró a ambos lados, intrigada. Creía haber oído en sueños que algo se caía, algo pesado y blando, como cuando se tira una alfombra al suelo para extenderla. Pasó la camarera de la señora Torrealba ajustándose con una horquilla la cofia que le cubría el moño. Marta le chistó.

—¿Qué pasa, Irene?

La otra se sacó una segunda horquilla de la boca para poder contestar.

—Que la señora se ha desmayado.

Marta soltó una risita.

—Sí, sí, tú riéte. —Miró detrás de ella y bajó la voz—. Está tirada en la puerta de su cuarto, hemos avisado al señor y dice que no la toque nadie hasta que no venga un médico, así que voy a ponerle paños fríos en la cabeza, y no me deja ni cerrarle la boca, se ha quedado como los epilépticos, con un hilillo de baba colgando. Tenía una nota en la mano.

Marta abrió mucho los ojos.

—¡Una carta! ¿Tendrá un enamorado?

—Qué dices. Esa urraca. Yo creo que las señoritas han salido solas, la nota estaba firmada por Elisa.

Marta pensó un momento, recordó el interrogatorio de Adolfina y los mensajes de ida y vuelta de la casa Silva y exclamó:

—¡Tengo que ir a hablar con Rosalía! Ella sabe dónde están.

—¿Seguro? ¿Qué vas a hacer?, ¿se lo dirás a la señora?

—No lo sé, no. Sí. No sé, tú de momento no digas nada. A lo mejor me equivoco, pero creo que no.

Cerró la puerta con esforzada suavidad y comenzó a vestirse deprisa. En el pasillo escuchó los pasitos apresurados de Irene ahogados por la alfombra.

Más tarde volvió asombrada y algo pesarosa de casa Silva, temía por la reputación de su amiga y su posible despido. Se había marchado al campo a ver a la hija que había tenido con Ricardo y que sus amos habían dejado a criar con la hermana de Rosalía, así mismo se lo dijo la cocinera, con voz y expresión de madre superiora que no olvidará una afrenta. Se fue con el señorito Ricardo, padre de la criatura, y con las señoritas Torrealba. Ay, Dios. Todos los criados, mayordomos, camareras finas y hasta los figoneros de Madrid lo sabrían en dos horas.

Hacía un día precioso, despejado y no demasiado agobiante para ser verano. A Elisa, Adolfina, Ricardo y Rosalía les esperaba un viaje hacia el sur que duraría toda la jornada. La hija de Rosalía se había criado en un pueblo de las Vegas Altas de Badajoz. Se decidió que tomarían una diligencia de seis plazas. Harían la parada imprescindible en la rotonda de Casas de don Pedro, donde no había estación de ferrocarril y era poco probable que algún viajero las reconociese. Llegarían a su destino al anochecer. Las señoritas Torrealba tenían primos con tierras de ganadería en Talavera de la Reina, pero parte de la exigencia del viaje, y también de su encanto, consistía en hacerlo con premura y secreto.

Rosalía tenía esa expresión de angustia de siempre, y sudaba por la piel del bigote. Las perlas saladas rodaban hasta sus labios, las chupaba y sabían como las lágrimas. Miró el asiento de enfrente con halago y vergüenza. Allí estaba la mujer que la había metido en aquella aventura. Otra vez la gente rica la enredaba en sus deseos y sus destinos. Otra vez no había podido resistirse. Elisa Torrealba se abanicaba. Vestía de blanco marfil, brillaban los rizos color rubio ceniza de sus sienes y en sus ojos se reflejaba la luz del cielo. Era un ángel. A su lado, Adolfina resoplaba. Sufría dentro de su traje

de paseo de rayas y pidió permiso a su hermana para desabrocharse el botón de arriba. Elisa asintió con la cabeza. A su lado viajaba Ricardo Silva. Llevaba un traje fino, gris azulado, y un sombrero de palma. Miraba circunspecto por la ventana y se acariciaba la barbilla. Rosalía hubiera deseado viajar en carruajes diferentes, se sentía al mismo tiempo abrumada por la generosidad de sus superiores y por el exceso de intimidad que había tenido con uno de ellos en el pasado. Ricardo, siempre tan alegre y despreocupado, parecía también incómodo. Dio golpecitos en el suelo con el talón durante todo el viaje.

Elisa tenía la mirada perdida en el paisaje llano y se sonreía. Recordaba las dificultades que habían tenido para situarse en los cuatro asientos de la berlina. Era como un juego de lógica sin solución. No era conveniente que Ricardo se sentara al lado de ninguna de las dos señoritas, debido al estatus de ellas, pero en las presentes circunstancias tampoco era conveniente que se sentara al lado de la criada. Su primera decisión había consistido en sentarse Ricardo junto a Adolfinia, que, por ser la mayor y tener menos relación con él, parecía la mejor opción, y Elisa junto a Rosalía, como si fuera su camarera, pero Rosalía parecía invenciblemente cohibida y no levantaba la cabeza del suelo cuando se ponía delante de Ricardo, así que este había pedido que se sentara a su lado, de manera que pudiera distraer su mirada en la ventana. Así que en los segundos previos al momento de subir al carruaje, los cuatro de pie, dos a dos, imitando fuera la posición que tendrían dentro, habían ejecutado un extraño y azorado baile. Usted viajará aquí, usted, querida Adolfinia, aquí conmigo, no, mejor aquí, así. No, usted aquí, por favor, así Rosalía podrá... Había sido divertido. Sin embargo, su rostro se ensombreció cuando pensó en su tía leyendo la nota que le había dejado y en qué decisiones tomaría al respecto. ¿Y si las repudiaba? Sería tan injusto. Este sentimiento de injusticia potencial inflamó sus sentimientos románticos y le hizo sentir una especie de euforia que debía de indicar que estaba haciendo lo correcto. Suspiró y miró a Ricardo. Se mordía el labio inferior y parecía barajar preocupaciones en su cabeza. Le habría gustado hablar con él, confortarlo con las emociones que ella sentía en ese momento. Pero no era conveniente allí, delante de todos. La verdad es que tenía miedo, siempre que

se dirigía a él, de que su atracción fuese visible. Tenía la aprensión de que su amor por él era algo físico, un objeto, una luz o un color que emanaba de ella, y que Ricardo podía tener la certeza absoluta de sus sentimientos con solo mirarla; eso era, en realidad, lo que la obligaba a callar.

Pararon a comer en Casas de San Pedro, en una taberna. Mientras el cochero daba de beber a los animales las mujeres se sentaron en una mesa, excepto Elisa, que tenía ganas de estirar las piernas. Al poco entró, porque el calor era sofocante. Se quedó de pie, apoyada en un barril, con Ricardo. Él pidió jamón, agua fresca y vino para todos. Rosalía no quiso beber ni comer nada, dijo que los carruajes la mareaban y no se encontraba bien.

—Cuando veas a tu hija se te va a quitar todo —le dijo Elisa.

Ricardo rodeó su muñeca con su mano:

—Gracias por confiar en mí, Elisa. Nunca lo olvidaré.

Elisa hizo un gesto de quitarle importancia, pero estaba muy conmovida, en realidad. Rosalía, la verdad no se sentía ilusionada, ni tampoco asustada por el próximo encuentro con su hija, no tenía ni ganas de ir ni ganas de volver. La compañía de Elisa la calmaba tanto como la de Ricardo le repelía, y se sentía al mismo tiempo satisfecha y culpable de haberle contado a don Fernando dónde habían ido y para qué. Recordaba las palabras de don Fernando Silva y casi le parecía que estaba cumpliendo con él un acuerdo de espionaje, que estaba allí para vigilar los pasos de Elisa y Ricardo, y no había sido esa su intención al avisar al señor. Ella solo quería ponerlo de su parte, para que cuando se mudara con su futura la llevase a ella.

Había dos caballeros tomando algo en un rincón. Uno de ellos con bigotes rayados de espesas canas y un llamativo chaleco color granate; del otro llamaba la atención su cara alargada, quijotesca, y su sombrero de cazador con plumas, que le avejentaban, aunque debía de ser más joven que Ricardo. El del chaleco se acercó, ajustándose los pantalones, con una sonrisa bonachona.

—Buenas tardes, caballero —dijo, y le extendió la mano. Ricardo la estrechó.

—¿Tengo el gusto de conocerle, señor?

—¿A mí?, no. Soy Antonio Cabezas Manzanedo, para servirle. Me he acercado porque parecen ustedes personas ilustres, y me preguntaba a dónde se dirigían.

—Soy Ricardo Silva, hijo del dueño de Tejidos Silva, de Madrid. Estas son la señorita Elisa y Adolfina Torrealba y su acompañante de servicio. Nos dirigimos a las Vegas Altas para... un asunto familiar.

Al escuchar la zona a la que se encaminaban, el otro individuo se levantó y fue hacia ellos, con expresión de sorpresa.

—Encantadísimo —respondió el del chaleco, y dirigió una reverencia a las damas—. Sobre todo porque yo soy el alcalde de Don Benito, y este caballero es Eduardo Olea, que acaba de ganar una importante batalla rural.

Olea se inclinó un poco hacia Ricardo (para salvar la distancia obligada por su altura) y le extendió la mano:

—Yo también vivo en Madrid, señor Silva, encantado. Soy agente de Bolsa.

—Olea..., me suena su nombre —dijo Ricardo.

—Sin duda le suena el de mi padre —aclaró don Eduardo con cierta resignación—. Es miembro del consejo de administración del Crédito Mobiliario de Madrid, y es el verdadero propietario de la mayoría de las fincas de las Vegas Altas. Ocurre que odia el campo, así que vengo a ocuparme yo de ellas. En cualquier caso, algún día las heredaré.

—Le entiendo perfectamente —dijo Ricardo—. Mi caso es el mismo, pero al revés. Soy yo quien considera mi herencia una carga, en cambio, para mi padre, a pesar de su edad y su estado de salud, su vida es su fábrica. Es como si le hubieran sacado el corazón y lo hubiesen mecanizado.

—Qué idea tan ingeniosa —comentó el señor Cabezas.

El alcalde y el señor Olea se ofrecieron a llevarlos en su propio coche, una berlina de nueve plazas a la que añadieron un caballo de su cuenta. Ya acomodados y en camino, Ricardo rogó al señor Olea que les contase cuál era aquella batalla rural de la que hablaba el alcalde.

—Verá. Se trata de las fincas Los Ventosos, Los Novilleros de las Habillas Peñalobar, Los Delgados Cañahejoso y Toconal. Su traspaso fue

realizado por el abuelo de mi amigo, y amigo de mi abuelo, Ignacio Olea —sonrió, haciendo subir sus espesos bigotes—, el 27 de abril de 1851 al conde de Salvatierra, como pago de deudas contraídas por el conde por importe de 670.253 reales. La venta de la finca fue objeto posteriormente de dos procedimientos judiciales. El primero, para reclamar doce fanegas de la finca Peñalobarejo a la propietaria lindera Micaela Díaz de Herranz, vecina de Medellín, al considerar que eran de su propiedad. El Tribunal Supremo falló a favor de doña Micaela y condenó a Ignacio Olea a reponer los mojones, con una multa de diez mil reales. Esto era una injusticia manifiesta contra los Olea, que además impedía que poseyeran la mayor parte del territorio, pues la tierra perdida constituía una parte de cien de las hectáreas de terreno de cultivo, de manera que, al pertenecer a otra persona, los conflictos en torno a la propiedad se complicaban. Esto, desde luego, benefició siempre al conde, y no dudamos que estaba detrás del asunto. Todo se ha reparado hoy, después de mucho espacio de asuntos de palacio, devolviendo a los Olea la tierra y reintegrando parte de la cantidad que pagaron injustamente...

Adolfina bostezó. Olea interrumpió a su amigo comunicando el único resultado de aquel farragoso asunto que podía interesar a sus invitados:

—Esta noche los aldeanos a quienes he arrendado mis tierras celebran una fiesta en mi honor.

—Lo quieren mucho, entonces, sus aldeanos...

Nada más pronunciar estas palabras, Elisa se sorprendió de estar diciendo que eran *suyos*, como siervos de la gleba, y sospechó que el hombre de negocios haría algún comentario moderno al respecto. Por el contrario, sonrió y asintió con la cabeza (la pluma de su sombrero oscilaba con el traqueteo).

—Sí, son buena gente —dijo con orgullo patriarcal.

Elisa había pensado preguntarle al señor Cabezas si su chaleco color cereza tenía algo que ver con aquel que tomaron como uniforme revolucionario los románticos franceses. Por alguna razón la respuesta que acababa de darle uno la disuadió de preguntar al otro.

—¿Dónde se instalarán? —preguntó el alcalde.

Adolfina miró a Ricardo, debía contestar él, pero estaba distraído.

—Oh, no sabemos. Pensábamos buscar alguna pensión al llegar al pueblo.

—Qué pensión ni qué niño muerto. Todos ustedes se instalarán en mi casa.

Rosalía se estremeció, odiaba los dichos y refranes de niños muertos, como ya sabemos. La cortesía hubiese demandado que los invitados protestaran y se negasen a aceptar la hospitalidad del alcalde, y que a su primera insistencia obsequiosa aceptaran con suspiros y gestos de aceptación forzosa, pero ninguno tenía ganas de hacerlo. Fue, en cambio, Olea quien añadió:

—No, no. Se quedarán todos en la mía. Es en mis tierras donde habrá baile esta noche, ¿recuerdan?

Rosalía buscó ansiosa la mirada de Elisa y la de Ricardo. Fue este quien respondió a la súplica de sus grandes ojos oscuros que tanto había elogiado una vez, y que ahora le hacían sentir un poco de vergüenza.

—Señor Olea, si es tan amable; mi criada tiene una hija que se ha criado en este pueblo, es protegida de mi padre, y quisiéramos visitar la casa en que se aloja. Es la vivienda de Rita Manzano.

—Ah, sí, la Rita. Buena mujer. Se quedó viuda hace unos años y tiene que trabajar ella sola sus tierras, así que me imagino que un par de bracitos más le habrán venido bien. No tuvo hijos propios. Bueno, tuvo uno, hace ocho años, que murió. —Miró a Rosalía y se inclinó un poco, como si le hablase a un niño—. Así que es usted la madre de la Rubia.

—¿La Rubia?

Enderezó la espalda, sintiendo un repentino orgullo. Su hija era rubia, como su padre. Cuando la dejó hubiera sido imposible decirlo, depositó su último beso de madre en una cabecita con olor a caramelo, completamente calva.

—No es que sea muy rubia —rió el alcalde—, pero en conjunto, los ojos grises, la piel blanca..., parece una francesita.

—¿Francesita? —exclamó Ricardo, y se echó a reír.

Se estuvo carcajeando un buen rato. Cuando parecía que había terminado, sus ojos volados parecían recordar algo, y la risa volvía a abrirse paso, disimulada, silenciosa, y de nuevo se abría y estallaba. El alcalde y el señor Olea se miraron, y amagaron la risa floja de Ricardo por simpatía, aunque no

entendieran nada.

—Ja, ja. Señor, ¿a santo de qué...?

—Si se puede saber.

Ricardo se tapó la boca con la mano, carraspeó.

—Una tontería... de mi infancia.

Los otros dos se inclinaron hacia él con curiosidad.

—Cuenta, hombre, cuenta.

—Los viajes en diligencia están para eso.

Ricardo puso las manos sobre sus rodillas. Elisa también estaba intrigada.

Parecía que por fin iba a contarle, pero finalmente:

—No, mejor no.

Los provincianos se encogieron de hombros. Cabezas sacó una pipa del bolsillo de su chaqueta. Sudaba a goterones, pero sus escrúpulos de caballero le impedían quitarse la chaqueta ante damas solteras.

—Si no les molesta a las señoras que fume... —dijo mientras se encendía la pipa.

A las nueve de la noche, aún de día, los criados de Olea bajaron el equipaje de los invitados. Camino de sus habitaciones, las muchachas admiraron la sucesión de amplios patios y jardines con fuentes. Más tarde, cuando ya se habían aseado y tomado una cena fiambre muy ligera, pues se esperaba que habría comida en la fiesta campera, Olea les enseñó sus establos, de los que estaba muy orgulloso. Había espacio para cientos de animales.

—Podrían apreciarlo mañana con más luz. Pero no quisiera forzar a las damas a caminar a las caballerizas bajo el sol de mediodía.

—Muy amable —dijo Adolfina. Se tapó la nariz y caminó con cuidado, temiendo pisar algo que pudiera mancharle los pies.

Elisa, en cambio, estaba como en su casa, hacía preguntas y elogiaba los ejemplares que le gustaban, se sentía arrullada por el eco de las respiraciones imponentes de los caballos, por sus resoplidos y el tictac de sus cascos herrados tocando el suelo al cambiar de postura. La mayoría eran caballos

árabes, blancos y grises, de gran envergadura, pero Elisa se quedó fascinada con la piel brillante y los ojos tristes de un bayo, que permanecía en un rincón de la cuadra ramoneando briznas de paja.

—Parece cansado —dijo con las manos apoyadas en los barrotes de su establo.

—Está mayor, pero en sus buenos tiempos corrió en el hipódromo de Madrid.

—No me diga —comentó Ricardo interesado—. ¿Hace cuánto?

—Mmm... unos siete años. —Se volvió hacia Elisa—. La señorita tiene buen gusto para los caballos.

—Son criaturas perfectas.

—Les dedico casi todo mi tiempo. Hay por aquí toros de lidia, y mi padre se empeña en que empiece a criarlos. Dice que son un buen negocio, pero, no sé... No termino de decidirme a dejar esto.

Ricardo se interpuso entre ellos de un modo un tanto brusco para leer el nombre del bayo, labrado en una chapa dorada.

—«LABASTIDE».

—¿Le suena?

—¿Y lo pregunta? Cualquier aficionado a los caballos conoce a este campeón. —Echó una ojeada dentro de la cuadra—. Precioso.

El caballo sacudió la cola y dejó de mirarlos. Olea se volvió hacia Adolfina, que ponía cara de asco y se quedaba rezagada.

—Tal vez la encantadora señorita disfrute más dando de comer a una yegua de tiro.

Y se acercó a un ejemplar canela con ojos asustados, que al aproximarse los extraños se había ido a la pared más alejada.

—¿Yo? ¿Ponerle en la boca algo a uno de estos...?

—Ja, ja, no se preocupe, las yeguas son mansas. Mire, aquí hay un trozo de manzana, vamos, déselo a esta. La querrá inmediatamente, aunque no dejará que lo sepa. Debe tener paciencia.

—¡Vamos, Adolfina! Si no, lo haré yo —se impacientó Elisa.

Ricardo se paseó hasta el final de los establos. Había una estancia independiente perfumada y llena hasta arriba de heno verde. Apoyados en

una pared había aperos de labranza y en el suelo esparcida una mezcla de paja y heno.

—¡Mira, Elisa, fíjate qué bien huele aquí!

Elisa se acercó, se paseó por la habitación, aspirando el perfume, giró sobre sí misma bajo un rayo de la última luz, un poco de sol, un poco de luna.

—¡Y qué fresco hace!

Ricardo miró los ricitos mojados de sudor debajo de sus orejas y sintió el deseo de morderle el cuello. Don Eduardo se acercó con los pasos lentos y cómodos de quien pisa sus dominios.

—Es heno recién cortado.

—Qué sitio tan maravilloso para venir a leer.

—Me temo que no encontrará mucha lectura en mi casa, señorita Torrealba. Pero tengo un libro de poemas de Espronceda.

—Héroe local —comentó Ricardo acercándose, y al hacerlo, metió medio cuerpo entre la línea imaginaria que unía a Eduardo con Elisa.

—Sí, ja, ja. Desde luego, en las ciudades importantes no se pone una cruz, fuente o monumento que no se dedique a Espronceda. —Elisa rio—. Vamos al salón, le prestaré el libro y saldremos a ver los bailes... y a que su criada se encuentre con la francesita.

—Eso, por Dios, vámonos ya —se quejó Adolfina.

Elisa acompañó a Rosalía a casa de su hermana. Ricardo no fue, por vergüenza personal y por no quedar mal ante los grandes hombres de la comarca, que se pondrían bromistas viéndolo visitar aldeanas como un burgués que acude a una merienda. Rita y Rosalía no se veían desde la infancia. El papel de la primera había sido el de hermana mayor que se queda en el pueblo, cuidando hermanitos huérfanos y sacando adelante el arriendo, mientras la segundona, guapa y lista, se va a Madrid a educarse al orfanato donde profesa una tía monja, y hacer carrera de servicio. Apenas se hablaban. Elisa detectó entre ellas cierta desconfianza labrada en los muchos años de incomunicación y en antiguos rencores de hermanas. Pensó en la relación de Ricardo y Fernando.

La casa de Rita Manzano era espaciosa. Ofrecía posibilidades para el abastecimiento familiar y hasta el orgullo, pero estaba abandonada, hecha un desastre. Rosalía lo inspeccionaba todo con los aires de superioridad que no había tenido hasta que Rita los había supuesto, con ojo de futura ama de llaves de los Silva. El amplio patio con cubos y palanganas tirados en las esquinas llenas de porquería (se notaba que se había barrido dirigiendo la suciedad hacia puntos estratégicos donde quedaba oculta por los trastos o las hierbas, pero que no se había recogido después), el corral con unas pocas gallinas medio desplumadas, el espantapájaros al que se le había caído la cabeza, torpe y siniestro en medio de la tierra con hierbajos del huerto, el pajar y la cocina. Esta era acogedora. En un rincón, sobre un escalón de piedra bajo el que ardía un fuego, borboteaba un puchero, Rita tenía que ponerse de puntillas para asomarse al guiso.

—Huele muy bien —comentó Rosalía.

—Cocino bien. Voy a enseñarle el sobrado, es donde duerme Carmela.

Subieron las escaleras y pasaron por una estancia donde olía a embutido. Un par de chorizos permanecían colgados, secos como la mojama.

—Al hacerlos se metió aire en la vaina y se echaron a perder —se justificó al ver que Rosalía los miraba con disgusto—. Ahí es.

Señaló un jergón de paja cubierto pulcramente con una sábana burda. Sobre la cama había un cojín, fabricado también con heno, y sobre él descansaba una muñeca de trapo.

—Este es...

Se le escapó en voz alta parte de su pensamiento, aunque ella no hubiese encontrado nunca las palabras para formularlo así:

«Este es, sin duda, el rincón de mi hija, ordenado, a salvo, como en una nube de pureza, del desastre del resto de la casa».

Entonces escuchó detrás de ella unos pasos suaves.

—Aquí está la niña —dijo Rita, y sin ningún preámbulo informó a la flacucha que acababa de entrar—: esta es tu madre, Carmela.

Ella se acercó y la miró a los ojos, sin sonreír ni decir nada. Rosalía

estaba aterrorizada, pero su hija parecía calmada y natural.

—Hola —balbuceó.

—Hola —dijo la niña.

Hubiera sido de esperar que en ese momento Rita las dejara solas, pero se quedó en un rincón como un pasmarote. Rosalía estaba molesta, pero no se atrevió a protestar, al fin y al cabo aquella mujer había cuidado de su hija durante más de cinco años, no habría querido dejarla con desconocidos y ella lo era.

Carmela se sentó sobre su cama y cogió su muñeca. Rosalía señaló un hueco a su lado:

—¿Puedo?

Carmela asintió.

—¿Has hecho lo que tenías que hacer? —interrumpió Rita.

Rosalía contuvo un grito. Era como una gran señora cuando alguien toca a su perrito. No quería dejarlas solas, no quería dejarlas hablar. Carmela asintió y volvió a mirar a Rosalía.

—¿Me va a llevar con usted?

No supo qué contestar. Ni siquiera había pensado en eso.

—¡Espera a que te pregunten, Carmela!

Rosalía intentó no escuchar a Rita. Fantaseó con elogiar a su hija ante don Fernando, cuando trabajase en su nueva casa con él y Catalina, y que el señor la animase a traerla e incorporarla al servicio. Don Fernando era bondadoso y doña Cati toda una señora, caritativa y sensible. Lo harían, y si no, ella se atrevería a pedirlo..., no al principio, claro.

—Todavía no, esta visita es para conocernos. —Carmelita se humedeció los labios—. ¿Qué tal estás aquí?

La niña miró a su madre adoptiva un segundo y contestó:

—Estoy bien. Ha muerto Pan y estoy un poco sola.

—¿Quién es Pan?

—Un gato —contestó Rita.

—Se comió un pollito y Paco lo ahorcó —añadió Carmela muy despacio.

—Oh, qué triste. ¿Quién es Paco?

—Es el cochero de una granja de al lado, viene de vez en cuando a

llevarse huevos y pollos —intervino Rita.

Carmela miró a Rita, y se le escapó una risilla traviesa, bajó los ojos y luego añadió:

—Viene mucho.

—Pues Paco no debería haber matado a Pan si era tu amigo.

Carmela volvió a mirar a Rita con el rabillo del ojo y no dijo nada. Rosalía se apoyó en un cojín; al ahuecarlo, un aroma a lavanda emanó de él. Rosalía lo aspiró.

—Tienes una cama muy bien arreglada.

—Los cojines los coso yo. Los hago con hierbas que huelen bien. Ese es de lavanda y ese de romero.

—Cose muy bien —insistió Rita—. Carmela, hay que bajar a sacar la cena.

—Ya voy.

—¿Se quedará?

—Sí —dijo Rosalía.

Rita fue bajando, Carmela acercó su boca al oído de Rosalía y dijo:

—Tengo una cosa para usted, la hice hace mucho tiempo y la guardé en un sitio, pero no se lo diga a nadie.

—¿Para mí?

—Sí, es un secreto. Lo guardé hace mucho en un sitio que no sabe nadie.

El abrazo que era incapaz de dar se le convirtió en congoja. Le dolían las mejillas de contener las lágrimas y la risa al mismo tiempo.

No había música de organillo ni limonada, no había frescas acacias del parque de la bombilla. Estaban en un alto y podían ver desde su atalaya unos pocos sembrados de olivos, girasol y grano, y más allá el reino candente del escorpión y la víbora. El suelo era como barro seco y de entre las grietas parecía subir calor, como si pisaran un volcán. El alcalde había dicho que, a pesar de estar acostumbrados a la sequía desde el mes de junio, era un año especialmente duro. Llevaban casi cinco años de lluvias muy escasas.

—El 76 fue el peor. No esperábamos un cambio así, de pronto dejó de

llover. Ese año murieron niños.

—Y es muy raro morir de hambre en el campo. Siempre hay algo —había aclarado el señor Olea.

El señor alcalde había contestado torciendo la cabeza, no parecía estar del todo de acuerdo con la visión optimista del campo que tenía el banquero de Madrid.

Estaban en el patio del señor Olea, tomando unos chatos. Fuera había un grupo de aldeanos bailando aún, y se habían atado unos burros a una estaca clavada en el suelo, a cuyas grupas los niños se subían y a los que un abuelo, con un chasquido de lengua y unos suaves azotes en las patas, hacía girar.

—Un tiovivo de burros —comentó Elisa sonriendo.

Había decidido beber vino y estaba achispada. Olea asintió con la cabeza y el alcalde soltó un gruñido alegre. Después volvieron a quedarse en silencio un buen rato. Fueron entrando en una borrachera somnolienta. Rosalía cenaba con su hija. Adolfina se puso de pie, se sacudió la falda y anunció que se iba a dormir. Elisa sintió que pronto iba a quedarse en cierta soledad con Ricardo, acompañados solo por dos borrachos medio dormidos, como guardianes a la puerta de aquel otro mundo. Más que estorbar, justificaban que pudiesen hablar por fin. Aunque fuera en voz baja. Tenían que hablar de todo aquello, eso le decía su instinto, aunque no tenía valor para abordar a Ricardo sobre sus verdaderos motivos para el viaje. La idea de que pronto serían amantes, de que deberían serlo, era tan real que empujaba y a la vez aplastaba, la ilusión y el miedo tiraban de ella en direcciones opuestas, y esta lucha ahogaba el trabajo de su sentido común. No conocía a aquel hombre, pero era difícil sobreponerse a la sugestión de que sí lo conocía, porque había llenado los vacíos de su carácter con su propia imaginación. Si no había pensado en sus errores ni en su responsabilidad como padre hasta ese momento, y sí después de que ella dejara de escribirle, ¿no estaban burdamente relacionados los dos hechos? Pero él ni siquiera había tratado de ocultarlo, no podía atribuírsele, por tanto, perversidad. Había reaccionado al amor de ella en el sentido de querer cambiar, y aunque el primer impulso hubiese sido solo conseguirla, ¿importaba en realidad? Ella también había dejado de escribirle solo por forzar un cambio en él, tenía que admitírselo.

Aquella noche se había puesto un vestido de verano de falda plisada, se había sentado junto a Ricardo, había deseado y calculado que sus rodillas se tocaran, y que el tejido acolchado de su ropa no le quitaría obviedad a su gesto de acercarse, pero sí a la consecuencia del roce. Ella era artera, si acaso, tanto como él. Finalmente una y otra rodilla se encontraron. Elisa renunció a hacer ninguna pregunta cuya respuesta podía no gustarle. Siguió observando en silencio el tiovivo de burros —donde en ese preciso momento Rosalía ayudaba a subir a su hija— y las estrellas, y sentía en ese único punto de su cuerpo el calor de él. Entonces él se levantó, se estiró y anunció que subía a su dormitorio de un modo un tanto brusco. Un escalofrío de espanto y vergüenza recorrió a Elisa. ¿Había sido demasiado atrevida? ¿La estaba rechazando? El alcalde y el señor Olea se despidieron con desgana. Ella sabía que después de Ricardo debía subir inmediatamente y no quedarse sola con dos desconocidos, pero estaba paralizada.

Pocos minutos después subió a su cuarto. Al girar el pomo notó que su mano temblaba un poco. Empezó a desnudarse, pero se detuvo. Había un papel doblado sobre su mesilla. Miró a la puerta y a la ventana. Ricardo se había colado para dejarle aquello. Por eso había subido antes.

—¡Eres tonta! —se dijo con alegría.

HOJA ARRANCADA DEL LIBRO *EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA* DE JOSÉ DE ESPRONCEDA, PROPIEDAD DE EDUARDO OLEA, QUE ELISA ENCONTRÓ LA MADRUGADA DEL 17 DE JUNIO AL RETIRARSE A SU HABITACIÓN, EN LA QUE RICARDO HABÍA SUBRAYADO:

*Y de amor canta, y en su tierna queja
entona melancólica canción,
canción que el alma desgarrada deja,
lamento ¡ay! que llaga el corazón.*

Y ESCRITO, EN EL MARGEN:

*Quiero oírte cantar en el palacio del heno.
Ricardo.*

El heno verde, el rayo de luna azul lechoso, que caía por la grieta del tejado, la grieta del tejado que siempre está para que el rayo de luz se cuele, cuando hay amantes. Hay lugares que esperan sus amantes durante siglos: cuevas, trasteros, salones, terrazas, sitios fríos y calientes, de arena y de piedra, pensados por los dioses para que haya amantes en ellos, pero a los que los amantes, por ceguera o por violencia de otros, por imposición del mundo, a veces no llegan. Allí había un rincón que Ricardo había encontrado con sus ojos de águila, y aunque Elisa tenía ojos de águila también no había reparado en él, porque los tenía en el corazón. Tiene que haber siempre una injusticia en el amor, uno siempre quiere de forma diferente a la que el otro quiere. Porque si los dos hubieran querido de la misma manera, Ricardo habría encontrado el sitio, pero en su audacia y su inteligencia para encontrarlo Elisa habría detectado mundanidad, falta de frescura, hastío de otros romances que arrastraba bajo su fascinación y que más tarde o más temprano brotaría y la mordería como un monstruo en una pesadilla, y no habría querido ir; o bien Elisa hubiera querido buscar un lugar para los dos, pero lo habría hecho en su fantasía, como un juego. Se habrían escrito cartas, se habrían dicho palabras, se habría imaginado un amor sin carne, aire limpio sin dolor, sin límite, y el amor tampoco es eso. El amor no era lo que quería Ricardo que fuese ni lo que Elisa quería que fuese, ninguna de las dos cosas era errónea ni acertada, creaban el amor cuando estaban juntos y después lo harían morir, tal vez, pero ahora era el momento de la creación. La sombra blanca de Elisa fue dibujándose por el mismo pasillo que había caminado Olea, en dirección a Ricardo, que la esperaba de pie, bajo el chorro lunar, con esa postura tan suya

de meterse las manos en los bolsillos, silbar, mirarse la puntera de la bota.

Elisa se acercó a él en silencio, y se detuvo a una distancia prudencial.

—Has arrancado una página del libro de tu anfitrión.

—Para ti.

—¿Cómo te atreves?

—Es un idiota.

Elisa sonrió, halagada por sus celos.

—Y has subrayado un pasaje que parece hablar de Ofelia...

—De una tal Elvira.

—La loca...

—Está loca de amor.

—¿A quién te refieres?

—A las dos. —Elisa calló. Ricardo la miró de arriba abajo. Llevaba el mismo vestido de antes, blanco, con pliegues que dibujaban sombras picudas en el suelo, los picos manchados de la tierra roja del patio de Olea. Notó que temblaba un poco—. Quiero oírte cantar.

Elisa dio la espalda a Ricardo, se abrazó a sí misma para no sentir el frío del deseo, y cantó algo, lo primero que le vino a la cabeza, *Oh, mio babbino caro*, pero no la cantó como lo habría hecho para un público, sino más bien para un niño que acunara. Viéndola desde allí, de espaldas a él y envuelta en sus propios brazos, Ricardo podía imaginar que así era. Le recordó a su infancia, las clases de canto de su madre en el saloncito, con el viejo papel de pared verde. Al cuarto verso la voz de Elisa se partió. Ricardo se acercó, la abrazó por detrás, con un brazo rodeó su pecho, con el otro su cintura. Elisa sintió al mismo tiempo la respiración de él en su cuello y cómo perdía la suya. Pero fue solo un momento, como esa caída a un abismo en los albores del sueño. Luego notó su nariz en las orejas, su cintura contra la de ella, y todo se hizo tan real como su propio cuerpo, se giró y lo besó en la cara, mientras él buscaba todavía el otro lado de la suya, sus labios se separaban, olfateaban, se deslizaban buscándose, como dos ciegos.

—Es aquí —dijo una voz fina, lejana, de espectro.

Los amantes se separaron. Elisa se aferró por un momento a los brazos de Ricardo y dolió la sacudida, porque había en ella algo de rechazo, había un

miedo a ser descubierto que ella no tenía. Se volvieron y se espantaron ante la imagen de una niña envuelta en la luz blanca de la luna, con el pelo suelto sobre los hombros, que emergía desde la oscuridad y daba la mano a alguien. Eran Rosalía y Carmelita. Ricardo carraspeó, se ajustó el chaleco. Elisa se llevó la mano a la boca; notó que había saliva en la comisura de sus labios, anduvo un paso hacia un lado, dos pasos hacia otro. Hasta que no estuvieron muy cerca, la criada y su hija no los reconocieron. Rosalía se cuadró, casi como un soldado.

—Señorita.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó con brusquedad Ricardo.

La niña sonrió, a Elisa todavía le parecía un fantasma. Todavía temblaba.

—Hemos venido a buscar una cosa que está escondida aquí, para mi madre. —Y miró a Rosalía.

La niña se acercó a un rincón, y en un momento había penetrado en el montón de heno, como si hubiese encontrado una puerta secreta. Volvió con una caja de latón, se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas, y la abrió. Rosalía se sentó a su lado. Elisa y Ricardo no se atrevían a mirarse. Carmelita sacó una hoja de papel doblada en ocho partes y la abrió lentamente. Dentro había un dibujo de una mujer rodeada de estrellas y bajo un manto que parecía ser un velo. Era un dibujo infantil, la cara del personaje estaba deformada y sus ojos eran dos puntitos inseguros, pero se entendían las señales fallidas de majestuosidad y belleza.

—¿Es la Virgen María? —preguntó la criada.

Carmelita negó con la cabeza.

—Es usted. Lo pinté el año pasado. Rita me dijo que yo tenía una mamá, y le hice este dibujo por si algún día la conocía.

Dentro de la caja había también un mechón de pelo de alguien cuya identidad Carmelita se negó a revelar, unas tabas y una piedra de río.

ETIQUETA DEL ENTIERRO SEGÚN LA CONDESA BERTRAND DE LA TORRE EN SU LIBRO *LA ELEGANCIA EN EL TRATO SOCIAL*

De seis a doce horas después del fallecimiento —y este tiempo lo fijará la hora en que aquel haya tenido lugar— el aposento del difunto se convierte en cámara ardiente, colgado de negro, con cama imperial en el centro —donde se halla el cadáver ya en su ataúd— y entonces se permite verlo a los amigos del que fue.

Si lo permiten los medios de que dispone, debe elevarse un sencillo altar en uno de los testers de la habitación, donde se celebra de hora en hora el santo sacrificio de la misa.

Dispónganse las cosas sin mezquindad, pero sin lujo ruinoso.

El mayor silencio debe reinar en la casa mortuoria.

El día del entierro, el ataúd cerrado —o abierto si se ha embalsamado el cadáver— se expone en un gran salón o pieza cercana a la puerta de la calle; se rodea de hachas o cirios y se cubre de flores y coronas por la familia y los amigos del finado, como último homenaje que se le rinde.

Los criados, vestidos de negro, llevando un lazo de crespón en el hombro izquierdo, se colocarán en dos filas a ambos lados del féretro.

Si el difunto gozaba de algún elevado cargo oficial, se deberá sujetar todo al ceremonial del cuerpo al que perteneció.

Los invitados que acudan a la casa son recibidos por los parientes del muerto.

Un apretón de manos intercambiado en silencio, y lo que deba hablarse se hará en voz muy baja, advirtiendo que sería el colmo de la inconveniencia entablar una conversación trivial en acto tan solemne.

Llegada la hora de la marcha y colocado el ataúd en el coche fúnebre — o llevado en andas, según las localidades, en cuyo caso los asistentes lo siguen a pie y descubiertos—, empieza la formación del cortejo.

Si el difunto era militar de alta graduación, lo sigue su caballo favorito engualdrapado de negro. Si un alto personaje civil, su coche, con las cortinillas cerradas y encendidos los faroles. En este caso, acompañan al coche los criados de la casa con hachas encendidas.

Siguen después dos coches de respeto —desocupados— y detrás los parientes, por razón de afinidad, y los amigos.

Las señoras no deben formar parte del cortejo; pero sí pueden hacerse conducir a la iglesia o al cementerio antes de la partida. En uno u otro sitio, y retiradas, pueden presenciar la triste ceremonia, pero sin dejarse ver.

Cuando el duelo se despide en la iglesia, los que llevan la cabeza de él, colocados en el atrio, se despiden con un apretón de manos de los que no han de acompañarlos hasta el cementerio. Ya en él, la ceremonia se repite para los que han llegado hasta allí.

Don Genaro murió el 17 de junio de 1880 a las dos de la madrugada. Justo en el momento en que exhaló ese suspiro, que sin haber conocido nunca la muerte se reconoce, Catalina lloraba y doña Pilar, entera y en paz, se sorprendía consolándola. En el sur, los labios de Ricardo Silva y Elisa Torrealba se buscaban en el palacio del heno, Carmela descubría su secreto ante Rosalía y recibía por fin el abrazo de su madre, Fernando comunicaba a los señores Torrealba que pensaba ir a buscar a los amantes fugados, y se montaba en un coche oscuro, envuelto en una capa oscura de invierno (no tuvo paciencia para buscar algo que sirviera al mismo tiempo al luto, al calor y a lo sombrío de sus sentimientos).

Es difícil entender el momento en que algo nos cambia definitivamente, en que una idea que se ha ido infiltrando lentamente, como una serpiente, se gira y hace presa. Es aún más difícil aislar ese momento para verlo, obtener la fotografía. Fernando se había ido saliendo de su propia piel, lentamente, durante las últimas semanas, había ido replegándose, desdiciéndose, sin confesárselo siquiera a sí mismo, de sus sentimientos anteriores, pero ocurría todo tan lentamente que ni siquiera lo había advertido. De pronto, la muerte de su padre le dio la vuelta a su alma como un calcetín. Como esos personajes de novela de terror a quienes muerde un vampiro o encanta una bruja, de pronto notaba el mundo más intensa y más oscuramente. Algo en su corazón recibía el deseo de su hermano a punto de consumarse, el anhelo de Elisa, como si hubiesen emitido señales de radio. Sentía afán de posesión y pena, al mismo tiempo, por sí mismo y por lo que quería poseer. Se mordió los nudillos, miró la ventanilla, pero no había nada con qué distraerse, solo

polvo negro. Iba a rescatar a Elisa, o a condenarla, a separarla de la mentira o del amor, iba a abandonar la ciencia, la universidad, la infancia, era el héroe y el malvado, y su padre había muerto. Todo dolía como si hubiese de ser extirpado. No hizo ninguna parada más que para indagar, una vez en la población, el paradero de su hermano, y todo como en un sueño, como si fuese sonámbulo, guiado por alguien. Cuando entró en las caballerizas del señor Olea acompañado de dos criados, quitándose los guantes, pisando fuerte como un caballo de carga, apenas había amanecido. Encontró a Elisa y Ricardo durmiendo abrazados.

Cuando Elisa entró en la casa de Madrid, todavía no se había recuperado del impacto de lo que le había sucedido, de la felicidad de la noche, del dolor de cabeza y la sed, del miedo cuando vio aparecer a Fernando, con su barba descuidada, con su levita y su capa negra que ondeaba en el viento cálido del campo, como si fuera el fantasma del padre de Hamlet que aparecía para anunciar la tragedia y sacarlos del paraíso.

Lo primero que hizo su tía nada más verla fue darle una bofetada que le hizo volver la cabeza. Se le escapó un sollozo, pero se contuvo. La mujer examinó uno de los cabellos de Elisa.

—Tienes paja en el pelo. —Luego las miró a las dos. Adolfinia no era capaz de levantar los ojos del suelo. Repasaba una y otra vez una flor de lis dibujada en la alfombra—. Miradme las dos. ¡Miradme! —Le temblaban los labios—. No volveréis a salir. Estáis en régimen conventual por tiempo indefinido. ¿Está claro?

Y sin esperar respuesta se fue a su habitación. El portazo se escuchó desde el salón. Las camareras Irene y Marta acompañaron a las señoritas a bañarse. Ellas también estaban llorando de la angustia que habían pasado, porque en esas crisis familiares siempre caen despedidos un par de sirvientes, y de la impresión de escuchar de Madrid la voz ronca de ira de la señora.

Entre otros actos sociales en los días que siguieron, Adolfinia y Elisa

faltaron al funeral del señor don Genaro Silva. Se dijo que más de doscientas personas dieron el pésame, entre presentes al entierro y notas de consuelo, y se alabó la discreción de doña Pilar y las atenciones de los dos hermanos Silva con los asistentes. Solo una nota discordante fue advertida y se criticó en algunos círculos, por ejemplo entre las amigas de doña María Dolores, cuya hija no acudió personalmente al funeral por encontrarse ya avanzado su embarazo, y es que Catalina llevó guantes de terciopelo rojo durante todo el entierro. La cosa era bastante llamativa, incluso para que un hombre como Fernando, distraído y poco atento a la etiqueta, se fijara en ello. Había notado, además, que Catalina estaba enfadada por algo, y en un momento en que la capilla ardiente estaba tranquila y no había extraños, se la llevó al gabinete y habló con ella. En cuanto entraron, ella se puso a mirar por la ventana. Él anduvo y habló suavemente, como temiendo despertarla de un trance.

—Querida, qué agradecido estoy. Cuánto te has ocupado de mi familia en estos días tan difíciles.

—¿Sabes que se enamoró de mí? —parecía que sus labios sonreían al decir esas palabras.

—¿Quién?

—Tu padre.

El silencio no se acababa nunca. Cati parecía esperar una reacción en él, parecía estar jugando. Era como una adivinanza.

—Yo... no sé. No sé qué decir.

—En sus últimos momentos apreció mis cualidades mucho más que tú.

Unió sus manos en la espalda. El rojo de sus guantes era como un charco de sangre en la penumbra. Fernando se sentó.

—¿Te encuentras bien, Catalina?

—Y hubo otros.

—¿Qué?

—Una vez un joven galanteó conmigo por la ventana. Si se lo hubiese permitido, habría subido y me habría hecho suya aquí mismo, en el dormitorio de tu padre, mientras él dormía. Ignoras todo. Ignoras lo que tienes y lo que puedes perder. Y sé lo de Elisa. Sé que fuiste a buscarla, sé

que tu hermano la deshonró, se habla de ello en todo Madrid. Sé que te has enamorado de ella. Mientras yo cuidaba de tu padre. ¡Cómo te atreves! — Fernando esperó que en algún momento, tal vez después de aquella exclamación que sonaba a platillos de orquesta, Cati se daría la vuelta y lo miraría a la cara con ojos incendiados; tuvo la aprensión de que incluso querría herirlo y, por un instante, la ilusión culpable de que se hubiera vuelto loca y podría librarse de ella. ¿En qué momento había empezado a desear librarse de ella? Había sido algo soterrado, sin ruido, y de pronto clamaba, de pronto todo el coro de sus deseos cantaba la misma canción. Pero Cati no se movió, sus ojos no ardían, era como una estatua. Lo adecuado, como su prometido, habría sido ir hacia ella y consolarla, tomarla de las manos, no sin antes quitarle aquellos guantes improcedentes, rescatarla de su propia locura, pero no quería, o no se atrevía—. ¿Sabes lo que más me duele? — Fernando no lo sabía; el prometido, el marido ideal, no tenía ni idea—. Lo que más me humilla... es tu pasividad. Nunca me fuiste infiel ni de pensamiento, lo sé, pero no porque me quisieras más a mí que a otras. Yo sabía que mi único rival era la ciencia, y algún día la fábrica. Mi padre aceptó hace años la invitación de tu madre sin saber si querrían casarme contigo o con tu hermano, y yo os consideré a los dos durante un tiempo muy breve. Parecía obvio que tú eras la opción buena. El hermano responsable, el que se encarga de todo, el independiente, mientras que tu hermano era la presa fácil de las mujeres y las deudas. No he comprendido hasta ahora, cuando ya todo está perdido — Fernando abrió mucho los ojos... «Cuando ya todo está perdido», dice—, que eres dependiente, mucho, de tu hermano, que en el fondo lo envidias, y ha bastado que una mujer lo interesara realmente para que fueras a por ella. Cuantos más celos siente tu hermano, más te gusta, y ahora que presientes que puede deshonrarla, que tal vez lo ha hecho ya... — aquí agachó un momento la cabeza, con pudor, flaqueó, sabía que las palabras que estaba diciendo eran ciertas, que dolían como uñas, no quería hacer daño, pero sí quería hacerlo—, ahora la quieres solo para ti.

Fernando fue caminando lentamente hacia la puerta, sin dejar de lanzar miradas asustadas a Cati, como si fuera un tigre. Se escabulló de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Después de aquel incidente estuvo un rato paseando como en sueños, atontado por el olor a incienso y cera quemada que envolvía toda la casa, defendiéndose en su monólogo interior de las acusaciones de Cati. Lo había sorprendido su agudeza y, sobre todo, que de pronto se hubiera vuelto tan audaz, lo había hecho sentir un pusilánime, pero había algo que sí consideraba injusto. Él no había ido a por Elisa porque le gustara a su hermano. Ricardo y Catalina lo habían acusado de lo mismo, pero era porque los dos estaban enfermos de celos y de envidia. Su hermano lo envidiaba a él, siempre lo había hecho, y Cati envidiaba a Elisa. No tenía por qué, Catalina era una mujer bonita y adecuada para cualquier pretendiente, pero así era. Tal vez porque había tenido la inteligencia suficiente para apreciar, ella también, los encantos de Elisa, lo que la hacía especial. Tal vez porque al principio se había sentido identificada con ella. Cuanto más se parece a nosotros un ser cercano, más acabamos odiándolo.

Esta era la clase de reflexiones cínicas que hacía últimamente y no le gustaba. No se reconocía. Su amigo Miguel Agüera lo sacó de aquel estado absorto. Fernando aceptó su pésame y se lo llevó lejos de la habitación donde descansaba *el tigre*.

—Querido amigo, qué alegría verte.

—No podía faltar, Fernando. Lo siento en el alma. Era un hombre admirable, una gran persona tu padre. Querría haber participado en el cortejo fúnebre, pero tenía los exámenes finales.

—Necesito pedirte un favor.

—Lo que quieras.

—¿Conoces algún médico que trate... enfermedades mentales?

—Yo... —Se irguió un poco, orgulloso—. Claro, aquí delante tienes a uno.

—¿Tú?

—Bueno, todavía no. Pero pienso especializarme. En septiembre iré a estudiar y a hacer prácticas en Nueva Belén.

—Qué alegría me das, por tu carrera y porque... necesitaba a alguien de confianza. ¿Tú podrías entrevistar a Catalina y decirme qué te parece?

—¿Tu prometida?

—Sí, por favor, Miguel. Me preocupa su... salud mental. De forma absolutamente extraoficial y sin que sospeche nada. Un día vienes a verla, charlas un rato con ella y me das tu opinión, solo te pido eso.

—Me sorprendes, amigo. —Sacudió la cabeza—. Pero, por supuesto, por ti lo que sea.

FRAGMENTO DE UNA CARTA DEL ESCRITOR DON MIGUEL DE UNAMUNO AL
CIENTÍFICO DON SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

Dice usted que en el primer tomo de sus memorias escribió «los extravíos de una voluntad distraída y sobrado inclinada a los devaneos artístico-literarios». ¿Y está usted seguro, mi querido don Santiago, de que aquellos eran extravíos y de que su voluntad estaba distraída? «Es muy distraído — me decía una vez un maestro de escuela hablándome de un niño—, es un desatento; ¿lo ve usted? En vez de atender a lo que le digo se pone a seguir con la vista el vuelo de una mosca». «¿Y a eso lo llama usted ser distraído? —le dije—. Se distrae de lo que usted dice, pero no del vuelo de la mosca, que sigue muy atentamente. Y acaso ese vuelo sea más digno de atención que cuanto usted le está enseñando». Y esto le digo yo a usted, y es que aquellos extravíos de una voluntad distraída y aquellos que llama sus devaneos artístico-literarios fueron los vuelos de mosca que le libraron de lo que sus maestros querrían que usted hubiese atendido. A mí no me cabe duda de que fueron los que lo llevaron al arte de la ciencia —he visto que usted recuerda lo de Croce de que la ciencia es arte, y yo agrego que cuando es creación científica es bella arte, es poesía— y que no hubiera ido a él si hubiese atendido exclusivamente a lo que querían meterle en la cabeza sus maestros de ciencia hecha, de cadáver de ciencia, de texto de asignatura. No reniegue, pues, de aquellos devaneos. En nuestra pobre patria, sin verdadera tradición científica, en nuestra patria de autodidactas, de self-made-men, de

improvisadores y vislumbradores, aquí solo mediante devaneos se acaba por disciplinar la voluntad y orientarla hacia la producción científica o la filosófica. Y eso los que logren orientarla.

A partir del verano de 1880 los hermanos Silva asumieron la dirección de la fábrica que había sido de su padre y su abuelo. Fernando cedió a su amigo Agüera el laboratorio de la universidad de forma provisional, aunque sospechaba que nunca volvería a pisarlo. Llevaron sus cosas a los despachos de Tejidos Silva. Hicieron visitas de cortesía a los propietarios de industrias colindantes, como nuevos y buenos vecinos: a don Felipe Ruano, dueño de la industria de mineral alquitranado y bencinas y hermano de don Francisco Ruano, secretario del Ayuntamiento, al de la Papelera Madrileña, la Fábrica de Gas, los almacenes de la Alhóndiga y la estación de Las Pulgas. Todos fueron considerados y amables y aprovecharon para dar el pésame más sentido. Los hermanos Silva disimularon tan bien ante otros hombres de negocios —con el fin de ocultar el altercado que se había producido entre ellos después de la escapada con Elisa, y que trajo rumores insoportables para su madre— que nadie notó que ni siquiera se hablaban. Fernando estaba convencido de que algún día esto cambiaría, pero Ricardo pensaba lo contrario.

En la reunión con el testafarro, este se situó en el centro de la mesa, y cada uno de los hermanos a un extremo. Informó de que había una gran cantidad de dinero en una caja fuerte del banco, reservada para comprar nuevas plantas en Cuba, ya que tenían pensado ampliar en Madrid, pero no podían debido a diversas dificultades, la última y más grave, el tema de la demanda por contaminación del agua. Cuando terminó, Fernando le pidió que lo esperase en su despacho.

—Ricardo —dijo, y su eco resonó en la estancia, sin respuesta—, el

asunto de la ampliación era la bestia negra de padre. ¿Estamos de acuerdo en que queremos continuar con su proyecto de expansión? —Silencio—. Tenemos que afrontar este problema entre los dos.

—Sí.

—Bien, por lo menos me hablas.

—No soy ningún crío, hermano. Entiendo que hay que hablar de estos asuntos, solo te pido que no apeles a lo personal.

—Está bien. —Fernando se revolvió en su asiento, incómodo—. Tengo un plan. He estado estudiando formulaciones de los tintes que emplean en otros países, en Inglaterra y Holanda, por ejemplo, que llevan más años de alta industrialización. El caso es que creo que he encontrado la manera de utilizar menos del uno por ciento de plomo, que es el límite tóxico. Tengo que hacer algunas pruebas, pero si sale bien, podríamos presentar al Ministerio de Fomento un proyecto de ampliación en entornos de agua potable. Hay un concurso en septiembre antes de que se firmen los acuerdos presupuestarios. Tenemos que darnos prisa porque, si nos rechazan en este curso, luego tendríamos que esperar un año.

Ricardo asintió lacónicamente. Se levantó y se fue. Fernando suspiró. No se lo iba a poner fácil o, por lo menos, no agradable. Entró a ver al testafarro.

—Señor García, necesitaré un poder para sacar dinero de esa caja fuerte para pagar la multa a que nos condenó el juzgado.

—Como guste, señor Silva.

—Quedará suficiente para el plan de expansión. Y quisiera consultarle un asunto.

—Dígame.

—¿Es posible que impidamos que mi hermano menor pueda usar el fondo sin mi permiso? No me fío de él.

García no pareció inmutarse.

—Debido al reparto de acciones de la empresa que dejó testamentado su padre, usted, como hermano mayor y socio mayoritario, puede acorazar ese dinero si lo desea.

—Prepare la burocracia que necesite.

—No hay ningún problema, señor.

NOTA ANÓNIMA QUE RICARDO RECIBIÓ DE MANO DE UN GORRILLA, EN EL CÍRCULO, EL MARTES 21 DE JUNIO

Estimado señor Silva:

Tengo algo que le importa. Reúnase conmigo en el figón de refrescos y cervezas del paseo de Acacias, detrás de su propia fábrica. Lleve botas de montar porque tendrá que caminar un poco por el barro. Es un establecimiento para gente de una clase distinta a la suya. Pero si a usted no le interesa lo que tengo, a otros les interesará. Es el retrato de una dama joven, distinguida y valiosa. Espero que esté de acuerdo conmigo porque, si no, volverá a saber de este retrato por boca de otros.

Un don nadie

El señor don nadie no se expresaba mal para citarse con sus amigos en una chabola-figón. Además, tenía sentido del humor; le había aconsejado que se pusiera unas botas para caminar el entorno de su propia fábrica. Efectivamente, Ricardo había comprobado que le faltaba el retrato de Elisa. Se insultó a sí mismo por haber perdido el control en aquella timba, unos días atrás, con lo que despertó en el arroyo a las puertas de un local de juego clandestino en la calle Jardines, a las cuatro de la mañana, oliendo a orines, con los guantes en la cara y sin chaqueta. Le faltaba la cartera y con ella el retrato que tan caro había pagado. El objeto robado había hecho su viaje

serpentino de una mano a otra. Ahora alguien aparecía de entre el lumpen y reclamaba su recompensa. Se iba a llevar un buen disgusto cuando comprendiese que él no era hombre que pagara un real a chantajistas.

A pesar de saber que posiblemente se metería en una pelea y acabaría como en su última noche de juego o aún peor, había preferido la discreción e iba montado a caballo y solo, aunque armado con una pistola. De todas formas, de qué hubiera servido hacerse acompañar de alguien; en aquella casa de juego estuvieron sus amigos Lanzafuerte y Arahál, y ninguno de ellos usó su dinero ni su coche para llevarlo a casa, ni para defenderlo de la paliza.

—Cría cuervos... —farfulló—. Aunque es verdad que yo los he metido en muchos líos también.

Recordó que le debía cien duros a Pepito Arahál, de aquella noche. En su memoria parpadearon escenas confusas de una pelea con él, antes de despertar en la calle, en que se había negado a pagar. El calor de los días anteriores se había condensado y la llanura del este de la ciudad, con su cielo cada vez más turbio y recortado de chimeneas, olía a humedad. Vio unas lavanderas en el final de una lengua del cauce del Manzanares, que miraban al cielo y empezaban a recoger sus trapos. La hierba seca se dobló ante una ráfaga de aire caliente, que parecía dejar paso a la tormenta, se tejió entre las nubes un chispazo azul eléctrico, sin ruido. Ricardo no tenía prisa. Dejó al caballo pasear a su ritmo y refrescarse con las primeras gotas. Pensaba con melancolía que las últimas conversaciones con su padre habían sido las más banales de su vida, que le asustaba su enfermedad y estaba siempre deseando salir de la habitación cuando iba a visitarlo. Se vio a sí mismo pegado a la puerta mientras intentaba corresponder a la sonrisa de su padre, que se alegraba de verlo, casi con un pie fuera, queriendo huir.

Al contrario que Fernando, que primero pensaba y luego actuaba, él era hombre al que las emociones se le formaban y maduraban desde los actos. En su casa nunca habían comprendido esto. No entendían que después del impulso venía la reflexión. No tenían paciencia, y nunca habían llegado a ver cómo operaba en él la vida, cómo lo cambiaban las decisiones que tomaba, creían que era todo instinto. Solo Elisa había visto algo bueno en él, y se le había escapado como un pájaro. Ni siquiera sus amigos le eran leales. Los

primeros días tras la muerte de su padre había estado hundido hasta el cuello en bebida y ocio, por no pensar. Pero el pensamiento al fin llegaba, se iba construyendo al margen de la conciencia, y después del rayo, venía el trueno. La certeza del absurdo, la imposibilidad del cambio, la soledad inmensa en torno a cada ser y cada objeto. Decidió morir aquella tarde. Decidió que sería impertinente, rudo, que no pagaría y que se haría matar.

Entró en el local. Solo había tres personas, además del figonero. El único que estaba sentado solo lo llamó con la mano. Sobre la mesa había ya dos vasos sucios de aguardiente. Para darse valor, Ricardo tomó el vaso y lo apuró de un trago. La garganta escoció. El chantajista esbozó una sonrisa, rebuscó en sus bolsillos y puso sobre la mesa el retrato de su querida Elisa, muy cerca de su pecho, pero vuelto hacia los ojos de su interlocutor. Allí estaba el cuello suave, la barbilla redonda como una magdalena, la mueca suspicaz en el perfil de la boca. No sintió nada. Era como ver a una muerta. Eso quería.

—Hay dos familias interesadas en este retrato, según me han dicho —dijo tranquilamente el chantajista, que sorprendió a Ricardo con una voz de flautín y un tono cultivado—. Quien más me pague se quedará con él.

—¿Qué le ha pasado en la voz? ¿Se ha tragado un pollo? —dijo Ricardo, descansando los brazos sobre la mesa. El alcohol subía rápidamente a su cerebro.

—Vaya pensando una oferta, señor.

—Supongo que las dos familias de las que habla son los Torrealba y los Silva. —El otro no contestó—. Lleve esa porquería robada a los Torrealba, lo echarán de la casa de una patada en el culo.

—¿Y a los Silva?

—Esos son los míos.

—Por eso, precisamente.

—Por eso usted no tiene nada que hacer allí.

—Puede ser. Pero yo de los Torrealba tengo otra idea. Pienso que cuando sepan que ha estado usted escribiendo a la muchacha y que consiguió este retrato a través de su sirvienta, cuando ya se había beneficiado a la de su propia casa, y quién sabe si a más de una, lo acusarán de estar maniobrando

con todo lo más bonito y floreado que tienen.

Ricardo abrió mucho los ojos, no pudo evitar sorprenderse de que aquel hombre supiera tanto.

—Los Torrealba ya se han encargado de encerrar lo más bonito y floreado que tienen a cal y canto.

—Porque las quieren, las guardan.

—Las guardan porque no las quieren.

—Yo creo que el coronel considerará esto un asunto de honor. Si tiene huevos lo retará en duelo, si no, puede que lo denuncie a la Policía. El señor tiene una cara muy bonita para la cárcel.

Ricardo se estaba dando cuenta de algo que no podía creer. De pronto empezó a tomarse en serio la situación no tanto por el chantajista, sino por quien creía que estaba detrás. Fuera empezó a llover torrencialmente. El agua trotaba en el techo de tablas y pronto se formó una gotera.

—¿Cómo consiguió ese retrato?

—Lo importante es quién quiere que lo tenga ahora.

—No, lo importante es quién cojones se lo dio.

Los otros dos que tomaban algo en la mesa de al lado, y que habían estado en silencio mirando sus platos, cubiertos sus perfiles por la sombra de la gorra, levantaron la mirada y Ricardo comprendió inmediatamente que eran sus escoltas.

—Se está poniendo nervioso el señor, e impertinente, cuando lo único que tiene que hacer es aflojar el bolsillo. —Sus manos, que hasta entonces habían estado sobre sus rodillas, descansaron sobre la mesa. El perfil de Elisa quedó bajo la sombra de su mano izquierda, y entre los dedos de la derecha vio los destellos de un filo de navaja—. Si ha podido pagar a una sirvienta con una pulsera de diamantes, por qué no me paga a mí cien duros y en paz.

Ricardo se levantó como un resorte.

—Maldita sea, lo sabía, esto es cosa de ese rencoroso hijo de puta de Arahal. Como no tiene arrestos para reclamar sus cien duros, paga a un mierda y me lo manda con un cuchillo de pelar peras.

—¿Un qué ha dicho? —preguntó uno de los gorras de detrás.

—¡Un mierda! —Ricardo se levantó y fue señalándolos uno a uno—: Un

mierda, dos mierdas, tres mierdas.

Los tres mierdas se levantaron con tal impulso que las sillas cayeron al suelo. Cada uno de ellos era tres veces Ricardo. Por instinto se llevó la mano al revólver, pero no lo sacó. Salió fuera, y los mierdas lo siguieron. Uno de ellos lo empujó al barro, le golpeó la mandíbula. Al incorporarse, otro lo agarró del cuello de la camisa, lo levantó y lo golpeó de nuevo. El don nadie le dio una tímida patada.

—Qué tierno eres, cariño —dijo Ricardo.

Entonces lo pateó de verdad. Salió el figonero con una escopeta y empezó a pegar tiros al aire. Los tres matones, empapados, y Ricardo, desde su sopa de barro y moratones, lo miraron. De pronto a Ricardo le pareció que aquella no era forma de morir y sacó la pistola. Les apuntó a las caras, temblequeando.

—Está bien. Quiero mi retrato. Sois unos mierdas, pero pagaré. Veinticinco duros a cada uno y ni un real más.

Don nadie iba a abrir la boca, pero el figonero dirigió el cañón de su rifle hacia ellos.

—El resto de la negociación, lejos de mi establecimiento.

—Ya hablaremos —dijo don nadie—. Ahora tendrás que pagar el retrato y la ropa que nos hemos manchado.

Y se fue, cubriéndose la cabeza con la chaqueta raída. Los gorras lo siguieron. Ricardo se quedó un rato sentado en el barro, bajo la lluvia, con la pistola en la mano. El dueño del figón se apoyó en su rifle como un viejo en su bastón y se quedó mirándolo desde el tejadillo que lo cubría, con sorna. Lo señaló con la barbilla como preguntándole si no pensaba moverse. Él observó cómo las gotas dibujaban cercos en la tela y sobre el mango de marfil labrado de la pistola. Notó que le sangraba la nariz.

—Tú sí que eres un mierda —farfulló para sí—. Un triste, huérfano, miserable, alfeñique, ensopado, pusilánime y cabrón.

—Qué asco la vida, ¿eh? —le gritó el figonero.

—Un asco, sí. ¿Me invita a otro licor?

—No le invito, pero se lo pongo.

Y se resguardó en su local.

4

LA PRUDENCIA

DIARIO DE ELISA

Miércoles, 21 de julio de 1880

Recordaré siempre este verano como la cárcel o el infierno. No puedo asomarme a la ventana, abrir los periódicos o recibir correo. No dejo de pensar en los besos de Ricardo, en los que tuve y en los que me faltaron; me atormenta pensar qué estará haciendo y cómo se sentirá. Odio a mis tíos y me muero. Adolfina, gracias a Dios, no se ha enfadado conmigo ni ha dejado de hablarme, aunque tendría razones para ello. Su ruso, que hasta ahora no le había escrito, envió ayer invitaciones para la inauguración del Círculo de Bellas Artes. Mis tíos no la han dejado salir, ni siquiera con la condición de ir ellos. Malditos sean y malditos seamos todos en esta casa, ojalá durmiéramos cien años, como en el cuento. Durante las comidas solo se escuchan los pasos de la sirvienta y el tintineo de la vajilla. Nuestros tíos no se dignan a hablarnos, y nosotras no nos quejamos. ¿Qué tendríamos que decirnos? de todos modos. Por fin, cuando ya nos habíamos acostumbrado, de pronto un día mi tío empieza a hablar. Ayer mismo rompió su silencio, como el ruso. Deja la cuchara llena de crema en el aire, se queda pensativo, e inicia un discurso, como arrebatado por la inspiración. Dice cosas horribles de mi carta, de la nota que le dejé a la tía. Se nota que eso es lo que más les ha dolido, que les digan las verdades. Hipócritas.

¡Dijo que mi carta era *muy francesa*! No entiendo muy bien qué quiere decir, para su mentalidad arcaica tal vez *francés* significa «napoleónico». Dijo que hablaba demasiado de sentimientos maternos, mucho campo y

mucho amor, pero que el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones y que las clases sociales están para algo. Que está harto de ver gente pobre que podría medrar con un poco de esfuerzo, pero no lo hace porque son perezosos y viciosos. El que quiere ascender asciende, fíjate, me dijo, y yo no podía dejar de mirar su calva, su rostro engurruminado, sin cejas, con su barba como hierba pobre. «Fíjate en los del colmado Ultramar y la Villa de París, gente de pueblo que se ha convertido en clase media, fíjate en los Silva, que hace tres generaciones eran poco menos que carreteros, y que ahora andan por ahí pescando incautas», me dijo, se atrevió a decirme, rojo de súbito desde la calva hasta la nuez. Es muy fácil lloriquear por una criadita que se ha quedado preñada, pero eso pasa todos los días y por un motivo muy específico que tiene que ver con su propia voluntad, incluso cuando son forzadas..., etcétera. Aquí mi cuchara salió disparada. La había agarrado con tanta fuerza, de la rabia al escuchar la homilía, que la catapulté. Manchó primero el mantel, luego chocó con el pico de la mesa, que la hizo cambiar de trayectoria y salpicar mi vestido, el de mi tía y el de Adolfinia, y por último agravó la alfombra persa con un ahogado *chof*. Esto impacientó a mi tía y puso en marcha inmediatamente a tres sirvientas que sabían lo que significan para ella sus raídas y feas propiedades decorativas, pero mi tío aún tenía cuerda. El incidente de la cuchara solo sirvió para que tomara consciencia de nuevo de la suya y siguiera comiendo, pero entre bocado y bocado nos miraba a Adolfinia y a mí, con templada soberbia, y exponía su teoría genial de que, si lo que queríamos era ayudar a los pobres, podríamos trabajar ocho o diez horas al día ayudando a las monjas de la inclusa, y ya veréis, decía, y se reía por la nariz mientras tragaba, ya veréis qué bonito es trabajar por los pobres, pero sin campo ni bailes al aire libre, ni pajares. Al pronunciar esta palabra volvió a ponerse rojo como moco de pavo, y nos insultó dos veces, una a nuestros ojos, con su asqueroso aspecto, otra a nuestros oídos; en especial los míos (llamar *pajar*, con ese acento insano, a mi henil perfumado, al altar donde ardió la llama verdadera de mi amor).

Me levanté de la mesa y fui a mi cuarto. Nadie intentó impedírmelo. En cambio, cuando Adolfinia quiso venir detrás de mí, mis tíos le ordenaron tranquilamente que se sentara. Me di cuenta entonces, aunque ya había caído

en otros detalles. Mis tíos intentaban hacer entender a Adolfinia que recibiría una atención distinta si se apartaba de mí y hacía piña con ellos. No bastaba, por ejemplo, con el hecho de que la culpa de la escapada no hubiese sido suya, para que la dejaran ver a su pretendiente, o asistir a actos sociales, debía demostrarles que se alejaba de mi influencia, que me rechazaba. Era tan artero que intentaran apartarme de mi hermana, ahora que me habían aislado de todo lo demás. Lo peor es que sentí que una presión así acabaría por dominar a Adolfinia. A mí no habrían podido domesticarme de ese modo, por mi naturaleza me habría vuelto aún peor, más salvaje, aun inútilmente, pero Adolfinia es práctica y tiene menos energía; a la larga su amor fraternal no hará que la desperdicie enfrentándose a la única autoridad que puede liberarla. Esto fue ayer. Pasé la noche pensando en cómo escapar del nido de víboras. No pude dormir, sentía que el techo se me venía encima, el poco rato de cerrar los ojos tuve pesadillas, de las que despertaba ahogándome. Recuerdo que en uno de los sueños yo era la corza blanca de Bécquer, acosada por alanos de jauría. Veía aparecer a Ricardo montado a caballo, y ya estaba aliviada y feliz pensando que él conocía mi identidad e iba a salvarme, cuando me disparaba una flecha que me atravesaba la boca y la garganta.

Esta mañana estaba ojerosa, pero me peiné, me puse agua de colonia (poca, porque mi aya decía que «la mujer de bien, ni ha de oler mal ni ha de oler bien») y fui a ver a mi tía muy temprano, antes del desayuno. Yo sabía que ella se levantaba a las seis de la mañana y se iba a escribir cartas a su gabinete. La visité allí. Tenía un plan. Era arriesgado y tenía que mentir en un sentido que nos desprestigiaba a mi amado y a mí, pero si funcionaba me vería libre de lo que odiaba, y atada a lo que quería, de un plumazo.

Llamé a la puerta y fui invitada a entrar. Aunque la postura de la tía, con las piernas a un lado de la silla, las rodillas apuntando afuera, delataba que la había encontrado en un momento ocioso y se acababa de sentar, fingió estar muy ocupada escribiendo y no levantó la vista hacia mí ni siquiera cuando empecé a hablar.

«Querida tía, veo que está usted muy ocupada y no quiero entretenerla mucho tiempo, así que seré breve. Como ya se habrá imaginado, Ricardo hizo algo durante nuestro viaje que... me deshonoró».

Esperaba que en ese momento levantara la mirada, pero no lo hizo.

«Si acordamos un matrimonio con Ricardo Silva sería muy ventajoso para ustedes y muy feliz para mí. Salgo de casa y me llevo a mi hermana conmigo. Ustedes se libran por fin de nuestra tutoría. Podría incluso pasarles una asignación a costa de mi nuevo y rico marido, a cuenta de los sacrificios y sufrimientos que han tenido que pasar por mí».

Ahora sí, la tía me prestó atención, escrutó mi cara. Por un segundo sus mejillas sin carne temblaron como si en su cuerpo se anunciase un terremoto. Después ofreció una sonrisa de Gioconda, se puso en pie, se dio la vuelta, con las manos en la espalda, se paseó por la habitación, estaba preparando una respuesta. Tal vez estaba valorando cuánto podía pedir... Anduvo junto al piano, cuyas teclas estaban tapadas por un ganchillo de hilo blanco y verde, de preciosa filigrana. Pasó sus dedos sobre el ganchillo, el ganchillo que cubría las teclas, y no tocó nada, solo pasó su mano, planeando como un halcón, y en ese movimiento estaba su miedo a la música, a la risa, al ruido y al tacto. En ese gesto pude haber predicho cuál sería su respuesta mucho mejor que en todas las conductas anteriores que no supe leer. Me miró por encima del hombro, después se dio la vuelta y de nuevo me enfrentó.

«Querida sobrina. Crees que no te presto atención a lo que dices, que no entiendo cómo eres, pero lo sé muy bien. Yo lo he visto todo ya en esta vida. Recuerdo con viveza cada una de las palabras de la nota que nos dejaste cuando te escapaste con ese granuja. Esa carta me hizo mucho daño. Tú querías dártelas de buena persona, de caritativa, te pusiste por encima de nosotros, y había un profundo desprecio en tus palabras. Ya te dijo tu tío lo que opinaba de eso».

«Mi tío se equivocaba. Yo no les desprecio y nunca he mostrado...», intenté decirlo con frialdad, pero la vehemencia quebró mi voz.

«Cállate. Escucha. Ya sé que piensas que lo que más nos duele es que nos digas las verdades».

Supe que había estado leyendo este diario.

«Había desprecio, sí, un desprecio soterrado, malicioso y pueril, en tu carta. Tengo buena memoria».

Será cosa de familia.

«Dijiste: *Quienes opinan eso son presa de supersticiones medievales y están equivocados*. Lo escribiste deprisa y quisiste tacharlo, pero pude leerlo. Te referías a quienes creen en los lazos de sangre por encima de todo, te referías a gente como nosotros. Tu tío y yo. Sí, tu tío y yo, que tanto hemos sufrido y que tanto nos hemos preocupado por vosotras, algo que al parecer mueve a risa y tiene precio. Nosotros jamás cederíamos a una proposición vergonzosa y repugnante como la que me estás haciendo».

Di un paso atrás, entonces. Tenía ganas de esconderme en algún sitio y llorar, como una niña pequeña.

«Eres una soberbia, te crees que lo sabes todo. Medievales. Tú me ofreces venderte a un señor, a un niño mimado, tonto y vicioso, por dinero. Me dices que te ha deshonrado ya y que la solución es que te case con él. *Tú* eres medieval. Y lo que yo te contesto es que por encima de mi cadáver y aún más allá. Me encargaré de que Ricardo Silva sea el último hombre de la tierra con quien te cases y siquiera tengas relación. ¿Me entiendes? Te relacionarás con Fernando Silva y Catalina Hinojosa cuando se casen, y si ellos deciden honrarte con su visita, cosa que dudo mucho. Y lo que hayas hecho con... ese lo llevarás sobre tu conciencia como puedas. Del resto de esa familia no hay nada para ti. Se acabó la conversación».

Salí corriendo del gabinete cubriéndome con la manga las lágrimas que todavía no habían brotado. Odiaba a aquella vieja y no quería que viese nada íntimo de mí. Me encerré en la habitación. Algunas de las cosas que había dicho eran ciertas y eso me hacía odiarla aún más. Sí, había sido hipócrita. Tenía que cambiar, pero no en el sentido que decía mi tía. En otro. Adolfina entró en el cuarto y me abrazó.

«¿La tía te ha regañado? ¿No lloras?».

Me abrazó otra vez, más fuerte.

«No. ¡No y no! Nos vamos».

Yo resoplaba como una yegua. Me retorció las manos. En ese momento la ira me esclavizaba.

«¿Nos vamos?, ¿a dónde?».

«A la calle, por ahí».

Adolfina me tocó la frente.

«Elisa, me das miedo».

«Si sigo aquí me moriré, Adolfina. Vámonos. Necesito ver a Ricardo, necesito verle y hablar con él».

«¡Ah, no! Eso no, eso es lo último que haremos. Yo también tengo muchas ganas de ver a Gorobek. Imagínate, el viernes vuelve a Kiev».

Pegó un palmetazo de rabia contra el colchón que me hizo botar. Me gustó que algo en ella se rebelase y sentí compasión también.

«Si les pides a los tíos...».

Adolfina negó con la cabeza.

«Es inútil. Aunque pudiera ir, es demasiado precipitado. Gorobek no va a hacer una proposición de matrimonio así... porque sí...».

Tomé sus manos y le di un beso en la mejilla.

«Avisa a tu camarera la cotilla, nos vamos a la inauguración del Círculo de Bellas Artes, nos haremos pasar por mujeres de mundo».

«¡Tú estás loca!».

«La llevaremos de acompañante, no iremos solas. Nos pondremos colorete».

«Y pelucas, ¿no?».

«Pelucas también. Alquilarémos unos vestidos como aquellos de las actrices que coqueteaban con el autor de teatro en la fiesta de compromiso de Cati. Fingiremos que todo nos da igual, que somos románticas, bohemias, nihilistas, funámbulas».

Aquí me pudo la risa.

«Pero qué dices, Elisa, madre mía. ¿Y si la cotilla dice algo?».

Fruncí los labios.

«Si no quiere acabar en la calle, cerrará la boca».

«No, Elisa. Yo no voy. —Me dejó estupefacta, no se daba cuenta ni por asomo de que estaba bromeando, de que solo quería que riésemos—. Ya fui contigo la otra vez y salió muy mal». Sacudió la cabeza, estaba muy triste. La tía había estado hablándole de mí, robándomela. La habían secuestrado a ese lugar donde todo iba en serio. «No».

Por luchar contra la pena y la realidad, o por obcecación, insistí en la broma que no existía, puesto que nadie reía con ella.

«Ya verás, si vamos, mañana llega un mensajero con una propuesta de Gorobek, ya verás».

«No escuchas, Elisa. He dicho que no».

Salió.

He estado tirada en la cama, en las diferentes posturas de la desgana, con el cuerpo cruzado sobre el colchón, bocabajo, barriendo la alfombra al pie de la cama con los bucles, sentada sobre los cojines acariciando arriba y abajo las borlas del dosel, tumbada con la barbilla en el hueco de mis dos manos unidas.

Algo ha ocurrido dentro de mí en estas horas. He comprendido en qué me había equivocado unos minutos antes, y anoche, cuando planifiqué la negociación fallida con la *coronela*. Vi las cosas como quería que fueran, como yo querría ser. Quise ver a mi tía como una comerciante, como una *madame* que lo que buscaba obtener era un beneficio material, porque su materialismo me hubiese convenido más que su cariño. No pude calcular la monstruosidad de su amor, de su recato, de su negra decencia. Ahora sé que desconozco la naturaleza humana, y en el caso de mi tía no supe comprender que, si hubiera sido de esas a las que se compra con una asignación, no sería una antigua noble venida a menos, sería uno de esos seres industrioses y felices de los que hablaba el tío; una Carolina, un Germán, una Silva, quizá incluso una solterona con carrera y ahorros, pero sus más arraigados instintos y talentos la llevaban hacia la sujeción moral y la impavidez. Me pregunté por las dimensiones de mi ignorancia. Si habría malinterpretado también a Ricardo, a Fernando, a Cati, incluso a mi propia hermana. De pronto el mundo me pareció un lugar hostil lleno de desconocidos, no podía fiarme siquiera de mí misma, de mis ojos, mis oídos y mi prodigiosa memoria. Podía estar equivocada hasta en lo más simple. Tal vez la vida no consiste en perseguir la felicidad, sino en obtener lo posible de cada situación y de cada persona. Este pensamiento, la sola idea de que el mundo pueda consistir en eso es como ceniza en mi boca. El Miércoles de Ceniza, desde que somos niñas, vamos a comulgar y el sacerdote nos pone un pegote de ceniza en la frente. La charla de mi tía ha tenido en mí el mismo efecto. No creo en sus palabras, pero a fuerza de fingir que escucho y obedezco ya no sé hacer otra

cosa. Todas las niñas del colegio pasábamos el día con la ceniza en la frente, si alguien se la limpiaba con la manga de la chaqueta, o se atrevía a soplar el flequillo haciendo que la ceniza se elevase y despejase su frente, las demás abríamos la boca y la tapábamos, inflábamos dramáticamente las mejillas y la señalábamos. Pecado, decíamos. Aunque ningún adulto nos había indicado tal cosa. Pecado. Quitárselo es pecado, olvidar que eso es todo es pecado. Puede que sea ya hora de comprender que así es, que eso es todo.

Necesito salir de esta casa.

CARTA DE BALTASAR QUESADA, CONDE FOSCO, PRIMO DE LA TÍA TORREALBA,
ESCRITA EN ALTAMAR Y RECIBIDA EL VIERNES, 23 DE JULIO

Querida prima:

Al sentarme a escribir esta carta en mi pequeño camarote, camino de Huelva, ya con ganas de reencontrarme con mi familia, me doy cuenta de cuánto tiempo hace que no nos escribíamos. Me han venido a la mente los días de verano en la finca, cuando nos subíamos a los albaricoques del vecino para mordisquear uno y otro hasta que salía de su casa para amenazarnos con un palo. Qué lejos están aquellos días. Aquí duelen los huesos por la variedad de escorzos con que el cuerpo ha de acostumbrarse a la estrechez del espacio, huele a humedad, las tablas crujen, algunas noches el ambiente es caluroso y agobiante y es difícil dormir, deseo pisar tierra firme. Sin embargo, estoy eufórico, aliviado y contento como nunca en mi vida. He hecho un pacto con el cielo y me ha escuchado.

Antes de aclararte a qué me refiero déjame convencerte de que no ha sido por falta de devoción a mi familia si no he escrito en tantos años, excepto esas apresuradas postales de Navidad, y que no necesito ninguna excusa para hacerlo ahora. Mi vida ha sido poco más que trabajar y resolver un farragoso problema tras otro, a veces en cuestiones prácticas, a veces burocráticas, para mantener en pie y por encima de la competencia mi pequeña industria azucarera. Solo tuve dos consuelos en mi vida, los pájaros y la condesa Fosco, que me dio nombre, fortuna y por encima de todo amor,

breve y frágil, como fue su vida, pero asimismo intenso y sin par. No hablo del consuelo de Dios porque ella era ni más ni menos que una encarnación de la misma divinidad, y no me importa exagerar porque aún tengo ante mí la imagen de su cuerpo de veinte años, escuálido y agotado pero valiente, luchando contra las fiebres que la mataron, sin perder nunca del todo la serenidad de su rostro ni la dulzura de su carácter. Ella era una de esas criaturas que se hacen adorables primero por su fragilidad y después, cuando esta fascinación termina, siguen conquistándonos por su resistencia. Esta forma de ser conquistado es, como diría yo, perfectamente absurda, y utilizo el adverbio en el mejor de los sentidos, el de la perfección conseguida por el equilibrio y no por una combinación de extremos.

Disculpa, querida prima, que me desahogue contigo, pero no tengo familiares cercanos ni amigos sobre cuyo hombro llorar. Soy de carácter apasionado y si digo que solo adoré y adoro dos cosas en el mundo, tres si incluyo los sentimientos de pertenencia a mi patria y mi familia, es así, no hay otra cosa más, a ello dediqué mi vida y una de estas dos cosas la he perdido. Me siento cojo, o mejor estaría decir sin alas. Mi querida condesa era un jilguero, pueden sufrir las temperaturas altas de una llanura y, sin embargo, de pronto un día enferman y mueren de sed sin saber por qué. Ahora ella no vuela; yo no vuelo.

Creo que antes de continuar debería explicarte que mi atracción por el mundo de las aves y el gran conocimiento autodidacta que sobre ellas he adquirido me llevan a intentar comparar cada carácter nuevo a que la vida me expone con una especie de pájaro. En cada persona encuentro características que podrían definirla como a un ave concreta. Por ejemplo, cuando subí a este barco por la escalerilla, resbaladiza de brea, y di mi billete al revisor, la mujer que se quedaba en tierra y se despedía con la mano de él, cargando un bebé en sus brazos, era sin ninguna duda una gaviota, por su mirada atenta pero nerviosa y su nariz ganchuda, junto a su pequeño despeluchado, recién salido del huevo. Después, en cubierta, mientras miraba el puerto que se alejaba, estaba deliciosamente atrapado entre dos: una ninfa (esta es una especie de cotorra blanca y amarilla con cresta que tal vez tú no conozcas, prima, por tratarse de una especie

tropical), que reproducía en su risa juguetona esos gorjeos de la voz de las cotorritas, y llevaba un sombrero que recordaba su cresta cuando algo las sorprende y se despliega. En su actitud exigente hacia su prometido que la acompañaba y su mirada desdeñosa, pero llena de vanidad, descubrí también ese punto de mal carácter que ostenta este tipo de pájaro, que en un momento está abriendo su pico para decir alguna gracia (pues pueden aprender a hablar) y al minuto siguiente desea morder y sacude su cabecita con mala uva. Mala uva. Esa es una expresión que llevo tiempo sin oír, aquí no se usa. Al hablar contigo vuelve a mí. Es curioso cómo funciona la memoria. Bien, al otro lado tenía una pechugona y cálida avutarda, de ojos grises como su plumaje y pieles del mismo color, que rodeaban su cuello, que pestañeaba con candor.

Como verás, tengo esa facilidad de caballero antiguo para pensar y formular galanterías sobre las mujeres, que en mi caso adoptan la forma ahuecada y suave del plumón. No es que sea infiel al recuerdo de mi esposa, se trata solo de un gusto estético, como el del arte, que, como sabes, cuanto más se ejercita, más se diversifica y se desarrolla. Todo esto me trae al asunto primero que quería contarte, cuando te dije que había rogado al cielo y el cielo había contestado. Hace dos días tuvimos una horrible tormenta en medio del mar, el barco giraba sobre sí mismo como un perro buscándose la cola, por todas partes entraba viento frío y agua, cada agujero goteaba. Después del pánico inicial algunos pasajeros fueron sabiendo más y transmitiendo la información, que llegaba tarde y convertida en rumores. Parece que el barco, en los primeros vuelcos de la tormenta, había chocado con algo, tal vez con otro barco hundido, o un islote rocoso, el caso es que había un agujero en el casco y, además de rodar en el ojo del viento, nos hundíamos. Todo se agitaba de tal manera que era imposible quedarse quieto en ninguna parte, es muy difícil describir lo que es un barco dentro de un huracán. Uno intenta apoyar los pies o agarrarse con las manos a alguna parte, permanecer tumbado, acurrucado en algún rincón a donde no lleguen las sacudidas, pero no se puede, es agotador, y aunque dure horas el movimiento y la frustración de no poder usar el cuerpo para detenerlo, uno no puede dejar de intentarlo, como si estuviese loco. Los miembros no

obedecen a tu deseo de resignarte, porque cada segundo un nuevo objeto que se acerca empujado por la inercia, o un giro del barco, hace que se despierten movimientos instintivos para aferrarte a algo o cubrirte; es agotador. Pero aún en el desfallecimiento y casi en el desmayo, uno no puede estar quieto, no es dueño de su cuerpo ni de su mente, ni, perdona que emplee esta palabra, prima, de sus esfínteres y sus vómitos.

El caso es que llegué a uno de esos puntos de extremo cansancio que son casi antesala de la muerte y donde la mente no funciona del mismo modo que en la normalidad y el confort. Pensé en todas las bellas aves que habían alborotado mi corazón; por encima de todos sus colores, como un ángel, mi jilguero. Las veía así, como pajaritos, y las recordé a cada una, como si Dios estuviera dándome un memorándum último de la felicidad. Entonces comprendí, o me pareció comprender, que yo debía hacer con alguna de esas bellas criaturas lo que la condesa Fosco hizo conmigo: amarme, darme la vida y la seguridad suficiente para superar mis limitaciones pecuniarias y personales y convertirme con los años en un hombre rico y poderoso, teniendo además lo más difícil de encontrar en el mundo, la lealtad. Entonces hice una promesa; entre vuelcos, cosas que caían y golpeaban a mi alrededor y gotas de agua espumosa y salada que salpicaban mi boca y mi espalda, intenté concentrarme, juntar las manos y rezar. Dije, o pensé:

«Padre celestial, permíteme salir con vida de esta, y a la primera mujer que vea y crea que lo merece, la primera mujer adecuada que encuentre al llegar a España, le pediré matrimonio y le daré la mitad de mi fortuna, no morganáticamente, sino en pleno uso desde el momento en que se la otorgue. Quiero librar de toda clase de calamidades y preocupaciones a otro ser, solo por el brillo de su físico o de su personalidad, como ese ángel hizo conmigo».

Entonces, solo entonces, me resigné a morir. Mis miembros y sentidos me abandonaron. Me desvanecí. Cuando desperté, todo estaba tranquilo. La tripulación y también algunos pasajeros, incluso algunas mujeres aguerridas, con las faldas y los pololos remangados, despreocupadas de enseñar sus deliciosos tobillos de flamenco en medio del alivio de la resurrección, ayudaban a achicar el agua. Pregunté y me dijeron que

estábamos a salvo. Nada más salir de la tormenta y ya con la popa casi completamente hundida, un carbonero inglés nos había remolcado hasta un puerto de aprovisionamiento.

En ese momento terminó mi preocupación por la supervivencia, pero se intercambió por la inquietud acerca del pacto sagrado al que acababa de sujetarme. Te recordé, querida prima, y pensé que el impulso de coraje y fe necesita ahora el complemento del sentido común. No hay otro rostro que se evoque en mi mente como más justo a este concepto que el adornado por tus regios pómulos de garza real. Sin romper mi promesa, cosa que jamás haré, la matizo: no me casaré con ninguna mujer española, por mucho que mis sentidos o mi vocación ornitológica me empujen hacia ella, antes de obtener tu consejo, incluso tu permiso.

Mañana atracaremos en Huelva. Llegaré a Madrid el viernes y hablaremos de estos asuntos y de muchos otros, después de un largo abrazo que te transmita la cercanía que todos estos años he sentido hacia ti en mi corazón, a pesar de la distancia. Eres lo más preciado y maternal que tengo en el mundo.

*Un abrazo de tu devoto primo,
Baltasar Quesada, conde Fosco*

La señora Torrealba leyó la carta de su primo en voz alta y muy lentamente a su marido, sentados uno frente al otro en sus sillones de leer; azul el de la *coronela*, verde el del coronel, y que hacía ya tiempo que no eran testigos de ese ejercicio de lectura matrimonial, en que cada uno de los miembros de la pareja escogía lo más relevante de su lectura y lo ofrecía al otro, como un delicioso sorbo de algo distinto de lo que él estaba degustando. La señora Torrealba hasta recuperó un gesto que su marido echaba de menos; este era alzar los ojos, por un tiempo breve calculado para no tener que detener la lectura, y esta alzada de sus pupilas verde oscuro era precedida y anunciada por un amplio alzamiento de las cejas. Todo ello solía subrayar pasajes interesantes. A lo largo de aquella lectura en concreto, el coronel había reído en más de una ocasión en respuesta a la reacción orbicular de su esposa por los comentarios enloquecidos del conde. Le gustaba recuperar ese

momento, y le producía una dulce melancolía recordar que en aquellos instantes de lectura sentía cierta cercanía sentimental con su mujer que no se repetía ni siquiera en la intimidad del lecho, lo cual, tenía que reconocerse, no era difícil.

—Este hombre está absolutamente loco —dijo la *coronela* al final.

—Bueno... —contestó el tío Torrealba, que estaba de acuerdo, pero tenía la costumbre de no describir a nadie con atributos exagerados, para bien o para mal.

—Está aún más loco que cuando joven. Yo creía que era la condesa, con sus caprichos, sus alucinaciones religiosas, se creía una iluminada... Creía que era una niña santa y que moriría pronto, y murió, vaya si murió, si apenas comía... Pero ahora veo que la eligió porque estaba tan loca como él, y ahora está buscando a otra pobre loca.

Se persignó. Agachó la cabeza y se presionó el entrecejo con los dedos.

—¿Tienes jaqueca?

—Estaba pensando que esto nos pone en la obligación de presentarle a las niñas.

—Sí... —El coronel alzó el labio inferior y se quedó pensativo—. Tal vez no sea tan malo. Si a Elisa le gustan esa clase de vagabundos morales, por qué no ha de gustarle un loco, pero más maduro y con recursos.

—Tienes razón —dijo la tía Torrealba sonriendo condescendiente—. Antes habría dudado que fuera de su agrado, pero ya no sé qué pensar. ¿Sabes que ayer Elisa recibió correspondencia de Fernando Silva? —Se cruzó de brazos, suspiró y miró al techo—. Qué estará tramando ahora.

—¿Fernando? Es un buen chico...

—Desde luego que es un buen chico, zopenco —replicó en tono extrañamente divertido—. Me refiero a ella.

—Qué va a estar tramando *ella*. No te entiendo, querida. Por mucho poder de atracción que Elisa tenga sobre Ricardo y aun sobre Fernando Silva, cómo va a forzar que uno de los dos le escriba una carta, además para qué. Tal vez Fernando ha querido enviar personalmente a Elisa las invitaciones a su boda.

La *coronela* torció el gesto.

—¿Y no las dirige a las dos hermanas, o a toda la familia? No. Además, miré la carta al trasluz y no eran invitaciones, era una cuartilla de papel escrita.

—¿La abriste?

—No, no, no... —dijo la *coronela* espantada—. Los criados lo cuentan todo. Si los Silva llegaran a enterarse de que leo el correo y los diarios de Elisa, qué pensarían de mí...

—¿Los diarios? —repitió el coronel.

La *coronela* carraspeó y salió de la habitación. Junto a la puerta se detuvo un momento a observar una manchita marrón en las cortinas; pero resultó ser una polilla que, a la proximidad de su nariz, voló.

CARTA DE MIGUEL AGÜERA A FERNANDO SILVA

Miércoles, 21 de julio

Querido amigo mío:

Pronto intentaré calmar la ansiedad respecto a tu prometida refiriéndome a tus dudas. Pero antes he de confesar que me encuentro en un doble aprieto. Por una parte, ocurre que el desenlace de la escena que voy a describirte cambiaría por completo tu visión de ella si volvieras a leer desde el principio después de haber acabado, no sé si me explico. Por otra parte, si revelo esta conclusión, con el fin de que tengas desde el primer momento la predisposición adecuada, no correspondo como amigo al favor que me hiciste de elaborar un diagnóstico, puesto que este podría terminar por parecerte irrelevante. En fin. Tras unos minutos con la pluma en el aire (por cierto, estreno estilográfica. Vi una en el departamento de cirugía nerviosa y he querido adquirir la mía propia, es un artilugio excepcional) he decidido servir con prioridad a mi deber de amigo fiel y ofrecerte una versión lo más racional posible de mi encuentro con Catalina.

Lo primero que llamó mi atención fue el contraste entre todos los formalismos que exigió la cita con Catalina y su actitud durante ella. Te recuerdo que tardamos dos semanas en preparar el encuentro, porque, siguiendo tus consejos y las normas sociales, cursé notificación por escrito al padre previamente y, una vez dado este su consentimiento, a la misma novia, respondiendo a un permiso que tú solicitaste a ambos. Parecía que buscábamos audiencia con el presidente o con un marajá. Pero llegué, por

cierto, fui citado a una hora rara, las doce del mediodía, que no es ni hora de almuerzo ni hora de merienda, lo cual me pareció (te hablo en confianza) un truco de tacaño para no tener que darme de comer, y que ya era contradictorio con la grandeza que aparentaba la casa y las precauciones para ser recibido en ella. Una criada demasiado mayor para recibir, me parece, pues la gente rica, si no es de mayordomo, suele poner a abrir la puerta a una criada guapa, porque siempre es bien recibido encontrarse con una cara bonita nada más entrar en un sitio, y joven, porque el trajín de abrir y cerrar y las corrientes es más soportable que para una vieja, y las amas de llaves suelen tener más categoría y estar muy ocupadas para encargarse de eso. El caso es que la señora mayor, algo encorvada, pero muy rápida, me condujo por el inmenso recibidor y un corredor pegado a una hilera de ventanas con vidriera (yo, que soy observador, iba fijándome en los detalles de la casa, los cuadros, los floreros, el dibujo y la calidad de las alfombras, y ella volaba delante de mí de tal modo que a veces temí haberla perdido). Todo el tramo que recorrimos estaba en silencio y no vi más criados. De pasada, a través de una puerta entornada, reconocí un despacho que debía de pertenecer al señor Hinojosa, pero que estaba vacío. Imaginé que estaría esperando con Catalina. Se respiraba silencio y soledad. Hasta se producía un sutil eco, como si la falta de vida en la casa imitase un espacio diáfano. Percibí notas de desorden, cosas sin importancia: el piano abierto, con la banqueta separada del instrumento y unas partituras sueltas sobre la mesa, en peligro de volar con la brisa que entraba de alguna ventana abierta; un abrigo colgado con descuido en el respaldo de una silla.

Catalina me recibió dándome la mano como un caballero, y para invitarme a entrar en el saloncito me empujó suavemente. Vestía un traje de tarde muy elegante, rojo, y no sé por qué llevaba guantes. Nunca había visto que una señorita llevase guantes en casa, como no fuera en una recepción especial. Su padre no estaba y Catalina me informó con una sonrisa de que no lo esperábamos. No le di importancia, aunque me sorprendió mucho que no dejara abierta la puerta, como suele hacer una señorita soltera que va a quedarse a solas con un caballero y que no está acompañada de otro. Me sorprendió tanto que me quedé de pie y tal vez boquiabierto mientras ella

cerraba la puerta y me invitaba a sentarme. «Veo que ya ha escogido usted su rincón», me dijo, al ver que me quedaba, como ya te he dicho, un poco pasmado. Reí y me senté. Entonces ella, rompiendo de nuevo una norma implícita de comportamiento, vino a sentarse justo en el mismo sofá que yo, y no enfrente como hubiera sido de esperar. Después empezamos a hablar, me dijo que le resultaba imposible adivinar por qué estaba allí, pero que siendo un amigo tan querido de su prometido no tenía ninguna duda de que sería algo importante. Hablamos de generalidades, de los estudios, de los preparativos de la capitulación matrimonial, a la que dijo que llevaría el traje que lucía y sus joyas de niña, como si se despidiera de su infancia, costumbre que yo alabé, todo muy correcto, pero su voz añorada a propósito, su forma de fruncir los labios cuando se quedaba escuchando, la sucesión de caída y alzada de ojos a cada porción insignificante de información que yo le daba, el modo de inclinarse hacia mí cuando hablaba, querido amigo, permíteme que diga con toda la delicadeza y el respeto, no me pareció correcta hacia ti. Desde luego yo querría una prometida más recatada. Por fin me dijo que había estado intentando adivinar por qué la visitaba; volvió a emplear el verbo adivinar, en lugar de preguntar sencillamente por qué estaba allí. Empezó un jueguito con eso, o por lo menos parecía divertirse. Me dijo que lo único que se le ocurría es que alguna mujer, tal vez una de sus amigas solteras, hubiese flechado mi corazón, y que quisiera que me la presentara antes que la formalización de su compromiso impidiera cualquier contacto social. He de decir que el modo en que pronunció la palabra contacto de verdad produjo en mí la experiencia de ser tocado, y me hizo reflexionar sobre la relación entre una serie de fonemas arbitrarios emitidos cerca de un oído, bastante cerca de un oído, en este caso, y una sensación física que yo no diría evocada, sino más bien experimentada, sí, experimentada en toda su verdad anterior y posterior de mi cuerpo. No supe qué decir entonces.

Mi plan había sido explicarle que estabas preocupado por el efecto de tantos días dedicada al cuidado de tu padre, que el sacrificio hubiera podido afectarte en el sentido de enfriar sus sentimientos por ti o el disfrute de la vida, en general. Esta era una excusa que antes de salir de casa me había

parecido perfecta, y la había ensayado, hablándole a una silla solitaria en medio de mi habitación. Pero no sé por qué en el momento me pareció más oportuno asentir, o tal vez no tuve más remedio, parecía tan convencida de lo que decía que casi yo mismo me lo creí e inadvertidamente caí en la farsa. Le dije que sí, que me interesaba cierta señorita, que quería conocerla mejor y al cabo de unas semanas sería imposible hacerlo. Ella sonrió satisfecha. Comprendí entonces que había hecho bien en seguirle la corriente, ya que nada hace hablar a una mujer, en mi modesta opinión, tanto como darle la impresión de que está haciendo hablar a otro. Mi sensación de éxito se debe a que inmediatamente después de haberle «confesado» esos supuestos sentimientos míos hacia una hipotética amiga suya, ella empezó a hablar de ti. Aquí es donde me parece que está el meollo de todo. Dijo que tenía algo muy íntimo que contarme de vuestras relaciones e interrumpió una protesta mía, en favor del pudor, para rogarme que en este caso tuviera más en cuenta su necesidad de expresarse con alguien que la comprendiera y que pudiese también entender y querer a Fernando y velar por sus intereses, y que no le fallara en ese momento tan delicado, ya que al mismo tiempo le hacía un favor a un amigo. Me decidí por sus intereses, pues como ella había expuesto muy elocuentemente, coincidían con los tuyos hasta en lo que ella no sospechaba, y le pedí que continuara. Me dijo que sabía que amabas a otra, que lo había comprendido analizando tu conducta y tus palabras en todas aquellas horas de reflexión junto a la cabecera de tu padre. Me dijo también que otras experiencias que había tenido durante esos días la habían hecho reflexionar sobre la fugacidad de la vida, nuestra insignificancia y lo caprichoso de los límites y castigos que nos imponemos, sobre lo distintas que se ven las cosas desde otros ojos puestos, por decirlo así, al otro lado de la calle, desde el ángulo de otra ventana, y cómo, en fin, no se sentía con derecho a culparte por responder a un instinto tan fuerte como la pasión amorosa, cuando ella también habría deseado sentirla. Había estado mirando a otro lugar, pero al decir estas últimas palabras me clavó sus ojos negros, y la verdad, Fernando, me pareció que se refería a ti, creo que me estaba dando a entender que ella tampoco había sentido por ti esa pasión que ella cree que tú has sentido por otra.

Mi primera observación no me permite deducir si estas palabras, aun pronunciadas con tanta claridad y decisión, son fruto de una verdadera meditación y se ha resuelto a ser totalmente honesta antes de que os caséis, y en este caso yo, como amigo, te aconsejaría con toda el alma que no te casases con ella, o si son fruto del despecho y su tenebroso cerebro femenino está tramando un desquite, servido en frío o en caliente; en este caso mi consejo sería, con todo el corazón, que no te casaras tampoco. Desde un punto de vista teórico, yo diría que te ha estado investigando y ha tenido al mismo tiempo la infelicidad y el consuelo de encontrar la verdad. Esto no implica que tú, ciertamente, ames a otra, sino que no la amas a ella como ella quiere. Creo que Catalina ha madurado antes de tiempo y ha caído en el egoísmo y la decadencia moral. Está atrapada en la satisfacción de descubrir lo que con tanto celo otros le habían escatimado por su bien, porque ya que no puede regresar a su ingenuidad anterior, lo único bueno que tiene su conciencia actual es ese triunfo sobre la conciencia de otros. De modo que creo que va a atrincherarse en este triunfo y a repetir la experiencia tantas veces como pueda; en resumen, creo que tu mujer ha adquirido la manía de descubrir cosas humillantes y horribles, pero que solo ella sabe. Este talento para la indagatoria me parece nefasto en una esposa, por atractiva y fascinante que pueda ser esa combinación de recato de mujer bien educada y deseo de experimentar pasiones callejeras.

Balbuocé algunas fórmulas de despedida y me dirigí hacia la puerta, pero ella se interpuso. Los ojos le brillaban. Me dijo que no se casará contigo, que no lo hará de ningún modo, y que si habían de creerla loca por eso se sometería al examen médico que fuera preciso.

Este es el final que podría haberte ahorrado el principio, ya que tal vez no hablamos de tu prometida, una vez hayas leído detenidamente esta carta y la conducta de mi primera paciente. Quisiera consolarte, si es que esto te produce alguna angustia, de la misma manera en que creo que se consuela tu prometida, o no prometida. Ahora eres más infeliz, pero más sabio, y estás advertido sobre los brazos neurasténicos en que ibas a ser atrapado ad aeternum. En cuanto a un diagnóstico más exhaustivo, voy a necesitar repetir regularmente mis visitas a casa de los Hinojosa, con tu permiso, que te

*ruego, y con el de la interesada, que ya me ha sido dado.
Tu devoto amigo,*

Miguel Agüera

CARTA DE ELISA TORREALBA A RICARDO SILVA

Sábado, 31 de julio

Amado Ricardo:

No me he atrevido a escribirte antes por el estado tan estricto de encierro en que nos encontramos mi hermana y yo. Temía que una nueva transgresión de las normas de mi tía, y desgraciadamente parece que coinciden con las del mundo, pudiera hacerla tomar medidas demenciales como meterme en un convento u obligarme a contraer matrimonio en contra de mi voluntad. A partir de hoy ya no hay reparos que me impidan escribirte, pues mi pesadilla se ha hecho realidad. Un primo indiano de mi tía es el elegido de mi corazón. Entenderás mi ironía, tú, que compartías conmigo el sarcasmo sobre esos personajes graciosos de Madrid, que ahora consideraría mucho más afortunados que yo y de los que pocas ganas tengo de reírme. No obstante, apreciarías el carácter de mi prometido como objeto de mofa si pudiéramos volver a aquellos días felices; si estuviéramos hablando de cerca, paseando bajo un parasol, o siquiera a la luz de la luna a través de una reja. Esto también es gracioso. Una de las cosas que la tía me ha prohibido, parte de una lista tan larga que, para no tener que recordarla, casi prefiero no hacer absolutamente nada, es mirar por la ventana. Sin duda le aterra esa imagen tan popular de los novios hablando por el enrejado, entre susurros indecentes, a las tantas. Parece olvidar que mi habitación está en la segunda planta, y que si me asomase a hablar tendría que ser a gritos. Aunque también puede que, con su intuición de bruja o sus trucos de espía, haya

descubierto que me enamoré de ti viendo entre visillos cómo llegabas al amanecer y me saludabas quitándote el sombrero.

Solo eso bastó para derrumbar el primer muro de mi seguridad. Ante esto, los cuidados de mi tía son ridículos, como intentar parar una tempestad con un pañuelo. Ella es ridícula, y yo me consideraría ridícula si tratase de encerrar mis sentimientos del mismo modo en que ella me ha encerrado a mí. Antes al contrario, cuanto más me presionen para esconder mi amor, mi deseo de libertad, más pienso ostentarlo. Volveré a mi favor todo lo que pretendan hacer en mi contra. Hace poco descubrí que la coronela leía mis diarios, y al principio sentí vergüenza y la tentación de dejar de escribirlos. Ahora he decidido que no tengo nada que perder y escribo en ellos cuanto quiero, hablo de ti, de mis deseos por ti, y si la tía lo lee que la insulte y la atraiga la desnudez de mi alma. Si quiere caldo va a tener de más.

Otra de mis costumbres que ha cambiado gracias a la influencia de la coronela es que me he vuelto increíblemente atrevida a la hora de espiar, a mi vez, lo que ella dice y escribe. No tengo nada que hacer, por otra parte, y con qué podrían castigarme. No me canso por el día, porque no hago más que leer, pasearme como un fantasma y echar siestas en las que sueño contigo, así que tengo insomnio de noche y lo dedico a robar correspondencia, que leo y después vuelvo a su lugar. Una de estas cartas robadas fue la del conde Fosco. Te transcribo un fragmento:

Después, en cubierta, mientras miraba el puerto que se alejaba y las personas que se despedían con la mano de sus seres queridos, estaba deliciosamente atrapado entre dos: una ninfa (esta es una especie de cotorra blanca y amarilla con cresta que tal vez tú no conozcas, prima, por tratarse de una especie tropical), que reproducía en su risa juguetona esos gorjeos de la voz de las cotorritas, y llevaba un sombrero que recordaba su cresta cuando algo las sorprende y se despliega. En su actitud exigente hacia su prometido que la acompañaba y su mirada desdeñosa pero llena de vanidad, descubrí también ese punto de mal carácter que ostenta este tipo de pájaro, que en un momento está abriendo su pico para decir alguna gracia (pues pueden aprender a hablar) y al minuto siguiente desea morder y sacude su cabecita con mala uva.

La carta entera no tiene desperdicio. Es un hombre veinte años mayor que yo, hijo de un coronel arruinado, hermano de un capitán general arruinado (y padre de mi tía). Volvió a la antigua y perdida opulencia poniendo una planta azucarera en Puerto Rico, o por ahí, y casándose con

una condesa enferma como en un cuento de Hoffmann. Fanático religioso y de los pájaros. Todas las mujeres le gustan por algún rasgo que comparten con las aves. Yo lo definiría, en resumen, como un mujeriego ornitológico extasiado. Ha llegado a Madrid dispuesto a elegir esposa inmediatamente porque durante una tormenta prometió a Dios que se casaría si lo libraba de la muerte en altamar. Este es el hombre que la suprema exigencia ética de mis tutores ha considerado perfecto para mí.

Nos lo presentaron en una pequeña reunión familiar. El hombre había venido tan de pronto a cumplir con su promesa hecha a Dios que ni pasó por el hotel a afeitarse. Su ropa estaba muy usada y olía mal, lo que no ayudaba a perdonar sus raras facciones, su cara regordeta, colorada por el sol, en la que reinaba una nariz con forma de hongo salpicada de pecas. Rechazó las pastas de té y pidió un bollo de pan, que comió a mordiscos, con los codos apoyados en las rodillas, como un albañil frente a una obra. Tal vez el rasgo más amable de su carácter fuera esta falta de modales en contraste con el ambiente rígido en que hemos tenido que vivir este último mes, con el reloj de cuco como único fondo de oído y compañía, pero al mismo tiempo daba la sensación desagradable de que su falta de cuidado por lo exterior no procedía de la naturalidad, sino de una locura tan profunda que rebosaba en los pequeños gestos y detalles de su apariencia. Nos miraba alternativamente a Adolfin y a mí con ojos muy abiertos, como intentando halagarnos con una atención genérica, pero ambas sabíamos que era porque aún no sabía con cuál de las dos se casaría. Ambas sabíamos que ese era el objetivo de la visita, porque me empeñé en visitar a mi hermana en medio de la noche y enseñarle la carta. Ahora duerme en una habitación más grande, cerca de mi tía y alejada de mí, y con un ridículo gorro de dormir, por lo que pude comprobar. Primero casi la mato del susto, y me amonestó por intentar meterla en una nueva aventura. Ya ves lo que ha llegado a considerarse una aventura por aquí. Le dije que así estaba más cerca de la habitación de la tía y podría devolverle la carta más cómodamente. Vencí por un momento su resistencia, y pasamos un buen rato leyendo la carta y riéndonos con las ocurrencias del conde. No sé si por la diferencia de carácter que siempre ha habido entre nosotras, o el abismo que últimamente se ha abierto, todo lo

que a mí me repelía ella lo juzgaba con indulgencia y le parecía poco menos que encantador. Viendo cómo miraba al conde durante la merienda en que nos lo han presentado, yo diría que no ha cambiado su primera impresión de él. Deseé que los prometieran, al fin y al cabo, Adolfina es la mayor, y cualquiera con un mínimo de sensibilidad hubiera encontrado en su mirada una fascinación rara de ver. Tal vez es que Adolfina es así, porque Gorobek le provocaba exactamente el mismo efecto. En cualquier caso, mi esperanza se vio frustrada, y tal vez también la suya, porque, haciendo gala de su habitual inteligencia para las cosas del corazón, la tía apoyó mi candidatura y no la de Adolfina. Para el conde no hubo discusión, y quedamos prometidos, en aquel escenario idílico con su reloj de cuco y la alfombra llena de migas.

Después ocurrió algo muy incómodo. Acompañamos todos al conde hasta la puerta, ya que tenía que ir a un hotel a recuperar horas de sueño y toilette antes de ponerse manos a la obra con los preparativos de la boda, su presentación en sociedad, la actualización de sus cuentas bancarias en España y la búsqueda de una casa apropiada para vivir conmigo, todo a la vez y cuanto antes mejor. Cuando todo el grupo se adentraba en la casa, yo me quedé en la entrada, un poco rezagada, sin salir todavía del susto de verme presentada y prometida de un plumazo. Escuché detrás de mí que el conde volvía a entrar, despedía a la sirvienta, y apenas tuve tiempo de darme la vuelta cuando sentí cómo se abalanzaba sobre mí y me envolvía como en una nube el olor a cebollas de su sudor mezclado con algún perfume que se había puesto encima de la ropa para disimular un poco. No grité de pura impresión. El conde me había abrazado y me daba besitos en el cuello. Noté que estaba empezando a salirle la barba, decía que mi cuello era el de una paloma turca, forcejeé con él y conseguí zafarme, pero no parecía hacerse cargo de lo desagradable que me había resultado su proximidad ni lo fuera de lugar que estaba su conducta. ¡Le pregunté qué hacía, y me guiñó un ojo por toda respuesta! Le dije que podrían habernos visto los tíos, y que quién se creía que era. Me dijo que sería mi marido, que yo no debería avergonzarme de tener esa belleza esbelta de ibis y de volver loco a un hombre de esa manera, siempre y cuando fuese él, y que mi tía aprobaría

cualquier cosa que él hiciese, pues por algo ella y Dios nos habían unido. Estaba tan indignada, tan estupefacta, que no supe contestar. Se puso el sombrero, un anticuado sombrero de copa, de terciopelo negro, tan gastado por arriba que parecía terminar en una circunferencia blanca, como un aro de santo y, sin dejar de sonreírme, salió. En cuanto lo perdí de vista me restregué el cuello con la manga para quitarme su saliva.

Lo que más me duele es lo que yo, con mi imprudencia y en la locura de mi amor por ti, haya podido hacer para perjudicarnos. Tengo que decirte que pedí a mi tía que me casara contigo, pero usé un subterfugio que no le gustó. Querido Ricardo, perdóname, creyendo ser lista fui muy tonta. Lo que hice fue decirle que habíamos..., por decirlo a la manera bíblica de mi tía, que nos habíamos «conocido». Se lo di a entender, y no sé si esto te enfurecerá o te hará gracia, con el único motivo de obligarla a tomar medidas en el sentido de comprometernos y poder salir por fin del encierro en que me encuentro. Verte. Hablarte. Ese era mi único proyecto. No salió bien. La tía se opuso a cualquier contacto contigo, mucho menos sentimental, y cuando apareció mi primo segundo me lo encasquetó inmediatamente, claro.

Algo que me atormenta casi más que la preocupación por no haberme podido comunicar contigo y por haber utilizado nuestros besos y nuestro amor para conseguir un matrimonio de conveniencia (para que al final ni siquiera sea el nuestro) es que puedas llegar a creer que intento forzar un compromiso. Lo único que quiero es que podamos estar juntos, pasear y hablar y llegar a conocernos, como cualquier pareja normal. Me rebelo con todas mis fuerzas contra el hecho de que ni siquiera nos permitan ser amigos solo porque ven suciedad en todo aquello donde se posan sus ojos.

Pero la proposición, si es que se la puede llamar así, de mi tío no ha sido la única que he recibido esta semana. Lo que voy a contarte ahora es extraño, me pone en un lugar extravagante y, lo que es peor, moralmente dudoso. Necesito que leas lo que viene a continuación con toda la fuerza del amor o el interés que puedas tener por mí, con toda tu paciencia, porque tendrás que ser muy generoso para entenderme. Catalina ha anulado el matrimonio con tu hermano y Fernando me ha escrito anunciando que

vendrá a pedir mi mano. Aún no he contestado, quería escribirte primero, porque creo que voy a responder que sí. Debes tener fe en mí, debes ayudarme. Créeme, solo hay un modo de salir de aquí y es que me prometa con un hombre que mis tíos consideren adecuado, y no puedo hacerlo con este loco violento que, una vez exista un compromiso oficial, jamás querrá soltarme, hasta que me mate de asco o de aburrimiento, como seguramente le pasó a su primera esposa. Ignoro los motivos de la decisión tan tajante y tan rápida de Fernando, que parece impropia de un carácter calculador como el suyo. Una reacción como la que ha tenido atenta contra los sentimientos de Catalina y las normas sociales. Pienso que su proposición puede deberse al despecho por abandono de Catalina, de quien se rumorea que tiene un pretendiente médico, antiguo compañero de Fernando, y quizás a la imprudencia por mi parte de haberle dado, tal vez, la impresión de que soy una huérfana desvalida y que necesito rápidamente un marido, y enamorándolo sin querer por su lado paternal y protector. Esto unido al impulso que llevaba ya hacia el matrimonio (si es un hombre de costumbres y su proposición estaba ya muy avanzada, con lo costoso y cansado que es preparar un matrimonio, entre fiestas de compromiso, capitulaciones, la ilusión de los parientes..., puf); qué más da una mujer que otra, para algunas naturalezas mansas lo importante es el rito... Sea lo que sea, digo, estoy convencida de que no existe entre él y yo la electricidad, el acoplamiento de caracteres y la pasión que hay entre nosotros. Sin duda habrá rumores y hasta un escándalo si yo acepto, y hasta es posible que mi tía, al fin y al cabo, se niegue también a ninguna relación con los Silva, pero me resistiré con toda la fuerza de mi razón y seré imperturbable en mis actos: no permitiré que me casen con mi tío. La coronela sabe muy bien que soy capaz de montar una escena en el mismo altar. Le diré que solo me casaré con Fernando, y no me será difícil romper el compromiso una vez que las aguas hayan vuelto a su cauce. Por mucha prisa que le haya entrado ahora por cortejarme, no puede dejar de imponerse su verdadera naturaleza y pronto se dará cuenta de que no hay que precipitar los acontecimientos y conviene un noviazgo largo. Para entonces ya estaré comprometida y tendré sobradas excusas para salir de casa y para verte en la tuya propia.

Perdona mi precipitación, Ricardo, nunca en mi vida había tenido que conducirme en medio de tantas ideas y emociones. Te necesito como cómplice. Te lo ruego. He llegado a pensar incluso que la carta de Fernando fuera un subterfugio tuyo, que estuviésemos compinchados y que esto que estoy pensando lo hubieras calculado tú antes. Solo que la forma en que os tratasteis en el viaje de vuelta desde las Vegas Altas no invita a pensar que vuestras relaciones son buenas.

¿Qué tal va la fábrica? ¿Cómo te adaptas a tu nuevo trabajo, a tu nueva vida? No me has olvidado, ¿verdad? Espero que pronto podamos charlar de estas cosas, estando muy cerca, que se toquen nuestras manos y hasta nuestras mejillas mientras me lo cuentas todo de ti. Da acuse de recibo pronto, mi amigo, mi amor. Has hecho bien en no escribir, has sido prudente, pero si no lo haces ahora me estarás matando. Necesito saber que conoces este nuevo plan. Voy a utilizar mi último recurso con Adolfina. Mi tía está muy vigilante y nos ha separado. Nos ha puesto diferentes profesores y ni siquiera comemos a la misma hora, toda su obsesión es que estemos aisladas, pues teme que convenza a Adolfina de ayudarme en algún plan. Ella es inexpresiva y no sé si está triste, resignada, o incluso si la han envenenado definitivamente contra mí, pero mi única posibilidad es arriesgarme a poner esta carta debajo de su puerta y pedirle en una nota muy breve que te la haga llegar de algún modo mañana, cuando vaya a misa con la criada. Seré implorante, le diré que mi vida depende de ello, que es lo último que le pediré en la tierra, que me ponga en sus manos, espero que le quede algo de compasión por mí y que durante esos breves momentos en los que hemos leído la carta del fantoche haya recordado la hermandad que nos unió en otro tiempo. Dios quiera que esta vez resulte. No tengo puestos en otra cosa mis sentidos y mi voluntad más que en mi libertad y en tu recuerdo.

*Tuya,
Elisa*

Adolfina encontró la carta de Elisa con la nota breve al pie de su puerta la madrugada del 2 de agosto. No había podido dormir de celos y de rabia. Elisa la había metido en sus líos, en su escapada con Ricardo, en lo del teatro donde terminó de encapricharse de Gorobek, para luego acabar sin ninguna esperanza y atada a su tía como un perro faldero. Pensó que al menos tendría el consuelo de que sus tíos la casaran antes. Pero no, había sido tan buena, tan generosa, se había plegado tanto a los deseos de todo el mundo que, al final, todos la ignoraban. No hacía falta premiarla, ni deshacerse de ella, porque no molestaba, era la hermana gordita que se quedaría soltera y que haría reír a los invitados en las cenas diciendo que solo se casaría con un cazador de tigres. Echó la carta de Elisa y su nota en el quemador de alcohol donde calentaba las pinzas de rizarse el pelo y la hizo arder.

NOTA DE RICARDO SILVA A FERNANDO

Domingo, 1 de agosto

¿Tienes alguna clase de enfermedad mental? ¿Es cierto lo que leen mis ojos? ¿Me dices que vas a pedir la mano de Elisa y que después me convocas a una entrevista porque ella quiere verme y decirme algo? ¿Y tú eres el intermediario entre Elisa y yo? ¿Tú, que no contento con dejar que un medicucho de la cabeza quede a solas con tu prometida cada tarde y que vas, golpeando el techo con la cornamenta, de una proposición matrimonial con una loca a otra con una mujer que no te quiere? ¿De ti tengo que escuchar consejos y reproches porque no he presentado en el ministerio unos malditos papeles y se ha encargado de ello, en cambio, el secretario de nuestro albacea y notario, que es, de hecho, quien tiene que hacerlo? ¿Sabes que fui al banco a sacar dinero de nuestra cuenta, nuestra, tuya y mía, y me enteré, tuve que enterarme por el auxiliar de un auxiliar, de que yo no tengo acceso a esa caja porque está blindada por el socio mayoritario de nuestra empresa, nuestra, tuya y mía? ¿Sabes, hermano, que de ese dinero depende mi vida y el honor de Elisa? ¿Sabes que he estado intentando rescatar un retrato suyo que mis amigos Arahál y Lanza fuerte —amigos, los llamo, por llamarlos algo— comenzaron quitándomelo por hacer una bromita, pero creo que a estas alturas están picados e intentan traficar con él y chantajearme? ¿Sabes que he insultado públicamente a gente importante, que me han amenazado de muerte, que necesito tu ayuda y que, mientras yo me aguanto las ganas de acosar a Elisa a cartas, flores y piedritas en la ventana, porque soy

consciente de que sus tutores no entienden nada de lo que hay entre ella y yo y solo conseguiría perjudicarla, tú te has dedicado a librarte de tu prometida y a apegarte a Elisa con tu aspecto bonachón y tus lloriqueos? ¿Y ahora, no contento con todo esto, me invitas, a mí, el hombre que ella ama, el hombre al que ella ha besado, abrazado y deseado, a que vea cómo le pides matrimonio y me dice no sé qué? ¿Crees que no te conozco, hermano, que no conozco el egoísmo, la frialdad que hay debajo de esos anteojos y de esos botones siempre bien brillantes y alineados? ¿Crees que no sé que estás montando algún plan para desprestigiarme ante Elisa? ¿Crees que voy a agradecerte la dirección de una nueva planta textil en Cuba para alejarme de aquí? ¿Y cómo te atreves a decir que todo este plan tuyo sería lo que padre habría querido? ¿Te das cuenta de que siempre utilizas a nuestro padre como si fueses su portavoz, que siempre, vivo y muerto, fingías y finges ponerte de su lado cuando te convenía y utilizabas su autoridad para apartarme a mí? ¿Que no vuelva a ver a Elisa, por la que lo he puesto todo en juego, y poder así salvar mi honor y alejarme de mis acreedores y, como tú las llamas, mujercuelas? ¿No sabes que la única mujer para mí es la que tú quieres y que por eso precisamente nada, excepto sus deseos expresados por ella misma y en mi cara, logrará sacarme de aquí, menos aún ahora que lo estás deseando? ¿Y crees que todo esto va a disuadirme de aprovechar una oportunidad de verla, deshacer tu intriga y ver cómo te rechaza y se lanza en mis brazos?

Pues estás muy equivocado. Allí estaré, mañana a las nueve en punto. Será el día en que más he madrugado desde que tengo uso de razón

El lunes 2 de agosto a las nueve de la mañana Ricardo entró en el gabinete de Fernando con cara de sueño. No esperaba encontrarse ya allí a Elisa, pero Fernando había ido a buscarla muy temprano, y el compromiso había tenido lugar breve y secamente. Ella miraba a la ventana y no se volvió al entrar Ricardo, a pesar de que escuchó sus pasos. Tenía miedo de que al verlo le faltaran las fuerzas para decir lo que Fernando le había pedido que dijera, o de que quien desde las siete de la mañana era su nuevo prometido notara en su rostro tanto amor por Ricardo que a pesar de todo quisiera deshacer el compromiso en aquel momento y todo se viniera abajo.

Estaba muy nerviosa, porque no había recibido respuesta de Ricardo, y aunque aquella mañana se había cruzado con una sonrisa de Adolfina que permitía creer que la había ayudado, no podía estar segura sin una respuesta. Así que se había escrito con tinta en la palma de la mano:

MIENTO

La primera línea de la M nacía de la raíz de su dedo corazón, la O rodeaba el centro de su mano. Como era zurda, había escrito sobre su mano derecha, con la izquierda apuñaba aquel tesoro, como una perla dentro de su concha. Pudo escuchar el nerviosismo de Ricardo en su respiración, en cómo cambiaba de posición los pies, incómodo. Deseaba tanto darse la vuelta y verlo, pero no se fiaba de su reacción. Tendría que pasar por aquella prueba. Por una vez debía ser paciente y más lista que los demás. Unos minutos y la farsa se habría completado, obtendría el permiso de sus tíos y el beneplácito de Fernando para ir a donde quisiera. Todo volvería a ser como antes. Entonces tendría fuerzas para escaparse con Ricardo y deshacer todos los

nudos que la prendían al pasado.

—Aquí tienes a Elisa, mi prometida —dijo Fernando de sopetón.

—¿Ah, sí, Elisa? —preguntó Ricardo.

Ella tardó un poco en contestar. Pronunció un sí con un hilo de voz.

—No te creo.

—Querida, hay algo que deseabas decirle, ¿verdad?

Sin darse la vuelta, Elisa pronunció las palabras, lo hizo con tanta disciplina, con tanta obligación, que luego ni siquiera recordaba haberlo hecho, solo un silencio largo mientras veía pasar los carruajes, a los caballeros madrugadores que daban su paseo matinal, a los oficinistas hacia el trabajo en grupos ruidosos, un par de carretelas camino del retiro con dos viajeras cubiertas de borlas y plumas, cotorreando. ¿Qué habría dicho de ellas el que fue su prometido durante cuarenta y ocho horas, el conde Fosco, que ahora sería el destino de su hermana Adolfina? Las habría llamado *palomas*, *palomas torcaces*, aunque eran en realidad gallinas cluecas. Se miró las uñas, barajó los dedos, se tocó las yemas, mientras hablaba.

—Has abusado de mí, Ricardo. Te has aprovechado de mi ingenuidad. Toda mi vida he adorado a las mujeres de esos poemas románticos, Ofelia, la Elvira de... aquel libro. Por un momento me creí una de ellas y casi acabo igual. Pero las personas que de verdad me quieren me han hecho ver quién eres en realidad, y quién soy yo. Voy a casarme con tu hermano porque siento por él un cariño y un respeto profundos que crecerán con el tiempo. No quiero tener ninguna relación contigo, pero en tu afán de conquistarme has llegado demasiado lejos, y ya no podemos vivir en la misma ciudad sin que haya rumores que servirían a tu orgullo, pero que son infamantes para mí. Así que te pido que aceptes la generosa propuesta de negocios de mi prometido y te marches.

Ricardo aplaudió.

—Muy bien, Virginia Marini. Espléndida escena de despedida del soldado que va a la guerra a dejarse matar porque todo le es indiferente. No tengo nada que criticar de tu interpretación, lo que me disgusta es el director. —Miró a su hermano y se cruzó de brazos—. Ahora quiero una butaca más cerca del escenario. Dímelo a la cara y no volverás a verme. No tengo

intención de relacionarme con gente del espectáculo, y menos si es tan simplón como este.

Elisa se dio la vuelta bruscamente y caminó hacia Ricardo, más con la intención de enseñarle lo que tenía escrito en la mano que de volver a recitar su texto. Pero la delató cierta expresión de angustia. En el camino, Fernando la interceptó. Cazó su mano en el aire, como un pececillo en una red. La atrapó en las suyas y atrajo a Elisa a su lado. Elisa lanzó a Ricardo una mirada suplicante, pero no fue capaz de mantenerla mientras Fernando la miraba a ella.

—Hermano, mi novia no tiene que pasar por ninguna prueba ni jugar a nada que tú quieras imponerle. Ha dicho lo que tenía que decir y lo ha dicho sinceramente. Ahora te ruego que te vayas, a la calle, a Cuba o donde te dé la gana.

—Tranquilo, que me voy a América. Me da asco esta tierra de ratas cobardes y traidoras. Estoy harto. Bien hecho, Elisa, te quedaste con el mejor.

Elisa sintió que la congoja la ahogaba. Sin duda, Ricardo no había leído su carta, no había podido leerla, no era tan buen actor.

NOTA DE ADOLFINA TORREALBA A ELISA TORREALBA

Lunes, 2 de agosto

Querida hermana:

He escuchado hablar a los tíos con Fernando Silva en el saloncito del cuco, y me he enterado de tu repentino compromiso con él y del mío con Baltasar. Estoy contenta, y creía que era lo que tú querías también, puesto que has dado tu consentimiento, pero casi se me parte el corazón al oírte llorar en el dormitorio. He estado con la oreja pegada a la puerta y la mano en el pomo un buen rato a punto de girarlo, pero cada vez que iba a decidirme a entrar pasaba algún criado que podría irse de la lengua con la tía. Al final he vuelto a mi cuarto llorando también. No deja de dolerme tu dolor aunque tal vez no lo creas por cómo me he comportado estas semanas. Supongo que aún amas a Ricardo y que la nota que me diste para él intentaba advertirle de todo esto. Necesito contarte algo. Tengo dentro la culpa y no lo puedo soportar. La nota no llegó a su destino, no encontré el momento de entregarla, te fallé. Perdóname, por favor. He estado dando vueltas a la manera de ayudarte para reparar mi error, y creo que hablaré con mi futuro marido en nuestro encuentro de esta tarde y le rogaré que detenga a Ricardo y le de noticias tuyas. Él tiene libertad absoluta para ir a cualquier parte, su caballerosidad sin límites, que pudimos descubrir en sus cartas, le impedirá negarle nada a su futura esposa, y además al ser un extraño para Ricardo no rehusará hablar con él, como haría con Rosalía o con alguna de nuestras camareras. No soy tan buena como tú planeando

cosas, y es posible que esté olvidando algún detalle y todo salga mal. Pero también he pensado en eso; incluso si todo fuera un desastre y Ricardo acabara yéndose, como Baltasar mostró su intención de casarse muy pronto, tal vez en dos o tres días, y sin duda Fernando y tú tardaréis un poco más — por su reciente ruptura con Cati—, te llevaré en mi viaje de luna de miel a Cuba, y nos las ingeniaremos para que veas allí a Ricardo. ¿Qué te parece? ¿Es emocionante, te ayuda en algo, o soy demasiado torpe? Hermanita del alma, solo quiero que volvamos a estar unidas, aunque no consiga sacarte de tu tristeza, sabe que te quiero, como siempre, y que haré todo lo que esté en mi mano para que tus sueños se cumplan.

Adolfina

Aquella tarde, después de otra breve charla y otro montón de migas en la alfombra, los tíos Torrealba permitieron que su protegida acompañara a solas al conde hasta la puerta, de nuevo, y de nuevo él se las apañó para entrar en el *hall* detrás de Adolfina cuando estaba sola.

—Querida, qué feliz estoy con este cambio de prometida —dijo rodeando con sus manos sus caderas hinchadas por el miriñaque.

Ella se dio la vuelta. Tenía una nueva luz en los ojos y en la piel.

—¿De verdad?

—Claro que sí, te amé nada más verte.

Adolfina iba a pronunciar un «yo también», pero el conde lo interrumpió con su boca emocionada y rodeada de pelo duro. Mordió sus labios y después la besó. Adolfina lo abrazó.

—Eres completamente distinta de mi jilguero, tú eres una divina pata. Contigo tendré un amor nuevo y una vida nueva.

—¿Una pata? —repitió Adolfina decepcionada.

—Mandarina.

—¿Qué?

—Una pata mandarina, la hembra del pato mandarín que, como sabrás, es una preciosidad.

—¡Oh!

Adolfina tuvo un arrebato de timidez y se refugió tras una cortina. El conde fue tras ella y ambos quedaron cubiertos.

—Mi querida presa de caza, el pudor te tiñe de rosa intenso y tratas de camuflarte bajo una tela del mismo color. Pero no podrás huir de mí. —Y

ahogó de nuevo una risita de Adolfina con sus besos—. Voy a comprarte una casa muy grande para que cada noche podamos acostarnos en dormitorios diferentes. —La besó otra vez—. Después dormiremos separados, desde luego, como hacen los reyes. Y cuando vayamos a las fiestas iremos por separado y fingiremos no conocernos.

—Ja, ja. ¿Por qué haremos todo eso, amor mío?

—Para tener la satisfacción de que cortejo a una mujer distinta cada noche, y satisfacer así la natural inclinación a la poligamia en el hombre sin manchar nuestro lazo sagrado.

—¡Oh, eres tan bueno y tan gracioso!

—¿Me concederás ese capricho?

—Sí, sí. —Se quedó por un momento pensativa—. Si me concedes tú a mí otro.

—Mi deliciosa coqueta, ¿tan pronto empiezas a abusar de mi cariño?

—Oh, no, lo siento. Yo solo...

El conde rio:

—Continúa, tesoro mío.

—Pues, verás. Mi hermana Elisa no te quería como yo te quiero, por eso aceptó la proposición de Fernando, pero a él tampoco lo quiere.

—Dios mío, qué mujer tan exigente.

Cuchicheaban en la oscuridad del saco de seda en que se habían enredado, rodeados de algunos trazos de luz rosada.

—Ella ama en realidad a Ricardo Silva, el hermano de su prometido, pero está despechado por la decisión de Elisa y mañana se va a América.

—¡Ese hombre ha perdido el juicio! ¿Es que no sabe que el martes no se debe embarcar?

Adolfina escrutó en la cara de su prometido, no entendía si hablaba en serio.

—Bueno, la verdad es que no sé si se va mañana mismo. Pero un día de estos tomará la diligencia a Huelva para embarcar, y nunca sabrá que Elisa lo ama a él, en realidad. Necesito que me hagas el favor de buscarlo y darle un mensaje, nosotras no podemos salir de casa apenas...

—Desde luego que no, si os hubieran dejado salir mucho de casa, ya te

habría robado de mis brazos algún rufián.

Adolfina se llevó una mano a los labios y contuvo una risita.

—Qué gracioso eres.

—Pues ríe, prenda. Abre ese piquito rojo de golondrina y déjame ver tus dientecitos. Quisiera besarlos uno a uno.

—Qué cosas dices. ¿Harás lo que te pido? —El conde negó categóricamente con la cabeza—. Pero... ¡ayer, delante de mi tía tomaste mi mano y prometiste cuidarme y servirme por el resto de mi vida!

—No seas niña. En este caso, esa promesa va en contra de mis principios, y por tanto de los tuyos, que ahora eres parte de mi misma alma, mi misma costilla. No harás nada reprobable como dejar que unos amantes se vean a escondidas.

—No entiendes, querido mío. No es lujuria lo que los une. Yo los he visto juntos, lo he podido comprobar: se aman de verdad.

—No dudo que en el caso de tu hermana hay amor verdadero y está cometiendo únicamente el pecado venial de la insensatez. Ella no puede comprender qué colmillos tienen los lobos porque ella no los tiene. Pero anoche hablé con mi prima y me estuvo contando cómo se ha comportado, y no hay ninguna duda de que está siendo influida por una conciencia más mundana y peligrosa.

—Pero tú me lo prometiste y yo se lo prometí a ella, ella espera que la ayudemos.

—No debiste hacer ninguna promesa antes de hablar conmigo. En el futuro te ruego que no lo hagas nunca más.

—Ella es mi hermana. Claro que, ahora, tú eres mi marido...

El conde Fosco calló un momento. Aunque las palabras de Adolfina le daban la razón y zanjaban el asunto, era un hombre al que le gustaba sentirse tolerante.

—Precisamente porque es tu hermana, querida. Piensa un poco. ¿No estará infinitamente mejor casada con Fernando Silva que con su hermano? Ella está equivocada y no lo ve. ¿No te das cuenta de que te utilizó y te trató mal mientras estuvo bajo la influencia de ese canalla? Piensa que es una ciega que está empeñándose en cruzar una plaza por entre los carruajes; llévala de

la mano aunque proteste.

Adolfina puso las manos sobre su regazo. Los puñitos regordetes se hundieron en su vestido y el satén azul exhaló un leve suspiro al ser rozado.

—Puede que tengas razón.

—Cuando agachas el cuello de ese modo, puedo admirar aún mejor ese lugar paradisíaco donde se unen tu mandíbula y tu oreja —tocó el lugar con la punta de sus dedos—, donde nace el pelo que luego se estira en crenchas brillantes sobre tu cabeza. Oh, Adolfina, cómo te amo.

Repartió cientos de pequeños besos en su cuello y su papada, en sus antebrazos desnudos.

—¡Cómo eres! Para. Para...

No podía dejar de reír, y desde luego su futuro marido le gustaba. Era emocionante la forma infantil en que veía el amor y el futuro. Era igual que ella y no había duda de que una fuerza divina estaba detrás de su unión, pero... también el amor de Elisa y Ricardo era verdadero. Ella conocía a su hermana, lo sabía. ¡Cómo podía el conde Fosco negarle una pequeña ayuda que en nada podía comprometerle! Se olvidó de él entre sus propios besos. No podía dejar de pensar en su hermana y en cómo ayudarla. Le pediría a su marido llevarse a su hermana en la luna de miel. Entonces estarían casados y no podría negarse, y si se negara..., oh, entonces sería un hombre tan injusto, tan malo, que desde luego eso sería una señal de que no debía casarse con él. No, amor verdadero por encima de todo y ante todo, como el de su hermana. No debía aceptar ninguna otra cosa más que el supremo y puro amor.

5

LA CIUDAD

CARTA DE DON CARLOS GARCÍA, NOTARIO DE LA FAMILIA SILVA Y ALBACEA DEL MALOGRADO GENARO SILVA, A LOS SEÑORES TORREALBA ACERCA DE LA CAPITULACIÓN MATRIMONIAL DE SUS PUPILAS

Jueves, 5 de agosto

Estimados señores:

Finalmente se ha decidido que el feliz acto de la capitulación matrimonial se celebrará en casa Silva. La familia Silva correrá con todos los gastos. En dicho acto participarán únicamente las familias directas de los contrayentes, siendo estos: Baltasar Quesada, conde de Fosco, y Adolfina Torrealba López; y Fernando Silva Santos y Elisa Torrealba López, y consistirá en la lectura de las cláusulas y formalidades de rúbrica y, posteriormente, en las firmas de los interesados en el orden que sigue:

- 1. El futuro marido*
- 2. La futura mujer*
- 3. La madre del novio*
- 4. La madre de la novia; en este caso, su tía y tutora legal.*
- 5. El padre del novio; en este caso, este lugar queda desierto por ser ambos huérfanos.*
- 6. El padre de la novia; en este caso, su tío y tutor legal.*
- 7. El resto de los familiares invitados, por orden de edad.*

Este orden se seguirá primero en la familia invitada y después en la familia notarial, que es la familia Silva.

Es de rogar que los organizadores del evento tengan en cuenta esta serie a la hora de sentar a los invitados para evitar el desorden.

Deseo añadir, como recomendación personal, que el día antes se reúnan los interesados de cada parte y revisen detenidamente las cláusulas del contrato matrimonial, medida muy necesaria al haber sido redactados con tanta premura.

Atentamente,

*Don Carlos García
Notario*

Elisa escogió un vestido añil de precioso vuelo, pero mandó añadirle puños y cuello negros como si fuera a un entierro; un camafeo de marfil se destacaba en medio de tanta oscuridad, sobre su pecho, como una luna llena en un cielo de noche, y combinaba con el color de su cara, ojerosa y pálida; había en toda ella algo tétrico. Fernando estuvo muy cariñoso. Mientras el notario leía el contrato, dejó que se apoyara en él y le sujetaba con una mano el codo. Sintió en las yemas de sus dedos el óvalo afilado del hueso dulce, y estiró los dedos para tocar su antebrazo como preparándose para guiar su mano en la firma, como si estuviera muy débil o enferma. En realidad, era el mismo tacto de Fernando el que había desmoronado a Elisa. Cierta ternura, cierto asco, cierto horror, cierto miedo amoroso a la atracción inesperada que ejerció sobre ella el olor de su cuerpo y su ropa, a pesar de estar enamorada de otro, y también una adhesión de amigo fiel que emanaba de Fernando y que la hacía sentirse segura en su compañía. Pensó que, de todos modos, había hecho bien en liberarse del conde Fosco, porque Fernando era un hombre al que al menos apreciaba, y si Ricardo estaba perdido —Dios quisiera que no para siempre, y que las palabras de su hermana fueran sinceras y ciertas—, su compañía sería un remanso en el camino hacia la felicidad. Se alegraba también de haber llorado tanto aquellos días; aunque sus ojos estaban ligeramente hinchados, al menos ahora ya no lloraba, por cansancio, por hastío. Hasta la emoción más tenaz se diluye en el tiempo. El tiempo no lo cura todo, pero todo se lo traga como un monstruo. Todo, pensó, queda enterrado, aunque esté vivo y ardiendo en el estómago. Era duro mantener el amor de Ricardo en su ilusión cuando era algo que apenas había nacido, pero al mismo tiempo resultaba tan

etéreo que tal vez fuese inmortal. Todo esto pensó mientras esperaba la firma. Por un segundo su mirada perdida se cruzó con la del conde Fosco, que en aquel momento tomaba la pluma. No había ninguna expresión en sus ojos. Qué extraño y mutable era ese hombre. Cualquiera hubiese dicho que iba a luchar por ella. Entre muchas otras emociones había estado sintiendo odio hacia Ricardo por haberla creído capaz de pronunciar aquellas palabras de rechazo en serio, por no insistir y desmembrar la escena, y obligarla a caer en sus brazos como una loca. Pero también comprendía que hay tantas personas, tantas formas de sentir las cosas... ¿Cómo podía Ricardo saber, basado solo en sus sentidos y su intuición, que ella sentía un amor auténtico, no pasajero, que ella no era tan veleidosa como había sido su primo segundo? ¿Quién podía asegurarle que no había tenido un capricho y se había cansado de él?; muchas mujeres eran así. ¿Cuánto se conocían en realidad, y qué experiencias verdaderas y profundas habían compartido, para que pudiera conocer de verdad todos los recovecos de su carácter, si ella misma había juzgado mal a su propia hermana, había confiado en ella y después había desconfiado, y ambas veces fue en falso? Ricardo no tenía la culpa. El amor por él dolía y era imposible de ignorar, como arena que trae el aire y que se enreda en el pelo. Fernando aproximó su amable rostro al de ella y susurró:

—Estás preciosa.

—Gracias —murmuró ella a su oído, y le gustó el tacto blando y suave de su lóbulo.

—Tranquila —añadió él.

Era el turno de Adolfina. Ella había elegido el verde oscuro, estaba radiante y su barbilla se arrugaba de emoción como una magdalena. Aunque nadie sabía que en realidad esa emoción la lideraban una duda y una certeza: la duda de firmar, la certeza de que no quería al conde Fosco ni podría quererlo nunca, porque no solo se había negado también a su petición de llevarse a Elisa a Cuba, sino que además la había regañado por pedirselo, por no haber entendido a la primera que jamás aceptaría algo así, la había hecho sentir estúpida y torpe. No la quería. Ella no era una pata mandarina. Él era un buitre odioso. Su prometido la miró al acabar de firmar, incluso antes de haber separado la pluma del papel, y tocó con cierta lascivia su dedo índice al

pasársela. Ella lo miró primero a él, después a Elisa. Notó que Elisa asentía levemente al devolverle la mirada, como mostrando su complacencia con la nota que había recibido y su perdón. Un último resto de sonrisa de circunstancias cayó de su rostro y la culpa le humedeció los ojos. Arrojó la pluma contra el papel. La tinta salpicó el contrato y a la tía Torrealba, que exclamó un «¡oh!» de sorpresa coreado por los asistentes.

—¡No lo haré! —dijo con expresión de niña emperrada—. ¡No me casaré!

Y salió corriendo del despacho.

Al día siguiente y de forma casi subrepticia, pues, si no, se hubieran transparentado sus intenciones, la señora María Dolores del Amo invitó al señor don Carlos García, notario que habría firmado la capitulación matrimonial de las dos hermanas Torrealba de haberse producido, a merendar en su casa junto con su tío abuelo el canónigo Díaz, que había bautizado a tres generaciones de Dolores y que bautizaría al futuro pequeño Loygorri. Por supuesto, su hija Dolores y los Loygorri, yerno y consuegro, también estaban invitados.

Las sucesivas idas y venidas de Torrealbas y Silvas, sus compromisos y rupturas encadenados y la especie de locura en que parecían enredar a todo el que se acercase llegaban en forma de comentarios y rumores equívocos a oídos de doña María Dolores, y las lagunas de la maledicencia eran imperfecciones que no podía soportar, como puntos negros que salpicasen un bello cuadro. Necesitaba datos concretos y quién mejor para obsequiar con ellos que un albacea atiborrado de alcohol. Se sirvió chocolate con churros en vajilla holandesa, y la anfitriona se aseguró de acabar pronto con los inofensivos dulces y dar paso a los espirituosos. Sabía, de otros encuentros sociales, que el notario de los Silva gustaba de probar licores raros. Le ofreció el de café, un orujo de hierbas casero elaborado por su familia, y uno de cerezas amargas; una vez animado, probó incluso una copa bien llena de buen jerez. El notario charlaba de cosas banales y emitía casi inaudibles chasquidos de satisfacción gustativa con la lengua y el paladar, pero no se

soltaba. Lo cierto es que la señora de la casa daba palos de ciego. Una vez confirmado el rumor de que la mayor de las Torrealba había rehusado aceptar las migajas matrimoniales que no había querido su hermana, cosa que no se juzgó con dureza y hasta se comprendió, aunque se criticó que hubiera esperado hasta el día de la firma para decirlo, doña María Dolores no sabía qué preguntas hacer. Al fin, guiada por la infalible idea de que a los hombres hay que entrarles por el orgullo, y ayudada por un comentario de su tío abuelo acerca de cómo la castidad no implicaba ceguera hacia la belleza femenina, introdujo en la conversación la idea de que el notario había de ser un soltero empedernido si ahora que tenía unos clientes prósperos como los hijos Silva, que heredaban todo un emporio en pleno funcionamiento, no se convertía en un gran partido. El notario se irguió. Le costó tragar las gotas que le quedaban en la garganta, y contestó cumplidamente:

—Gracias por la amabilidad, señora, es usted un ángel. Pero no estoy tan seguro de la fortuna de los Silva.

—Ah, ¿no?

Ella y su hija se inclinaron hacia delante en el sillón. El notario negó con la cabeza.

—El señor Silva..., Fernando..., me pidió acorazar un dinero que su padre había dejado para la ampliación del negocio aquí y en el extranjero. Parece que no sería suficiente para pagar las deudas de vicio del señorito Ricardo, y no se fía de él.

—¿Será posible que un hermano tema que otro le robe? —dijo con mirada interrogativa Dolores dirigiéndose solo a su madre, como si estuvieran solas.

El notario alzó el dedo índice y volvió a negar con la cabeza un poco torpemente. Frunció los labios, parecía que estaba dispuesto a matizar aquella conclusión:

—Yo no creo que sea un asunto de dinero, en realidad, sino un asunto de caballeros.

—¿De honor?

—De honor romántico. —Miró a su alrededor, dirigiéndose a los invitados, que habían cerrado el círculo—. Me permito hablar con confianza,

ya que estoy entre amigos y personas discretísimas. —Contuvo un eructo en su puño cerrado.

—¿Sentimental, quiere decir? —preguntó Loygorri padre, y le dedicó a su nuera un guiño divertido.

—Creo que ambos aman a la misma mujer.

Miró el fondo de su copa con desolación. No hizo falta más para que la señora Del Amo chasquease los dedos llamando a la criada.

María Dolores usó como cebo esta información. Una vez que se tiene algo, bien lo sabía ella, no hay más que difundirlo, y cualquiera que tenga una pieza nueva con que completar el puzle acude inmediatamente a ponerla; pieza que ni siquiera hubiese recordado de no ser porque se le ha ofrecido la anterior. De manera que la historia de la rivalidad amorosa entre los hermanos Silva y la caja fuerte acorazada del banco hizo saltar el testimonio de una amiga de la señora Del Amo, que desde su alto balcón veía las entradas de las casas Silva y Torrealba. Aquel bastión en los últimos tiempos era muy valioso, y al verla un día cruzar una rotonda del Retiro en carretela, María Dolores ordenó a su cochero pegarse al vehículo; cuando estuvo a mano, la saludó. Así comenzaron el paseo los dos coches pegados, los conductores pusieron los bayos al trote, las señoras oreando sus carnes entre tules, agitando los abanicos, batiendo con las plumas de sus sombreros el viento de la tarde, e intercambiando piezas.

—Yo sé por qué castigaron a las niñas Torrealba.

—¿Sí? Creí que era un misterio...

—Lo es. Pero yo al menos sé algo. Soy madrugadora y todos los jueves voy a poner flores a la tumba de mi marido a La Almudena. Nada más salir en el simón, en la misma puerta de la cochera, Arturo tuvo que detenerlo porque uno de los caballos cabeceaba y se puso a reajustarle la brida. Es muy maniático con el asunto de las riendas, siempre le insisto en que son bestias cabezotas y que hay que llevarlos con la cabeza alta para que se acostumbren, pero los mima demasiado, dice que sufren. —María Dolores se carcajeó y negó con la cabeza—. Bueno, hija, él sabrá, yo no me atrevo a cambiar de

cochero en estos tiempos, y a estas alturas de mi vida andar eligiendo criados, tú me dirás, cuando hasta he visto corretear a su prole por mi patio.

—Sí, sí, te entiendo. ¿Y qué pasó?

—Ah, sí. Te decía... Estaba justo frente a la puerta de los Silva. Vi llegar el coche.

—¿Era muy temprano?

—Sí, sí, muy temprano, ya te lo he dicho. No más de las seis de la mañana. Acababa de salir el sol. Lo que me llamó la atención es que el coche se desvió a la puerta de los Torrealba, y dejó allí a las señoritas antes de volverse a casa Silva. Ellas bajaron descolocadas, como si llevaran varios días de viaje. La pequeña yo creo que hasta se tambaleaba un tanto. Y cuando bajaron los hermanos, entraron en casa sin hablarse. Mi vecina, la mujer del conde de la Tolvanera, me dijo que el día anterior habían salido las dos hermanas, la criada y Ricardo Silva, con poco equipaje.

—No hay ninguna duda de que eso fue una escapada —dijo Carolina a María Dolores cuando esta pasó a comprar pastillas de menta al colmado.

Y para halagarla, mientras ella las depositaba en la balanza una a una para alargar la conversación, María Dolores aclaró:

—Podría comprarlas en la botica, querida, pero por dos céntimos me dan la mitad de ellas y además están como rancias.

—Es porque hoy día se consideran un producto de capricho, una golosina, y en la botica se les pasan.

—El otro día le compré a mi sobrino, porque tosía, y la escupió, ¡decía que sabía a gusanos!

—Ja, ja, ja.

Este comentario llamó la atención de Germancito y Antonia, que jugaban a las canicas detrás de la cortina de la trastienda. Se miraron y rieron, sin hacer ruido.

—Una escapada, tienes toda la razón —dijo la señora Del Amo volviendo al tema.

Carolina metió un suave papel de seda debajo de las patillas e hizo un

pequeño saquito que ató con un lazo. Se encogió de hombros.

—Claro que los Torrealba son los Torrealba, y hacen las cosas a su modo, como la escapada no ha sido a solas, se las han apañado para no ponerse en entredicho.

—Bueno, bueno..., en entredicho se han puesto.

—Se han puesto, sí, pero, ea, a su manera, que no los obliga a nada.

—Son orgullosos, y desde luego tienen más motivos para serlo que los Silva.

—Lo que me extraña es que al final se haya prometido con Fernando, es así, ¿verdad? —María Dolores asintió—. Cuando me lo dijeron no me lo podía creer. Aquí tiene, señora.

—Sí, así es. Di una merienda el día después a la que acudió el notario de los Silva. —Bajó el tono—: Me dijo que se notaba tensión entre los hermanos, y que, aunque han fingido normalidad ante otros fabricantes para no perjudicar el negocio, no se fían el uno del otro. Fernando incluso ha acorazado un dinero en el banco para que su hermano no pueda tocarlo, por ser el primogénito tiene derecho a hacerlo.

—¡No me diga!

—Así que todo eso es lo que había detrás de la cancelación del pedido —dijo Germán a su futura esposa cuando esta le contó lo que había averiguado—. Me dio pena que se cancelase un pedido como ese, con lo mejor de nuestro encaje y las telas. Mira, me acaban de llegar de Holanda. —Mostró a Carolina el cajón con varias tiras enrolladas de terciopelo azul celeste—. El señor Hinojosa me ha pagado el encargo al completo, sin rechistar, más un recargo, por el pedido al extranjero. Ha sido un señor.

—Un señor, sí, no como ese Silva, que corteja a la pequeña de las Torrealba, se la lleva por ahí de viaje y luego deja que se case con su hermano.

—¿Será verdad que van a seguir adelante con eso?

—Sigue adelante. La firma se canceló por parte de la hermana mayor. Pero Elisa y Fernando siguen comprometidos. Claro que la ceremonia tendrá

que ser muy íntima, con tanto escándalo como han montado, todo Madrid les hará el vacío.

—La verdad, yo debo de estar chapado a la antigua, porque no entiendo nada.

—Pasarán meses hasta que se deje de hablar de ello, pero luego..., en fin, son señores, al fin y al cabo. Otros vendrán que buenos los harán. Pensándolo bien, tal vez hasta hagan la boda por todo lo alto, para disimular. Pero lo de los hermanos Silva es abominable... Pelearse así, dos niños que se querían tanto, de la misma sangre, por una boba.

—¿Se han peleado?

—Como que el mayor, ejerciendo su derecho de primogenitura, le ha bloqueado las cuentas del banco al pequeño, para que no pueda sacar nada del dinero que su padre dejó para el negocio.

—¿Pero puede hacer eso?

—El mismo notario de la familia se lo dijo a María Dolores del Amo en confianza.

—Todo eso en el fondo son celos.

—¿Tú crees? —Se quedó pensativa—. Eso dijo la señora Del Amo.

—Fernando ha usado todas sus armas para quedarse con la chica, y Ricardo es un inconstante y ha soltado la presa, al fin y al cabo, tiene muchas otras.

—Tú no me dejarías tirada de esa manera, ¿verdad?

—¿Cómo se te ocurre ni siquiera, cielito?

Y salió de detrás del mostrador para abrazar a su prometida. Esta lo recibió en sus brazos con mirada melosa.

—Qué lástima esa cola de tres metros de largo y esos arreglos de terciopelo que se van a desaprovechar.

—Una pena, sí.

—Ya que están pagados con creces, ¿no podría poner los arreglos en mi vestido de novia?

—No veo por qué no.

—Qué bueno eres. —Lo besó en la barbilla—. ¿No crees que será ostentoso para una tendera como yo?

—En absoluto. Estarás como una reina, que es lo que eres para mí.

—¿Sabes que el director del hotel Sevilla me ha enviado entradas para los toros?

—Qué bien.

—En agradecimiento a un pedido para la tertulia de la Sociedad de no sé qué..., una cosa austriaca. Les puse mucho embutido y salazones, como esos de Austria comen salchichas... —hizo un gesto de ignorancia—, y parece que les gustó.

—Eres muy ingeniosa.

—Y tú eres un señor, y te mereces que vayamos a los toros del brazo y hechos unos pinceles.

La modista espiaba desde el probador. Vio como Germancito entraba en la casa desahogando un «puag» al ver besarse a su padre y su futura madrastra.

La modistilla no tenía amigas a las que contarles la historia desde que el castigo de las niñas Torrealba se había extendido al servicio, que salía poco y con prisa, y desde que Rosalía, esta por su propia mano, había decidido enclaustrarse como una monja. Cuando apareció Luis, el botones del Círculo, que venía a por un pedido de manteles para el restorán, la modista recordó que alguna vez había alabado la generosidad del señorito Ricardo Silva, que lo había defendido de su abusivo patrón y le había dado un duro de propina. Cuando lo vio aparecer hizo un gesto de reconocimiento, para indicar que ya sabía a qué venía, y entró en el almacén para sacar las cajas con los manteles.

—Aquí tienes. Hay unas servilletas que son obsequio de don Germán. Os las he bordado todas con la C de Círculo y la R de Roldán, tu Jefazo. No os quejaréis.

Luis hizo un gesto de desdén.

—¿Qué pasa?

—No sé. Eso son cosas de los señores. Yo soy un mozo.

—Ah, pero bien que te acuerdas del duro que te dio el señor Silva, ¿a que sí?

Miró al cielo.

—¿No me has embromado bastante con eso?

—Estás muy serio.

—No me gusta lo que le están haciendo al señor Silva, es un hombre honorable, un caballero. Sus amigos son unos canallas insoportables.

—¿Y eso?

Luis miró alrededor y a la puerta.

—Le robaron un retrato de su novia, los señores Arahal y Lanzafuerte, pero sobre todo Arahal, ese es un buen zorro, y le tiene envidia a Ricardo Silva porque una vez le robó una hembra...

La modista se puso en jarras.

—Le robó una hembra... ¿Por qué hablas así, simplón?

—Bueno, me lo contó mi patrón entre colleja y colleja, y así lo dijo.

—¿Y qué retrato era ese?

—El de Elisa, la novia del señorito Ricardo.

—¿Y esa es la mujer por la que se pelearon él y Arahal?

—Que no, tonta. Al señor Arahal le gustaba una actriz, hace tiempo, y el señorito Silva se citó en su habitación del hotel con ella, y Arahal se enteró. Pero en vez de desafiarlo a duelo, como haría un hombre de bien...

—Como haría un estúpido, querrás decir.

—Bah, tú que sabrás. Se lo guardó como una rata rencorosa. Ahora ha pagado a unos rufianes de la calle para que acosen a don Ricardo y lo sobornen con el retrato, pero yo creo que tienen orden de no aceptar nada, sino solo marearlo y meterlo en querellas, hasta que lo maten o su reputación sea insalvable.

—Canalla.

—Eso digo yo.

—No, me refiero a su hermano, que no lo ayuda, y encima le quita la novia.

—¿Qué? —Luis abrió mucho los ojos.

—¿No sabes que Fernando Silva no deja a su hermano que toque el dinero que les dejó su padre? Quiere dejarlo en la ruina para que coja su lugar.

—¿Su lugar? ¡Su lugar es el de un caballero! Su propio hermano lo apuñala por la espalda. ¡Caín! Esto es insoportable, no puedo sufrirlo.

—Calma, hijo, calma —dijo la modista, que no sabía si reír. Encontraba un gran placer en atizar esos exabruptos idealistas—. Además, no sabes ni la mitad. Fernando está prometido con Elisa.

—No me calmo. —Pegó un puñetazo en la mesa—. ¿Cómo que prometido?

—A lo mejor una muchacha tan veleidosa no le convenía, en realidad. Mira cómo ha pasado de un hermano a otro.

—¿Será por eso que el señor Silva se marcha a América?

—¿Se marcha?

—Mañana toma la diligencia de las cinco para Huelva, lo he oído en el Círculo. Así que se va para no volver, porque lo echa su propia familia. No puede ser que nadie haga nada para evitarlo. Se van los hombres buenos y se queda la mugre.

—Pero, chico, qué te pasa.

—Me voy ahora mismo a decirle cuatro cosas al señor Fernando en su misma casa, y voy a avisar al señorito Ricardo de que todos están contra él.

—¡Pero tú estás loco! Te van a despedir. Acabarás en la cárcel. Criatura, vuelve. ¡Que te dejas los manteles!

El 6 de agosto, de tarde, Fernando dejó a Elisa en el portal de su casa y cuando la vio subir las escalerillas y franquear el umbral, triste, con esa sonrisa de Gioconda, supo, por fin, con absoluta certeza, que no lo quería, y decidió que sería capaz de cambiar eso con el tiempo y no se iba a dejar desanimar. Le lanzó un beso en la palma de la mano. Ella saludó lánguidamente, apoyada en el mango labrado de su sombrilla de paseo, e hizo ademán de entrar en casa. El coche de Fernando partió hacia la fábrica, calle abajo. Elisa se quedó mirando la puerta de los Silva, donde por primera vez vio a Ricardo. Recordó que entonces no estaba segura de cuál de los dos hermanos era. Ahora no confundiría ese cuerpo delgado, la flexibilidad un poco de niño, ese ritmo nervioso de los movimientos de Ricardo. Pensó que

habían pasado tres o cuatro meses y parecían años. De pronto se fijó en un gorrilla que llegaba a la puerta y tiraba de la campanilla con energía. Alguien abría, y tenía una conversación con él que se iba acalorando más y más. Al fin el perfil de Rosalía aparecía fuera del umbral, dejaba la puerta entornada como temiendo que los señores escuchasen algo de lo que allí se hablaba, y se notaba que discutía con el chico en susurros, mientras que él alzaba la voz y gesticulaba. A Elisa le pareció leer en los labios del chaval el nombre de Ricardo, pero no sabía si fiarse de sí misma. A lo mejor estaba obsesionada con el tema. Al fin vio como Rosalía hizo un gesto con la mano echándolo, y el chico se quedó en la puerta de brazos cruzados, mirando el tirador del timbre, pero sin atreverse a usarlo. Elisa había bajado los escalones de la entrada casi sin darse cuenta, y cuando quiso detenerse a sí misma estaba ya frente a la casa de los Silva. Llamó al chico con la mano y se ocultó a la sombra del muro del jardín. Él se acercó enfurruñado, con las manos en los bolsillos. Ella esperó un «qué se le ofrece», pero se quedó callado, mirándose las puntas de los pies.

—¿Te importaría decirme qué le estabas contando a Rosalía?

—Sí, me importaría mucho, señorita.

—¿Eh?

—Ya me ha oído.

—¿Sabes que soy la prometida de Fernando Silva, que vive en esta casa?

A lo mejor venías a darle algún recado de... su hermano.

Luis levantó hacia Elisa una mirada fija que ella no supo cómo interpretar.

—Sé muy bien quién es la señorita, sé con quién se va a casar, y no vengo a traer ningún recado de Ricardo Silva. La criada me ha dicho que lleva tres días sin aparecer por casa, pero yo sé que vendrá a por su maleta porque viaja mañana.

A Elisa le dio un vuelco el corazón. Se quedaron los dos en silencio un rato. Luis daba golpecitos en el suelo con la punta del pie.

—¿No vas a buscar a Ricardo?

—No, voy a esperarlo aquí hasta que vuelva y pueda decirle lo que tengo que decirle.

—¿Quién eres tú?, ¿trabajas en el casino, tal vez, o eres un criado particular?

—Yo soy Luis Ruiz, para servirla, señorita. No trabajo para nadie, soy mozo y camarero en el Círculo. Tengo que contarle al señorito Ricardo una conjura que se ha armado contra él.

—¿Conjura?

—A la señorita no le importará. Ya tiene a su prometido. Eso es lo único que importa a las mujeres. —Miró a otro lado y levantó la barbilla.

—¡Oye, tú, chico! ¿Qué sabes tú de mí, descarado?

—Usted sí que es descarada.

—Yo... ¡Qué!

—A Ricardo Silva casi lo matan por su culpa, ¿no lo sabe?

—¿Qué dices...?

—No sabe nada, claro. Ella solo corta magnolias a la luz de la luna... Pues sepa que su prometido no le da a su hermano el dinero necesario para pagar una deuda por la que lo han amenazado de muerte, y esa deuda es un retrato de usted con el que lo están chantajeando. El señor se va metiendo en peleas, parece mentira que no lo sepa, es casi una leyenda... —El chico se animaba y añadía cosas de su propia cosecha, se inventaba al héroe a medida que lo contaba—. Cada vez le piden más. La gente hace apuestas. Mi patrón el otro día apostó cinco duros, el bote entero de propinas del mes (un duro de esos cinco me pertenece, por cierto, pero él se lo ha jugado como si fuera todo suyo), a que al final Ricardo Silva se bate en duelo, aunque hasta ahora ha estado evitando tanto pagar como disparar. Pero se está haciendo una reputación con los puños y por eso lo respetan en la calle. Los señoritos solo saben levantar una pistola y apretar con el dedo, se ponen de perfil para hacerlo difícil, pero hay que ser muy hombre para batirse a guantazos. Han sido sus malditos amigos, esos señoritos de mierda de Arahall y Lanzafuerte, los que le han tendido la trampa, es una especie de broma, pero ahora ya va en serio, porque viendo que don Ricardo entró por el aro, no la han destapado. Además ahora saben que pueden sacarle dinero. Y resulta que no, que el señorito no puede sacar ese dinero. Pues que sepa el hijoputa de su hermano que lo está condenando a muerte.

Elisa se tapó la boca de la impresión que le provocó el lenguaje del chico y de la preocupación.

—Oh, Luis, tenemos que buscarlo. Yo también tengo que hablar con él. Por favor, ve a buscarlo y tráelo aquí.

—Ya le he dicho que yo voy a esperarlo. ¿Y usted qué tiene que decirle?

—Que... Tengo que decirle que lo quiero, que lo quiero y que no me casaré con su hermano, nunca, antes muerta, quise decírselo, pero no pude. Me han obligado, me han... Tengo que hablar con él, por favor, ayúdame.

A Luis se le encendieron los ojos de la emoción. Podía servir a una dama llorosa y al señor Ricardo al mismo tiempo, como el fiel criado de un drama.

—Señorita, si voy a buscarlo ahora, podríamos cruzarnos. Lo mejor es que esperemos aquí. Tiene que venir para llevar su equipaje al tren.

—No, no... —Elisa estaba desesperada—. Él nunca viaja en tren, dice que eso es de negociantes, él siempre va en berlina, si acaso en una diligencia.

—Esas se toman en Delicias, al lado de la estación.

—Sí, ¿y si ya está allí y la toma directamente?

—No, señorita, verá. Rosalía me ha dicho que hace unos días preparó el equipaje, tiene que venir a por él.

—Pero yo no puedo quedarme aquí fuera, mi tía me verá y me obligará a entrar... Además, si Fernando se entera...

Luis la miró con fascinación:

—Pobre señorita. Siento haber pensado mal de usted. No se preocupe, que yo la avisaré sin falta cuando llegue.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero avísame de un modo que no me delate. Estaré todo el tiempo junto a la ventana. Retén, por favor, a Ricardo y hazme una seña. Si te quedas en el portal podré verte desde allí.

Quedaron de acuerdo y Elisa subió a su cuarto temblando de emoción. Se sentó en el alféizar interior, atisbando la figurilla de Luis como un vigía. Para disimular por si su tía entraba, hizo un pequeño atril con dos cojines y puso sobre ellos un libro abierto, del que no leyó una sola palabra.

Al cabo de dos horas vinieron a avisarla de que estaba la cena. Dijo que se encontraba mal y que se quedaría en el cuarto. Nadie la molestó. Al rato vio como el mayordomo de los Silva salía a echar a Luis. Debieron

amenazarlo con llamar a la Policía si no se apartaba de la puerta, porque consiguieron que fingiera irse, pero se quedó junto al muro en que ellos habían estado hablando. Elisa se puso nerviosa. Desde allí no podía verlo tan bien, solo cuando se movía y avanzaba un poco hacia la casa. Estiraba el cuello, con las manos juntas como en oración, intentando verlo. A veces el perfil de sus rodillas o la visera de su gorra asomaban en el borde de la ventana. ¿Por qué no venía Ricardo? Aquello era agotador.

Elisa abrió los ojos. La noche era cerrada, y vio a lo lejos la sombra de Luis haciendo aspavientos hacia ella debajo de la luz de un farol. Se sobresaltó. La estaba llamando, Ricardo ya estaba allí. Se había quedado dormida con la cabeza apoyada en el cristal, ¡cómo había podido ser tan tonta! Bajó a la calle, con prisa, pero intentando no hacer ruido. El aire traía un calor bochornoso de desierto. Luis sudaba.

—Estuve un buen rato llamándola, señorita.

Elisa estaba mareada, se llevó la mano a la frente.

—Lo siento mucho, Luisito, me quedé dormida. ¿Dónde está Ricardo?

—Se fue hace media hora.

—¿Qué?

—Es lo que intentaba avisarle. Vino a por sus cosas, como a las cuatro de la mañana, me dijo que a las cinco salía su diligencia. No quiso escuchar nada de lo mío. Fue amable, pero no quería saber nada. Dijo que ya lo sabía todo y que no le importaba.

—¿Le dijiste que yo quería hablar con él?

—Sí, señorita.

—¿Y?

El chico negó con la cabeza.

—No dijo nada.

—¿Pero qué había en su cara, en su expresión, estaba enfadado? ¿Crees que le importó que yo tuviera que hablarle?

—Pues, no sé..., señorita. No dijo nada, no tenía ninguna cara.

Elisa agarró a Luis de la muñeca y dijo:

—Guíame hasta Delicias.

—¿Hasta Delicias? Hay un buen trecho.

—Vamos corriendo.

Y volaron por entre las calles oscuras y vacías. Solo se toparon con algún carretero que llevaba frutas o verduras al mercado, y algún sereno paró a verlos pasar como un rayo, estupefacto, creyendo que se había pasado con el anís.

Ya en las inmediaciones de la estación era difícil moverse por entre los carruajes aparcados y los caballos que descansaban y se alimentaban con un saco de forraje colgando de las bridas.

—Por aquí no podremos entrar, señorita —jadeó Luis.

Elisa estiró el cuello y vio la barrera que señalaba la salida de las diligencias, custodiada por dos guardias acalorados bajo sus capas y sus gorras. Se dirigió hacia ellos dispuesta a rogarles que la dejaran entrar, pero fueron severos.

—No se puede pasar de este punto bajo ninguna circunstancia.

—¡Pero es una urgencia!

—Una cuestión de vida o muerte —añadió Luis, lo que provocó una mirada divertida del guardia que le ofendió un poco.

—Lo sentimos mucho, señorita. Imposible.

Elisa vio subir a un hombre a una berlina de seis plazas. Podía ser Ricardo. En el techo de la berlina abultaban bastantes fardos y maletas grandes.

—¡Ricardo! —gritó. Y sacudió la mano en el aire—. ¡Ricardo! ¡Soy Elisa, tengo que hablar contigo!

—Señorita, le ruego que se aparte —dijo el guardia cruzando con su antebrazo el pecho de Elisa.

El bulto de la berlina pareció girarse a mirar. Se quedó un momento quieto, mirando atrás. Finalmente, entró en el coche y este arrancó.

Elisa se dio la vuelta y corrió hasta el camino, donde cayó de rodillas. Se inclinó hasta esconder la cara en su falda.

—Se ha ido —murmuraba—. Se acabó.

Luis se acercó llorando, le puso la mano en la cabeza y la acarició.

—A lo mejor no era él.

CARTA DE FERNANDO SILVA A ELISA TORREALBA

Domingo, 8 de agosto

Querida mía:

He sabido que has recibido desagradables reprimendas e infamantes acusaciones por haber estado fuera en la noche y que el mozo del Círculo, Luis, ha sido despedido. Permíteme que intente reparar ambas cosas.

Ahora que he sido informado y he comprendido lo que te ocurría, visitaré a tus tíos lo antes que pueda y te disculparé ante ellos. Inventaré algo que justifique tu salida y los obligaré a reparar el daño que te han hecho. No es recomendable ponerlos en el brete de pedir perdón a su propia sobrina, pero espero encontraremos al menos el modo de que compensen con un trato cariñoso y dulce el exceso de dureza anterior.

En ningún caso quiero que pienses que tienes en mí a un enemigo que se va a sumar a los ataques que otros consideran el mejor modo de mandar un corazón como el tuyo. Lo que no es doméstico no se puede domesticar. Yo te amo como eres y espero que puedas y quieras confiar siempre en mí. Yo siempre estaré de tu lado.

Con esto no pretendo ocultar el dolor que me causa verte aún enamorada de mi hermano. Sin embargo, los sentimientos no desaparecen porque se los intente guardar en un cajón. No puede curarse lo que no se muestra, y yo estoy seguro de que acabarás comprendiendo la clase de amor que yo te ofrezco y olvidando esa búsqueda del sufrimiento y del amor infeliz que es tan común en espíritus románticos y rebeldes como el tuyo, pero que es un

error. No quiero convencerte de esto ahora, tengo fe en que acabarás viéndolo por ti misma. Hasta entonces me mantendré siempre cerca, pero a cierta distancia. No intentaré forzar lo que solo puede darse libremente.

Verás, lo que yo quiero compartir contigo es mi vida entera, es demasiado importante. Hace poco leía a un insigne escritor ruso que decía que debemos exigir que las mujeres aspiren a ser ángeles, porque solo así, al quedar en el término medio, lograrán al menos una aceptable pureza terrenal. Pensé en ti y me di cuenta de que estaba equivocado. Las mujeres estáis tan protegidas que cuando sentís una emoción fuerte por alguien no sabéis distinguir lo que es un verdadero y profundo sentimiento de lo que es un apego vulgar que los hombres padecen por mujeres despreciables muy a menudo, y el cual, a fuerza de ejercitarse, porque tienen libertad para ello, aprenden a distinguir y hasta a evitar. El hecho de que tú, querida mía, hayas probado esa sensación, de que te hayas dejado embargar por ella hasta casi destruirte, pero reponiéndote al final, logrando la fuerza para hacer que tu vida tome otra dirección, es algo que la mayoría de los hombres despreciarían, pero que yo valoro como una inclinación de persona intrépida y capaz de dar mucho amor, del bueno, cuando encuentre el objeto adecuado. La clase de amor que has sentido por Ricardo se apaga con el tiempo y solo tiene una base instintiva, que es algo parecido al celo animal. No contiene nada de la lealtad y las tendencias más altas de lo humano que son necesarias para una unión sólida, y además te han hecho ver a tu amado, diré mejor a tu capricho, como lo que no es.

Por ejemplo, sus sentimientos de solidaridad con Rosalía. Tú que eres inteligente, reflexiona un momento. ¿No es sospechoso que aparecieran solo cuando pretendió seducirte, y que nunca más volviera a visitar a su hija ni a ocuparse de ella una vez que te perdió a ti? Fue bueno solo por un momento, bajo tu influencia, pero su carácter es inconstante, y al poco, todo ese sacrificio que pensaba hacer, esa enmienda de su vida, se difuminó.

Él justifica esa renuncia diciendo que se concentró en algo más alto, más digno de su interés, como lo fue el rescatar tu retrato, y me acusó de no haber podido hacerlo porque yo no le presté el dinero necesario. Ahora es el momento de que yo te cuente mi versión de los hechos y que tú juzgues de

acuerdo a tu capacidad, en la que confío:

El dinero al que impedí que Ricardo tuviera acceso estaba destinado, por la sagrada última voluntad de mi padre, a emprender negocios nuevos en América y no, en ningún caso, a pagar caprichos de Ricardo ni a solucionar problemas en los que él solo se había metido. Debes saber que mi hermano coqueteó con una de las criadas de tus tíos y le regaló una pulsera de brillantes para comprar su voluntad —en este movimiento puso en peligro, una vez más, a Rosalía, pues la implicó a ella para llegar hasta otra criada que no tuviera su entereza moral, y que no le hubiera visto aún la patita—. El objeto del soborno era obtener ese retrato tuyo del que alardeó ante sus amigos, y que perdió en una timba de cartas de la que salió borracho y robado. De manera que él mismo fue el ladrón de la propiedad que después no pudo recuperar. Él mismo ocasionó el problema y aun lo agravó, pues en un primer momento se negó a pagar y se metió en peleas que agraviaron a sus contrincantes y atizaron su rabia, así que pedían sumas desorbitadas con el secreto deseo de que no fueran pagadas y poder seguir peleando, poniendo así en peligro al servicio de tu casa, a mí y, sobre todo, a ti, preciosa mía, que eras supuestamente el objeto de su cruzada, lo que él decía querer proteger y salvar del escándalo.

A pesar de todo, no debo negarte, la sinceridad que te debo al habernos prometido me obliga, que creo que Ricardo te amó sinceramente, y no con mala intención. Es solo que para él el dinero, las mujeres y otras cosas son objetos de placer con los que alimentar su vanidad, ponerse por encima de los demás y solazarse. No les da a estos asuntos ningún valor más allá de sí mismo, del partido que él pueda sacar. Creo honestamente que una mujer como tú, un alma como la tuya, merece otra cosa. No obstante, no he querido tratar a mi hermano de manera que no quedase ni un resquicio de la esperanza de volver a vernos y hablarnos con fraternidad, así que le he dado una generosa asignación y me comunicaré con él abierta e igualitariamente respecto a los asuntos comerciales que convenga. El resto espero que sane con el tiempo.

En cuanto al asunto de Luisito, no considero justo lo que le han hecho, él no tiene la culpa de nada. Es solo un muchacho ingenuo al que, según yo

mismo pude comprobar, Ricardo se ganaba dándole grandes propinas, que era su modo habitual de proceder con el dinero, como ya te he explicado. A la postre le ha metido en un problema, puesto que, siendo un muchacho trabajador y cuya trayectoria como hostelero prometía, se ha quedado en la calle. Sé que le tienes aprecio, que te acompañó en un momento difícil, que has compartido en parte su desdicha, y solo por eso, por lo mucho que te quiero y porque es mi deber, me encargaré de que lo reincorporen en su puesto, o incluso en uno mejor si me es dado conseguirlo. Si no puedo, lo tomaré como asistente personal en la fábrica.

Adjunto en esta carta tu retrato de puesta de largo, al fin, rescatado de las garras de quienes nunca debieron saber de él, ni desde luego contemplarlo. No quiero insistir más, pero recuerda siempre, amor mío, cuando se acabe el cuento de hadas que protagoniza mi hermano Ricardo en tu imaginación, quién te lo robó y quién lo pone de nuevo a tus pies.

Tuyo, siempre,

Fernando

Elisa Torrealba y Fernando Silva contrajeron matrimonio el 12 de septiembre de 1880, coincidiendo con la fecha en que el novio cumplía treinta y un años.

6

EL MUNDO

23 de diciembre de 1895

Hay caracteres que solo florecen en el cinismo. Cuando era joven, rico heredero y dandi despreocupado, Ricardo Silva apenas pasaba de personaje cómico. Ahora, según él se miraba a sí mismo y al mundo, la broma se había vuelto pesada, infinita. Ahora sacaba su ropa de la maleta, camisas immaculadas, pantalones rectos, sin raya, como dictaba la moda, pero impecablemente planchados; todos los sombreros de copa, muy parecidos entre sí, con leves variaciones en tejido, tamaño de la copa o forma del halo, excepto uno, que era de terciopelo granate oscuro, un capricho adquirido en Nueva Orleans, donde también cogió una gonorrea; su neceser, todas sus pertenencias, las colocaba pulcramente en los estantes del armario del hotel, en la repisa del baño.

Había venido para pasar las Navidades con su hermano, a conocer a sus sobrinas. Sobrinas. Se quedó mirando su imagen en el espejo y por un momento no se reconoció, como si su conciencia se hubiese esperado más joven, como si al volver a España después de quince años su cara debiera ser la última que vio en un espejo patrio. Se acarició y se tiró de los pelos de su propia barba mientras los ojos color miel volaban en el espejo y en la memoria de sí mismo corriendo de taberna en taberna, metiéndose en peleas cada vez más graves hasta ser amenazado de muerte con el fin pueril de rescatar el retrato de la señorita Torrealba, y se dio risa. Ahora era un tío de América; uno de esos que vuelven ricos, se construyen una casa blanca y ostentosa en su pueblo natal, plantan una palmera en el jardín, se ponen a

disfrutar de grasa corporal y experiencia de la vida y con un poco de suerte a enriquecer a otros; parientes pobres que dan el amor obligatorio del que espera algo demasiado concreto a cambio, pero el amor interesado es más leal que el verdadero, reflexionaba.

Sin embargo, se comprendía a sí mismo muy bien, y hasta se admiraba, comparado con el yo que había pasado todas las incomodidades de un viaje transatlántico para ver a un hombre que se lo robó todo. Tal vez en la lucha con el tiempo gana siempre lo más viejo, lo que antes de nada había tomado posesión de un espacio, de un área de la vida. En este caso las costumbres podían más que los sentimientos, y aunque había faltado tantas navidades, tantas onomásticas, al fin volvía, porque era inevitable, y porque ya no temblaba solo con pensar en ver a Elisa. Después de tanto silencio, las cosas habían vuelto por sí mismas a un ritmo primigenio, y bastó con intercambiar un par de cartas escuetas y frías para que su hermano y él reanudasen la comunicación que hasta entonces había ocurrido con intermediarios comerciales y se integrase al tío Ricardo en la vida de familia. Sí, Ricardo ahora era el tío de América de cinco hermosas niñas: Adela, Blanca, Diana, Francisca y Celia. Había aprendido sus nombres, se había imaginado a sí mismo, un poco encorvado y con rasgos angulosos, plantado en la penumbra de la entrada luciendo su abrigo de pieles (no es que él fuera encorvado ni de rasgos angulosos, pero en su fantasía se veía como podían verlo unas niñas pequeñas para las que era un desconocido y al mismo tiempo una leyenda). Tal vez alguien les había hablado de él. No, eso era improbable, su hermano y la casta sociedad madrileña se habrían encargado, mucho tiempo ha, de barrer ese suelo. Había sido expulsado porque en su juventud fue incapaz de ocupar un lugar admirable y siquiera admisible; volvía ahora que podía participar en ese complicado mecanismo de la simplicidad. Él había sido un payaso, sí, creyendo comportarse como un caballero, pero lo había sido a ojos de los demás. Ahora se veía como ellos lo hacían entonces. Ahora que lo aceptaban, que iban a aceptarlo, se veía a sí mismo como un payaso. ¿Qué pasaría si pasaban otros quince años? ¿Volvería a verse de nuevo con grandeza, con una grandeza triste de animal viejo inútil? ¿O se habría trasplantado de una vez los ojos de la mayoría, los ojos de la gente, de los

otros, para poder entenderse ahora como un personaje suave y aceptable? El tío de América. Se había aficionado a la lectura de gacetillas y revistas literarias de todas clases, tanto en inglés como en español. En ellas había podido comprobar que, en los últimos tiempos, la figura del payaso se había impuesto como el tópico de lo absurdo de la vida y del insulto. Los pintores modernos dibujaban payasos tristes y desfigurados, los criminales de las novelitas de misterio, todos muy parecidos al prototipo que había impuesto Jack el Destripador, llamaban a los policías o a los defensores de sus víctimas *payasos*. Eso es lo que era él, un payaso ojeroso, envejecido (sus sienes eran de un rubio ceniza más ceniza que rubio), cubierto con frondosas barbas y cejas, como preparado para entrar en el seco invierno de Madrid, con un pasado divertido e insulso y un presente serio y vacío. «De payaso a payaso y tiro porque me toca».

Se lavó las manos con el jabón oloroso de glicerina y gardenias del lavabo del hotel, con las iniciales HS, como todo. Al notar el fuerte perfume que había quedado en ellas volvió a lavárselas con agua caliente, frotó como si quisiera arrancarse la piel. Al fin cerró el grifo de golpe, exclamó ¡maldita sea! y estampó la toalla contra el suelo. Se fue a la ventana a mirar cómo pasaban los carreteros, las vendedoras de lotería y los carruajes por la calle Sevilla. Muchas veces la había recorrido él, aún sobrio y con dinero en el bolsillo, en ruta hacia el Casino. Ahora lo que veía en esa dirección era un grupo de monjas tapadas con sus velos y mantillas de lana camino de las Descalzas. Rio al pensar que podrían ir al Casino, también. ¿Por qué estaba tan nervioso? Su hermano, al que había odiado, ahora le daba igual, Elisa le daba igual, pero, entonces, ¿por qué soñaba con verla aparecer, tapada con un armiño, vestida tal vez de un malva suave? Aunque el malva era el color de las solteronas, jamás lo llevaría, pero en su fantasía, en su sueño, ella vestía así, como una mujer libre de treinta años, como una soltera triste que iba a verlo, que temblaba de frío y subía tímidamente los escalones de mármol del hotel hacia él, que se había enterado de que él la esperaba y la soñaba solterona, vestida de malva, tapada de armiños, yendo a verlo.

Elisa había dicho a Fernando que estaría en el Jardín Botánico con una amiga, y advirtió a Rosalía de que no podía acompañarla, pero que pasara dos o tres horas vagando por las calles para que pareciera que sí. Rosalía lo aceptó todo con el único pago de que su ama por fin confiase en ella. Cuando se casó con el señor no le pedía nada, no le otorgaba ni la más mínima responsabilidad, sin reproches ni malas caras, solo la ignoraba, le impedía hacer su trabajo, porque no le daba ninguno, y Rosalía sabía por qué era. En algún momento supo, o alguien le dijo, que ella informó al señor Fernando de su escapada con Ricardo. *Lo único hermoso que ocurrió en mi vida, el único cielo en que desplegué mis alas, y tú me lo arrebataste*, parecían decir las chispas de sus ojos los primeros tres años. Pero ella era buena, honrada, tranquila. Jamás la importunó de ninguna forma, ni la humilló como otras señoras hacían con sus criadas. Era solo que no se fiaba, y en un carácter como el de la señora Silva, como el de Elisa, eso era lo más doloroso que podía dirigir contra otro ser humano. Pero ese día, y algunas otras veces, había confiado en ella. Ese día era especial, porque Rosalía sabía y había informado a Elisa de que el señor Ricardo llegaba a Madrid y se alojaba en el hotel Sevilla, en la calle Sevilla, en el centro, y se podía ir andando (su hermano, que tampoco olvidaba, y que además era muy prudente, no lo había querido alojar en una de las diez habitaciones de invitados).

Elisa no solo dijo que iría al Jardín Botánico, sino que realmente se paseó por él fingiendo buscar a alguien con quien había quedado. En algún momento inventó también un saludo dirigido a una amiga imaginaria a la que había reconocido desde lejos, y ágilmente se escapó del recinto por una puerta trasera. No sabía si era vigilada, si tal vez había interpretado aquella escena para un público que no existía, pero debía tomar precauciones. En los primeros años de su matrimonio, cuando ella no confiaba en Rosalía, Fernando no confiaba en ella. Alguna vez supo que la seguían, incluso interceptó alguna carta dirigida a Ricardo varios meses después de haberle prometido a su marido que todo aquello había quedado atrás. Fernando tenía esa forma de reproche tan callada, tan constante. Era siempre tan amable y persuasivo. La hacía sentir vergüenza de no amarlo, y esa vergüenza sustituyó al amor, aprendió a hacerlo pasar por una clase de amor de esposa

tímida, por un recato, en lugar de una culpa, y ya casi lo hacía sin darse cuenta. Pero cuando supo que Ricardo estaría en Madrid... Se echó sobre los hombros una capa de tafetán negro, con forro interior de terciopelo y coronada por pelo de conejo. Sabía que estaba muy bonita con ella, porque su cara parecía brotar de entre el pelo blanco, y su piel pálida contrastaba con el negro del tejido. Ahora ya no era tan bella como la primera vez que se la puso, en su luna de miel en Malta, pero la consideró adecuada. Se vistió toda de blanco y negro, como si fuera al mismo tiempo a una boda y un funeral. Llevaba un vestido muy ceñido con una graciosa caída plisada, un poco pasado de moda, encargado a Worth, en Londres. Su camarera invirtió tres cuartos de hora en recoger su cabello. Había salido a la calle pensando en tener una charla racional con su antiguo amor y cerrar por fin viejas heridas, pero todo su aplomo, toda su apariencia, sus ejercicios nerviosos de presa que escapa y se oculta entre los árboles desmentían esta decisión.

Cuando entró en la habitación de Ricardo, su piel y su corazón se habían enfriado en el viento invernal. Había intentado no pensar en nada, vaciar su cabeza, relajar sus músculos, separarse de sí misma, y por breves instantes lo consiguió. Ricardo estaba como una estatua junto a la ventana, mirándola entrar como lo haría en su propia casa.

—Hola, Elisa —atinó a decir.

Ella sonrió brevemente, se quitó la capa y la arrojó con elegancia sobre la cama.

—¿Por qué me miras así? —Levantó un poco la barbilla, estaba tensa y cansada—. Creí que me ibas a preguntar qué diantre hago aquí.

—Sabía que ibas a venir.

—¿Ah, sí?

En los ojos de Elisa se reveló un instante de pánico, que no dejó que la dominara. Pensó que tal vez Fernando lo sabía todo, o que Rosalía había avisado a Ricardo. Pero aguantó la presión del silencio sin preguntar nada, sin dejar de forzar la sonrisa. Ricardo se cruzó de brazos y se volvió hacia la ventana. Los nervios de ella le habían dado seguridad.

—Estaba mirando la calle y pensando: a lo mejor aparece. A lo mejor viene a verme vestida de color malva y con un tapado de armiño.

—Puf. ¿Qué crees que soy, una actriz alcohólica de cincuenta años?

Ricardo rio de buena gana.

—No sé por qué te había imaginado así.

—Eso me da la medida de tu aprecio —contestó Elisa con un gesto de coqueteo. La risa de Ricardo se cortó inmediatamente.

—¿A qué has venido, Elisa?

—Ah, ¿ahora sí?

—Sí. Ahora quiero saberlo.

—¿A qué has venido tú?

—Yo he venido a conocer a mis sobrinas. Me has dado muchas.

—Cinco.

—Cinco. La primera nació en enero de 1883.

—Qué memoria. ¿Y las otras?

—No sé nada de las otras.

—Entonces, ¿por qué recuerdas la primera?

—Porque la primera dolió.

—¿Dolió?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque podría haber sido mía.

Elisa agachó la cabeza y respiró con fuerza. Vio un billete de tren sobre una cómoda redonda, en medio de la habitación.

—¿Has venido desde la estación del Norte?

—No, querida, desde Atocha. Me han dejado impresionado sus dimensiones. Qué mayúscula reforma, qué alarde arquitectónico.

—No, no la he visto.

—Los madrileños conocéis menos Madrid que los que venimos de fuera.

—Antes nunca viajabas en tren, decías que eso era de comerciantes.

—Ahora soy un comerciante. No es mi culpa, la vida me ha hecho así. Se conocen excelentes personas yendo en tren. Sin ir más lejos, en este último viaje desde Andalucía he hecho un nuevo amigo: un comercial de vidrio cilindrado. Una excelente persona. Había trabajado en América y en algunas colonias inglesas. Tenía una buena mujer que lo esperaba en Buenos Aires a

la que le gustaban las petunias. Hablaba tres idiomas, era bastante bueno en su profesión. Pobrecito, no tenía ni idea del infierno en que se iba a meter tratando de vender algo nuevo a los empresarios de este poblacho. Y yo no se lo descubrí, claro. El infierno hay que descubrirlo solo.

—Antes viajabas siempre en diligencia.

—Eso ya lo has dicho, o algo parecido. ¿Qué te pasa? Has entrado muy ufana y te estás viniendo abajo. ¿Tal vez has recordado algún viaje en diligencia con un joven aspirante a imbécil, de consecuencias terribles, del que luego te arrepentiste?

—Eres cruel. Después de tanto tiempo y todo lo que...

—Tú eres cruel. Vienes aquí, soberbia, vestida como una reina, ¿a preguntarme si ahora viajo en tren?

Elisa apartó la vista. Miró su capa sobre la cama, unas pantuflas de Ricardo a los pies, deformadas por el uso, prendas de alguien a quien no le gusta cambiar de calzado, alguien que se agarra a las pequeñas seguridades de la vida que antes despreció; sintió ternura y pena.

—Te van a gustar mucho tus sobrinas. Son maravillosas. Adela es buena y soñadora, Blanca cree que es una princesa y que algún día todos descubriremos su origen real, Diana es terca como una mula y consigue todo lo que quiere de mí, Francisca tiene una voz divina, Celia está en su mundo de fantasía...

Ricardo se acercó y tomó su cara entre las manos.

—Menos mal.

—Menos mal ¿qué?

—Menos mal que te has puesto a hablar de tus hijas, creía que te habías convertido en una máquina sin sentimientos y que habías venido aquí a provocarme.

—He venido a provocarte —la voz se le escurrió por un momento garganta abajo, como un sorbo de agua que se traga mal—. ¿Crees que iba a permitir una cena de Navidad feliz, como una de esas tarjetas de felicitación, con las niñas con lazos abriendo regalos, los hermanos reencontrándose, la mujer pura y el cuñado ideal? —Ricardo le mordió los labios, le besó la mandíbula, dura y suave, las orejas, la barbilla, los ojos—. ¿Crees que soy la

misma niña de entonces?

—Sí, lo creo.

—No lo soy, soy perversa. —Se desabrochó el vestido hasta que asomó el escote del corsé—. No tengo corazón. Tu hermano me compró un diamante y me lo puso en su lugar.

—Quiero verlo.

Separó los dos lados del corsé haciendo saltar las cintas, besó su pecho, dejó la marca de sus dientes en la piel, como raíles rojos, justo sobre el corazón. Elisa lloraba.

—¿Te hago daño?

—Cómo vas a hacerme daño. No puedes. No hay nada ahí que pueda ser dañado.

—Claro que lo hay. Está caliente y late.

Elisa se abrazó a la cintura de Ricardo y le devolvió los besos mientras él terminaba de desnudarla. Se acostaron en la cama hecha, sobre la capa blanca y negra. Fuera las nubes se oscurecían. Se había anunciado tormenta de nieve, pero pasó de largo. Apenas cayeron algunos copos de hielo plumoso. Elisa pensó que la piel de Ricardo le sabía dulce y amarga al mismo tiempo, como un jarabe. Creyó que pensaría en Fernando y no podría acostarse con su hermano, pero el olor y el sabor de su amante borraron todo lo anterior. No recordaba ni un beso, ni un abrazo, ni una noche con Fernando, era como si no hubiese ocurrido nada, ni siquiera sus hijas. Su propia ingenuidad acababa siempre por sorprenderla, le asaltaba su inocencia, le asombraba. No había forma de endurecerse, no existía el olvido.

Una hora después seguían abrazados, desnudos, recostados sobre los cojines. No habían dicho nada y estaban bien así. De pronto, en algún momento, el silencio pasó a ser incómodo, como si se hubiera deshecho un sortilegio. Ricardo se levantó, se puso una bata, buscó su pitillera, pero no la encontraba, y empezó a sacar las cosas que quedaban en su maleta; el ruido molestó a Elisa.

—¿Tienes otra mujer allí?

—¿Qué?

Ricardo se volvió. Había encontrado un cigarrillo suelto, que tenía

doblado entre los labios, pero no encontraba las cerillas. Siguió rebuscando. Fue al armario y buscó en los bolsillos de las chaquetas y abrigos.

—¿Que si tienes otra mujer allí?

Ricardo torció el cuello y rio por la nariz.

—¿No tienes tú aquí otro hombre?

Elisa se levantó, enfadada, cogió unas cerillas del hotel que había sobre la mesilla de noche y se las estampó en el pecho.

—Gracias.

—Eso es distinto.

—No lo es.

—¿Tienes otra mujer allí?

—Qué chiquilla eres. Sí. Tengo más de una. Tengo muchas, igual que aquí.

Elisa contuvo la ira, que inesperadamente había aparecido. Estaba igual de celosa que habría estado quince años antes, Ricardo igual de orgulloso de sus celos, igual de indolente a la hora de atizarlos. Se fijó en la desnudez vulnerable de ella, con todas sus imperfecciones al aire, las arrugas, las estrías en el vientre, las venas azules de los muslos, las tres o cuatro canas. No las había percibido hasta ese momento. El tiempo había vuelto atrás solo para coger impulso, y ahora se lanzaba de golpe hacia el futuro, hacia la vejez y el final de todo, con el doble de fuerza, vertiginoso.

—Eres idiota. Me refiero a si tienes una mujer como... —abrió los brazos— como una esposa.

Ricardo se encendió el cigarro.

—¡Ah, bueno! Si te refieres a eso, sí. Hay una mulata bellísima, nilótica —marcaba las hipérboles rizando las manos en el aire—, que llevo a las fiestas envuelta en un vestido de seda verde sin vuelo, y un turbante de colores en el que asoman sus trenzas, como una indígena africana. Deberías verla.

—Te estás riendo de mí.

Elisa se tapó la cara con las manos. Estaba desnuda, de pie, en medio de la habitación, pero se tapaba la cara. A Ricardo de pronto le pareció un fantasma. Le pareció que si soplaba la haría desaparecer.

La parte de una discusión en que dos amantes discuten por celos es siempre la espuma del mar del rencor. La intervención de otros siempre oculta un misterio que es el verdadero cáncer que acabará con todo. Hay amantes impacientes o miedosos que pactan un armisticio de besos o silencio antes de llegar a la parte del dolor, y viven siempre en el mismo círculo, incluso cuando están ya separados. En cambio, hay adictos al juego, suicidas que deciden ir hasta el fondo y descubren que la raíz de la distancia, de la soledad que se va abriendo entre ellos, es en realidad incomprensible y no tiene solución, y viene de ellos mismos, y que estaba agazapada en su mismo amor, incluso en el momento en que eran más felices. Pero la felicidad es deslumbrante, ciega, y no es compatible con la clase de penumbra necesaria para comprender la verdad. Solo cuando ya está todo perdido uno se atreve a explorar los escombros, a buscar huellas de la gloria y el desastre que ya pasó. Solo entonces se entiende todo. Esta era la tierra quemada en que Elisa y Ricardo estaban a punto de adentrarse.

—Vuelve a la cama, mujer. Te morirás de frío.

—¿Por qué nunca contestaste mis cartas?

—¿Qué cartas? Solo recibí alguna muchos meses después de haberme ido. Supuse que te habrías dado cuenta de que te equivocaste, tarde y mal, y no quise leer excusas ni lágrimas de cocodrilo. Ni siquiera las abrí.

—¡Cómo puedes ser tan frío! A Fernando nunca lo he amado, nunca lo he tratado como a ti, y él jamás me ha hablado del modo en que tú me hablas.

—Así que yo soy frío y mi hermano es una estufa amorosa y hogareña. —Dio un paso hacia ella—. La única diferencia real entre mi amor y el de mi hermano es que él fue capaz de mentir y aparentar ser un hombre que no era solo para conquistarte. A él tus sentimientos idealistas y tu interés humanitario le daban igual, tampoco le interesaban las noticias aunque se dedicase a recortarlas para ti y a atiborrarte con periódicos. Solo le interesaba su trabajo, su seguridad, y quería a su lado una mujer que lo ayudase a levantar su castillo, y que viviera engañada creyendo que hacía lo que ella quería. Catalina habría bastado, pero es muy ambicioso y cuando te vio a ti, tan vulnerable, tan perdida, quiso que su mujer, además de honesta, práctica e inteligente, fuese guapa y original. Pensó que podía tenerlo todo, a mi costa y

a la tuya. Ese manipulador, hipócrita, cínico gris y envidioso, ese bicho, cogió lo mío entre las manos y lo aplastó.

—¿Lo tuyo?

—Lo mío, sí. —Dio una patada en el suelo como si se cuadrara—. Sí. Basta ya de estupideces.

—Ahora entiendo. Tengo dos opciones de la misma porquería. Me estás diciendo que debía elegirte a ti porque tu amor era verdadero, pero te declaras con tus palabras igual de envidioso, ambicioso y posesivo que él. Además de cobarde. Al menos él me dio su cariño mientras tú estabas fuera, enfurruñado como un niño egoísta sin responder a mis cartas cuando yo más lo necesitaba.

—Te dio el calor necesario, sí, para ahogar tu libertad, para secar tu sueño. ¿No te das cuenta de que te hizo renunciar a lo que de verdad querías?

—No sé si es esto lo que de verdad quería. Un hombre con estos malos sentimientos, resentido, amargado, que dice que me quiere, pero que ensucia y llena con su afán de venganza los pocos minutos que tiene para estar conmigo.

—Pues vuelve con él a tu casita de muñecas, a tu confort y tu seguridad y tu puñetero calor de hogar, mete tu culo gordo en la estufa y déjame en paz.

Así lo hizo Elisa. Ricardo se quedó mucho tiempo de espaldas a la puerta, sentado en una banqueta, fumando en silencio sin pensar en nada.

La cena de Navidad fue apacible y tal y como la señora Silva había querido evitar, como una postal navideña. Se abrieron maletas con obsequios exóticos. Ricardo abrazó a su hermano y él se lo devolvió con sincero aprecio; Elisa incluso observó tras los anteojos unas lágrimas de alivio, de agradecimiento por el perdón. El tío de América desplegó con las niñas todo su encanto. Tocó el piano para que Francisca cantara. Adela y Blanca, en especial, lo adoraron. Elisa pensó que sus hijas mayores tenían esa edad, doce y diez años, en que se apegan a lo masculino, se fijan en todos los hombres que conocen y sin querer van recolectando, de aquí y de allá, los rasgos de la persona que amarán en el futuro. Le hizo sentir orgullo y también una rara envidia que en el modelo de sus hijas fuese a intervenir Ricardo. La velada se

prolongó hasta más de las dos. Fernando estaba de muy buen humor y concedió el permiso a todas para quedarse. Aunque Celia tomó un biberón de leche caliente y se durmió poco después de la media noche en los brazos de su madre. Al día siguiente todo estaba tranquilo. En el desayuno las niñas reían y comentaban los juegos de la noche anterior. Blanca y Francisca pelearon porque en algún momento de la noche intercambiaron las muñecas que el tío le había regalado a cada una, y ahora Francisca quería rescindir el acuerdo y Blanca no. Elisa observó a Fernando y no descubrió en su mirada ni en su conversación nada sospechoso. Él tampoco notó nada fuera de lo común. A Rosalía, en cambio, le temblaba el pulso y sin querer vertió leche caliente en la mano de Diana, que la llamó tonta. Elisa obligó a su hija a disculparse y la castigó encerrada en la habitación todo el día, aunque a media tarde, cuando todas sus hermanas iban al parque con Rosalía y la niñera, le dio pena dejarla en casa y le levantó el castigo.

25 de agosto de 1896

Cumplidos los nueve meses desde el día de Navidad, nació la pequeña Elisa. Era un bebé hermoso, muy parecido a su tío y a su padre nada más nacer, según informó su abuela doña Pilar. Sus hermanas no paraban de repetirlo, asomando sus cinco caritas curiosas al cuco engalanado de lacitos y flores rosadas. Elisa madre y Rosalía estaban calladamente convencidas de que el padre era Ricardo, aunque ninguna de las dos habría podido saberlo de forma positiva. Desde el primer momento y a pesar de estar sana como una pera, fue una niña nerviosa, que apenas dormía, no paraba quieta y lloraba por todo.

«Sabe que no está con su padre —pensaba Elisa—, sabe que el que ella cree que es su padre en realidad duda de cuál es el lazo que los une».

Ella también lloraba mucho, a solas. El médico de la familia diagnosticó neurastenia, fiebre puerperal y anemia. No volvió a salir de la cama. Murió a los pocos meses. Fernando encontró un sobre en blanco, con una nota doblada dentro en la que Elisa había escrito cosas que él decidió juzgar sin sentido, al estar demenciada por la fiebre. Primero pensó en tirarla. Luego alguna clase de remordimiento se apoderó de él por haber robado y tirado tantas cartas de ella al principio de su matrimonio, tal vez para que la ira ciega que sentía y tenía que disimular escapase por algún conducto. Ahora estaba abrumado por el respeto a la muerte y el miedo a lo que ya no podría ser jamás. Pensó archivarla en un álbum comercial de 1888, al fondo de la sala de archivos, donde nunca lo viera, pero de alguna manera se preservara. Le resultó triste y divertido al mismo tiempo imaginar quién llegaría a

encontrarlo y cuándo. Tampoco aquella era una buena opción. Se la enviaría a Ricardo. Le debía eso, al menos, al final. A partir de ese día solo pensó en sus hijas y en la fábrica. Cerró su corazón y sus fantasías de un portazo, hasta las que invocaban el pasado.

Querido Ricardo:

Veo con claridad, al final de mis días, por qué nuestro amor era verdadero y fue un error renunciar a él. He descubierto que la ironía, la amargura y el cinismo, como el que te conquistó en tu madurez y con el que me heriste, no son la verdad. No son los más sabios quienes los ostentan y se defienden con ellos, sino los que más miedo tienen de la vida. La única verdad incontestable es nuestro cuerpo y sus impresiones, incluido lo que parece decirnos y no entendemos ni podemos explicar con nuestra razón. Tenemos fe en un Dios y unos preceptos que rigen nuestra vida sin que entendamos nada, eso se llama fe, y aceptamos que es algo noble y bueno. Sin embargo, a la hora de tener fe en nosotros mismos, decimos que es pecado, que es algo malo. Yo te amé con todo mi cuerpo, con toda la verdad de mis sensaciones, del mismo modo que siempre rechacé a Fernando, aunque llegué a quererlo mucho y me dio tantas cosas buenas, y nunca me hirió. Lo trágico es que nuestra verdad nunca se refutó ni confirmó, porque no pudimos vivirla. Si hubiésemos podido estar juntos, si tantos impedimentos ajenos, pero sobre todo nuestros defectos de torpeza y orgullo, no nos hubieran detenido, habríamos tenido algo imperfecto y seguramente no eterno, pero que debía ocurrir por destino. Debieron dejar que nos equivocásemos, que nos hiciésemos daño, y que finalmente nos perdiéramos, habiendo dado y recibido todo cuanto había en esto que la vida guardaba para nosotros. En eso consiste la libertad. Eso es lo que nos quitaron, y eso es lo que al final de mi vida lloro.

Fernando, si lees esta carta, sabe que te he querido mucho. Ricardo, si

lees esta carta, sabe que nunca dejé de quererte. Tenías razón en todo. Voy con paz hacia Dios y rindo culto a los dos amores que he conocido: el libre y el esclavo.

9 de diciembre de 1896

Ricardo estaba paralizado junto a la entrada de casa Silva, hierático dentro de su abrigo de pieles. Veía la luz cálida que brotaba desde el interior, entre la niebla, veía pasar a los invitados, a Rosalía con una bandeja, dando indicaciones a las criadas con su manojito de llaves en la cintura; había ascendido. Vio también a Adela llorando, llevando de un brazo y otro a Diana y Blanca, que recibían cariñosos pésames y besos en las mejillas coloradas por la tristeza y el calor de la estufa. Vio a Adolfinia, que había engordado y masticaba algunos dulces entre lágrimas. Vio pasar a un hombre con anteojos que parecía un tutor o profesor de alguna clase. Luego, observando cómo hablaba con Fernando en un rincón, recordó que se trataba de Miguel Agüera.

«Qué raro es todo», pensaba, y ese tonto pensamiento lo paralizaba, como en un sueño. Era incapaz de dejar de formularlo en su cabeza. Apenas un año antes había estado allí para el amor y la disputa; ahora estaba para la muerte de la Elisa conocida y el nacimiento de otra Elisa extraña. «Qué raro todo. Qué absurdo». Recordó el detalle de la lectura de su horóscopo la tarde llena de luz en que conoció a Elisa. Recordó precisamente la música de fondo, y el rumor de pasos y conversaciones en el gran salón, detrás de las puertas que él entornaba para crear mayor intimidad con la muchacha, y la voz suave de ella que ascendía y se imponía a sus dos acompañantes hasta hacerlas desaparecer como en una niebla; todo se presentó en sus oídos con una memoria mucho más poderosa que la de las imágenes. Recordó cómo Elisa le había dicho coqueteando, haciendo oscilar sutilmente los hombros de aquella manera

suya tan particular y deliciosa que hacía que el escote bajara un poco, que podía casarse dos veces y ser desgraciado en el amor. Él entonces había preguntado: ¿con cuál de mis dos mujeres seré desgraciado? Y ella había contestado: *Con las dos, desde luego*. Agachó la cabeza y rio, escondido entre los pelos del cuello de su abrigo con pudor, como si estuviera ya en el funeral. Pero seguía sin poder entrar. Los tobillos le temblaban.

Imaginó el cuarto de los niños, donde seguramente habrían resguardado del jaleo a las tres pequeñas. Imaginó a Rosalía, aquella amante cuyos besos y miradas no conseguía recordar, ni aun haciendo el esfuerzo perverso de recogerlos en el presente al mismo tiempo que el amor de Elisa; la imaginó jugando con Celia, Francisca y..., intentando entretenerlas mientras en otras estancias vagaban los fantasmas de negro de vecinos, amigos y familiares, murmurando palabras que a fuerza de repetición perdían el sentido. Intentó imaginarlas ajenas a todo eso, de fondo las campanadas del reloj, a la hora de la merienda, y las quiso, por un momento, con la misma devoción que se quiere a mujeres que se ha decepcionado.

Una vez leyó que los hombres amaban con los ojos y las mujeres con el oído. Él, que tenía ahora todos aquellos recuerdos llenos de vívidos sonidos, había culminado, entonces, su carrera de seductor, había alcanzado su cúspide. Por fin los sonidos, las palabras, las situaciones recargadas emocionalmente, el *barroco sentimental*, despejaban su imaginación para que ascendieran las lágrimas. Entendía por fin a las mujeres que habían llorado por él, y tal vez toda la anchura de lo femenino en el amor, comprendió lo que le faltaba, y que le era imposible amar a una sola mujer hasta que no estuviera saciado de esa especie de hambre de conocimiento, de ese vacío. Ahora podría haber amado solo a Elisa. Elisa fue el amor de su vida, pero la conoció demasiado pronto, cuando aún no podía ser uno con ella. Ahora podría haberla amado bien, pero estaba muerta. Ahora tenía su nota en la que ella también lo comprendía todo. Ahora. Qué risa.

Vio salir a una criada, no a Rosalía, con un cochecito de bebé. Las cintas de su cofia ondeaban al aire frío de la tarde y pasó muy rápido en dirección al parque. Ricardo apenas tuvo tiempo de ver un pedazo fugaz de manita rosada, tal vez una mejilla, entre las borlas, las puntillas y los bordados

blancos. No podía entrar en aquella casa. No podía ver a su hermano y a las hermanas del bebé indefenso que él había engendrado en la mentira y la malicia. Volvió al carruaje, llorando en el cuenco de su guante de piel. Dentro se agarró del pantalón y resopló hasta que se calmó y las lágrimas se fueron. Aquellos minutos frente a la puerta de la casa de su hermano, aquella espera ante un funeral al que no llegó a entrar, había sido la experiencia más intensa de su vida. Nunca se había sentido tan expuesto y, al mismo tiempo, con tanto sentido en la rueda del mundo. Volvió a leer una vez más las últimas palabras de Elisa, prometiéndose que no le harían llorar y que no volvería a hacerlo. Cumplió ambas cosas.

Se permitió a sí mismo no entrar en el funeral de Elisa. Pensó que su hermano se lo reprocharía, y que no entendería por qué había llegado hasta la puerta para después ni siquiera besar a sus sobrinas, que tanto habían preguntado por él. Pero no le importaba lo más mínimo. Volvió a la estación con la idea de adelantar su billete. Paró en el colmado Ultramar para comprar una botella de agua de Vichy, que le había recetado su médico de casa para prevenir los cálculos de la vesícula.

Había empezado a nevar copiosamente. Los hombros de su abrigo estaban cubiertos de copos que se deshacían rápidamente. Golpeó su bota contra un cajón que había junto a la puerta para quitarse el barro helado y la nieve. En el mostrador había un chico joven, alto y bien parecido, en el que detectó cierta expresión de apuro. Al entrever a una chica joven que se había metido apresuradamente en la trastienda, pues aún se removía la cola de su vestido entre las cortinas, sonrió.

—Veo que he interrumpido algo, lo siento.

—En absoluto, señor.

El chico acudió a quitarle el abrigo húmedo.

—Deja, deja. Me quedaré con el abrigo puesto. Saldré enseguida. Dame una botella de agua gaseosa, ¿quieres?... No, dos. —El muchacho trajo lo que había pedido don Ricardo y cobró—. ¿Cómo te llamas, chico?

—Germán.

—Eres buen trabajador, diligente y serio, Germán. ¿Es la tienda de tu padre?

—Sí, bueno, de mi madrastra.

—Ah, sí. Claro, qué memoria. Tú eres Germancito. ¿Qué tal está tu padre?

—Murió, señor.

—Oh, lo siento mucho. La muerte me persigue. —Germán lo miró espantado—. Oh, perdóname, quiero decir que acabo de venir del funeral de un ser querido y me entero de que otro de mis conocidos de juventud ha muerto también. Es duro. ¿Y tu madrastra?

—Está enferma en el hospital, señor.

—¿Así que te encargas tú solo de todo?

—Nosotros, mi novia y yo.

—¿Tu novia es esa deliciosa criatura rubia que he visto esconderse tras las cortinas?

Germán no supo qué decir. No le gustaba que llamaran a Carolina *deliciosa criatura rubia*, la hacía parecer una artista.

—Sí... Me casaré con ella.

—Qué barbaridad —comentó Ricardo impresionado, mirando a su alrededor—. Te admiro. Dos chicuelos con la leche en los labios encargándose de todo esto, y además de otro negocio.

—La verdad es que no lo he hecho tan bien, señor. La tienda de telas de mi padre se salvará, pero está hipotecada y habrá que vender esta para pagarla. Nos quedaremos solo con la Villa de París.

—Bueno, bueno... —canturreó Ricardo, quitándole importancia al asunto y agitando en el aire una mano llena de anillos que a Germán le pareció de rey moro—. Los negocios son así. Te irá muy bien, créeme, tengo buen ojo. Lo he sabido nada más verte. Y esa novia tuya seguro que es una gran ayuda.

—Lo es todo para mí, señor. Vino del pueblo siendo muy niña a buscar colocación. Mi madrastra le tomó mucho cariño y le enseñó todo lo del negocio. —Ricardo asintió con gesto de impaciencia—. Mi padre siempre me dijo que el único camino para la gente humilde es prosperar, puesto que por debajo no hay nada.

—Muy buen consejo. Prosperar... Yo he trabajado y viajado mucho para prosperar, y me he sacrificado también, sí.

—Si me permite preguntar... ¿Dónde ha viajado usted, señor?

—Conozco casi todas las ciudades importantes de nuestro país. También he recorrido parte del Caribe y el sur de los Estados Unidos, donde he hecho algunos negocios con comerciantes de algodón.

El chico estaba alucinado.

—Ahora que lo pienso, recuerdo una canción que cantan los negros de allí. Es parte de la *Misa Luba*, una misa cantada, muy bonita, que los negros de las plantaciones aprendieron de sus padres y abuelos esclavos. Se hace al aire libre. Recuerdo un verso: «You've gotta have to serve somebody».

—No hablo francés, señor.

—Es inglés. Dice: «Vas a tener que servir a alguien». Quiere decir que todo el mundo tiene que servir a algo o a alguien. Ellos quieren decir que todos servimos al señor, pero a mí me gusta más otro significado que tiene la frase, y es que todos pagamos un precio. ¿Entiendes?

—Sí.

—Claro, entiendes, no eres un chico tonto, pero estoy seguro de que no lo entiendes en profundidad. La vida te enseñará. Lo importante es que siempre tengas presente, elijas la opción que elijas, que te sacrificarás y pagarás por lo que has escogido. Si eliges ser libre, pagarás con tu seguridad y la aprobación de los demás. Si eliges plegarte a sus deseos, pagarás con tu libertad. Si eres un vago, perderás las comodidades. Si trabajas demasiado, perderás tu tiempo y tu salud.

El chico parecía confuso.

—Pero, entonces, eso quiere decir que da igual. —Rio—. Está diciendo que ninguna opción es mejor que otra.

—Esencialmente, no.

—¿En serio no cree que algunas decisiones son mejores que otras?

—Tal vez en cuanto a sus consecuencias. Pero, de todos modos, uno no puede huir de su destino, ¿verdad? Qué importa cuánto nos aconsejemos a nosotros mismos si al final seguimos nuestro primer y fatal instinto.

Aquí remarcó mucho las palabras, fingiendo ser un malo de novela. El

chico sonrió nervioso.

—Yo hubiera dicho que alguien como usted...

—¿Alguien como yo?

—Sí, un hombre de mundo, como parece ser usted. Yo esperaba que me dijese que está mal perder mi juventud en esta tienducha y en la de mi padre, y casarme con la única novia que he tenido...

—Creo que lo que decidas hacer es irrelevante. —Vio cómo Germán miraba con cierto recelo, o tal vez con envidia, su gran baúl de viaje—. Soy comerciante, ¿sabes?, como tú.

—Oh, no. El señor es claramente un caballero.

—No, no, soy igual que tú, exactamente lo mismo. Voy de aquí para allá, haciendo mi fortuna. Llevo conmigo mi casa y mi tumba.

—Y también tiene que servir a alguien.

—Ja, ja. Un chico rápido. Muy bien. Sigo teniendo buen ojo para la inteligencia.

Don Ricardo caminó hacia la salida. Ya con la mano en el pomo, se volvió y levantó su sombrero de ala ancha americano, a modo de despedida. Entró una ráfaga de aire helado, sonaron las campanitas. El desconocido se había ido.

—Menudo loco —comentó Carolina cuando Germán, todavía bajo el influjo extraño de aquel hombre, entró a verla—. Pero desde luego no era igual que tú, eso fue falsa modestia. Llevaba un abrigo de pieles y un sombrero de la mejor calidad, ojalá tu padre hubiera podido ver ese género.

—A alguien tenemos que servir —contestó Germán.

—No digas tonterías.

—Por cierto, ¿te quieres casar conmigo?

—Ja, ja. ¿Estás loco?

—Acabo de tener una bonita charla.

—Muy interesante, sí. He oído un poco. No tienes por qué contarle todo lo que pasa en nuestra vida a cada cliente cotilla que hace preguntas, ¿sabes?

—Me ha hecho decidirme. Para qué retrasar las cosas si no podemos huir

de nuestro destino.

—El único motivo por el que no te decides es porque la tonta de tu hermana Antonia está siempre con el tema de la prudencia y la paciencia, y vuelta la burra al trigo. Ella bien que se ha casado con el mozo de la licorería, y todavía no tienen ni negocio propio. Pero a los demás, venga a hablarles de prudencia.

—Pues se acabó hacerle caso a mi hermana ni a nadie.

Carolina le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Podré casarme con el vestido con que se casó tu madrastra?

—Podrás hacer lo que quieras.

—Creo que era el traje de esa que estuvo a punto de casarse con Fernando Silva y luego se ennovió con un médico amigo suyo.

—No lo recuerdo.

—¿O era de la hermana de la señora de Silva..., Adolfinia, la que rechazó a un conde loco y se quedó solterona?

—Cállate —la interrumpió Germán—. Me da igual toda esa gente, me da igual el pasado. Solo me importa el futuro.

Y la besó en la oscuridad.

Seis hermanas. Los años de la inocencia
Rebeca Tabales

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Másgráfica

© Rebeca Tabales, 2015
Basado en la idea original de Ramón Campos y Gema R. Neira
© Corporación RTVE, 2015
© Bambú Producciones, S. L., 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2015

ISBN: 978-84-08-14722-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com